

ES PSICODÉLICO

MANUEL FERNANDO RUALES LUNA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2021**

ES PSICODÉLICO

MANUEL FERNANDO RUALES LUNA

Trabajo de Grado

Asesor:

Dr. JAIRO RODRÍGUEZ ROSALES

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2021**

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en este Trabajo de Grado, son de responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, septiembre ____ de 2021

DEDICATORIA

El autor dedica este trabajo a:

Dios, supremacía infinita que lo permite.

*Mis padres: Miriam del Socorro Luna y
Juan Manuel Ruales,*

Mis hermanos: Harold, Johnny y Steven.

*Mi esposa e hijos: Nasly, Yuliana, Johan y
Danilo.*

*Con el mismo aprecio, cariño y respeto a
los profesores: Jairo Rodríguez, Gonzalo
Jiménez Mahecha, Adriana Pabón, Dúmer
Mamián Guzmán, Javier Rodrizales, Alfredo
Ortiz, Héctor Rodríguez, y a todo el
profesorado en general.*

*Igualmente, a la Universidad de Nariño,
semillero de pensamiento, investigación y
creación.*

RESUMEN

Gracias al ingenioso híbrido de los dos géneros literarios que reúnen lo factual con lo ficticio, a saber, la novela y la autobiografía, se crea un texto de aparente contradicción entre la afirmación y ocultamiento del sujeto cognoscente respecto a sí mismo y a su entorno, logrando desentrañar y desvirtuar las ideologías y creencias que se tienen acerca de la ley, el orden, la justicia, la psicología, la pedagogía, etc. Pero, más que una postura antitética de las normativas sociales y las costumbres es, más bien, como un acto de develamiento, generado a partir de un escenario marginado de la sociedad y que, lejos de ser un develamiento soberbio o narcisista, se trata de un ejercicio demandante y estético fundamentado en lo que hemos *sido*, *somos*, y podríamos llegar a *ser*. Un pre-texto para la investigación y la creación de nuevos textos, mundos y sentidos de existencia.

Aquí se pone de manifiesto la voz de quien ha sido silenciado por los prejuicios sociales, que se levanta desde lugares donde el ser humano no posee más importancia que un *animal rastrero*, por ello considerado, peyorativa y socialmente, “desechable”. Por ello se está frente a un tipo de narrativa que tiene como fundamento y estructura lo autobiográfico, en el cual se enmarcan, tácitamente, algunas causas de la deserción escolar, el suicidio, la prostitución y las adicciones.

Es un espacio de protesta, de autoconocimiento, de desahogo, de conocimiento del otro, puesto que los relatos autobiográficos representan una de las más importantes formas de humanizar en una realidad social que ya de por sí es apabullante.

Palabras clave: Autobiografía, Bajo mundo, Creación, Drogas, Educación, Literatura, Novela, Psicodelia.

ABSTRACT

Thanks to the ingenious hybrid of the two literary genres that bring together the factual with the fictional, namely the novel and the autobiography, a text of apparent contradiction between the affirmation and concealment of the knowing subject with respect to himself and his environment is created, achieving unravel and distort the ideologies and beliefs that one has about law, order, justice, psychology, pedagogy, etc. But, more than an antithetical stance of social norms and manners, it is, rather, like an act of disclosure, generated from a marginalized scene of society, and that far from being a superb or narcissistic disclosure, it is about a demanding and aesthetic exercise based on what we have been, are, and could become. A pre-text for the investigation and creation of new texts, worlds and meanings of existence.

Here the voice of someone who has been silenced by social prejudices is revealed, rising from places where the human being does not have more importance than a creeping animal, therefore considered, pejoratively and socially, as “disposable”. For this reason, we are facing a type of narrative that has the autobiographical as its foundation and structure, in which some causes of school dropout, suicide, prostitution and addictions are tacitly framed.

It is a space of protest, of self-knowledge, of relief, of knowledge of the other, since autobiographical stories represent one of the most important ways of humanizing a social reality that is already overwhelming.

Keywords: Autobiography, Underworld, Creation, Drugs, Education, Literature, Novel, Psychodelia.

TABLA DE CONTENIDO

	Pág.
1. Presentación	10
1.1 Plasticidad en la novela	10
1.2 Una tierra de nadie	10
1.3 El yo libre, creativo y experimental	13
1.4 Educación, Literatura, Resiliencia	17
Bibliografía general	22
ES PSICODÉLICO	26
Cap. I. Permanente	27
Cap. II. El Zaguán	38
Cap. III. Apertura Psicodélica	44
Cap. IV. Es Onírico	53
Cap. V. Vía de Escape	58
Cap. VI. La Primera noche	67
Cap. VII. Cleptomanía	81
Cap. VIII. <i>Post Mortem</i>	87
Cap. IX. Ángel Custodio	94
Cap. X. Imperio de Drogas (abyección humana)	111
Cap. XI. Entre Putas y Ladrones	127
Cap. XII. Sueño Apoteósico	146
GLOSARIO	157

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. El Grito	37
Figura 2. Hat Man	43
Figura 3. Concupiscente	52
Figura 4. Siniestro	55
Figura 5. Libertad efímera	65
Figura 6. Parroquia Dios Padre Misericordioso	68
Figura 7. Polideportivo Capusigra	86
Figura 8. Entrada a la “Loma del Ahorcado”	89
Figura 9. Malevolente	105
Figura 10. Ruinas de “El Castillo”	113
Figura 11. Dealers	141
Figura 12. Sendero de la Universidad de Nariño	149

1. PRESENTACIÓN

1.1 PLASTICIDAD EN LA NOVELA

La novela, como arte, no encuentra una definición exacta: se desliza en diferentes interpretaciones y definiciones susceptibles de variar con el tiempo y el espacio, porque, como dice Silvia Kohan en *Cómo se escribe una novela*: “la novela es un género sin fronteras por la variedad de formas que ha ido adoptando hasta hoy, y son cada día más sus posibilidades combinatorias”¹. En complementariedad al comentario de Kohan, Álvaro Pineda Botero, en su *Teoría de la novela* (siguiendo a Bajtín), afirma:

La novela, por el contrario, es un género que se desarrolla en un presente que se asume como perpetuo fluir, de extremos abiertos. Se mueve en la poliglosia; vive y cambia con el idioma; está determinado por la experiencia; es el género del hacerse, del llegar a ser. La novela como representación del mundo, no solo cambia con los tiempos, sino que está en la vanguardia del cambio. Inclusive, anuncia y condiciona los cambios del idioma y la cultura. No tiene cánones; es plasticidad en sí misma².

Como se ve, esa *plasticidad* permite quebrantar cualquier tipo de regla y avanzar por diferentes alternativas de creación novelística. Así pues, y en concordancia con este trabajo que sugiere un híbrido entre la autobiografía y la novela, Manuel Alberca comenta: “El polimorfismo y la flexibilidad del género le conceden suficiente libertad para la transgresión de esa regla y para concebir una novela de esas características”³. En consecuencia, y gracias a la ductilidad del ejercicio novelístico, se ha propuesto la creación de una Novela Autobiográfica que se sitúa en el contexto urbano, especialmente en lo que se conoce como “El bajo mundo”. No obstante, y a pesar de lo expuesto, cabe la pregunta: ¿qué se entiende por novela autobiográfica?

1.2 UNA TIERRA DE NADIE

Lo primero a tener en cuenta es que no es fácil definir cuáles son las novelas autobiográficas y cuáles no, porque, de alguna forma, las novelas explotan literalmente algún aspecto de la vida del autor:

Sí, toda novela, toda obra de ficción, todo poema, cuando es vivo, es autobiográfico. Todo ser de ficción, todo personaje poético que crea un autor hace parte del autor mismo. Y si este pone en su poema un hombre de carne y hueso a quien ha conocido, es después de haberlo hecho suyo, parte de sí mismo. Los grandes historiadores son también autobiógrafos⁴.

Sin embargo, podemos encontrar en Alberca una de las definiciones más propicias para este tipo de novela, en la que se ha basado este trabajo:

Una novela autobiográfica es ante todo una novela, es decir, un relato que se presenta con un protocolo genérico propio del pacto de ficción, según el cual el autor no puede ser identificado ni

¹ KOHAN, Silvia. *Como se escribe una novela*. Barcelona: Random House Mondadori, 2003, p. 11.

² PINEDA BOTERO, Álvaro. *Teoría de la novela*. Bogotá: Plaza & Janes, Ed., 1987, p. 27.

³ ALBERCA, Manuel. *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007, p. 79.

⁴ UNAMUNO, Miguel de. *Cómo se hace una novela*. Buenos Aires: Ed. Titivillus, 1927, p. 31.

con el narrador ni con el protagonista ni con los personajes de la historia. Es decir, existe entre éstos un distanciamiento formal y pragmático, ratificado por la disociación nominal, pues, como ya he dicho, ni el narrador ni los personajes de la novela autobiográfica pueden tener el mismo nombre que el autor... La novela autobiográfica es un relato que esconde primero, para mostrar disimuladamente después, la relación entre la verdadera biografía y personalidad del autor empírico y la biografía y personalidad del narrador o del protagonista ficticio⁵.

De esta manera, según Alba Montaña, el relato novelesco de este tipo va y viene entre el registro de lo imaginario y lo autobiográfico,

Que despliega nociones del mundo y de la ficción que son interrogadas en una puesta en escena que hace del relato un metatexto, un discurso que vuelve su mirada hacia sí mismo, a la transformación de la ideología y del lenguaje que la generan, a los procedimientos ficcionales que la constituyen. Escritura autorreflexiva, autoconsciente, autorepresentacional: escisión, diálogo con el mundo refractado que es el otro y el sí mismo, espejo del autor y del lector⁶.

No obstante, y aunque se tome como *base* un relato ficticio, como lo es la novela, no por ello se debe pensar que aminora su veracidad, solo que, al contrario de lo puramente autobiográfico, la novela autobiográfica no necesita que el escritor se privara de “inventar”, por medio de su imaginación y que lo que llega al lector se exigiera como una verdad. Tampoco se debe perder de vista el hecho de que todo relato autobiográfico

tiene una función apelativa y busca una reacción por parte del lector: la imagen que se construye en el texto debe ser leída como auténtica, que no significa lo mismo que real o verdadera, sino que debe ser: ‘Acreditad[a] de ciert[a] y positiv[a] por los caracteres, requisitos o circunstancias que en ell[a] concurren.’ Es por esta razón que la sinceridad sigue blandiéndose como uno de los valores principales de lo autobiográfico⁷.

Jorge Volpi ha dicho que:

El fin de una novela no es decir la verdad, sino ser verosímil. La teoría literaria sostiene que, si lo consigue, el lector establece una suerte de contrato —el pacto ficcional— que lo lleva a suspender su incredulidad y a comportarse como si la historia que se le presenta fuese verdadera⁸.

Este trabajo se enmarca en una de las posibilidades de las novelas del yo, que es, según Alberca, la más ambigua y escondida, porque “se cuenta desde una primera persona, cuyo narrador mantiene el anonimato o una identificación genérica”⁹, y si no hay una indicación paratextual, donde el narrador-protagonista cuenta en primera persona su propia vida, se dejará al lector vacilante en un principio. Los indicios paratextuales para la identificación de lo que podría ser puro autobiografismo y/o novela, esté narrada en primera o en tercera persona, se encuentra, por ejemplo:

Cuando el protagonista de la novela tiene un nombre propio distinto del autor, esto acentúa el distanciamiento propio de la novela y ratifica su carácter ficticio, aunque desde el punto de vista

⁵ ALBERCA, *Op. cit.*, p. 111.

⁶ MONTAÑA, Alba Ruth. La novela autobiográfica de Martín Gaité. *Cuadernos de Literatura*. Vol. 7, No. 13-14 (2001), p. 3.

⁷ VARGAS JIMÉNEZ, Edith. La autobiografía: proyecto de vida y escritura. Un acercamiento desde la teoría de Mijaíl Bajtín. *Revista Fuentes Humanísticas*. No. 52 (2016), p. 59.

⁸ VOLPI, Jorge. *Mentiras contagiosas*. México: Páginas de Espuma, 2008, p. 7.

⁹ ALBERCA, *Op. cit.*, p. 98.

argumental acumule pruebas de autobiografismo o incorpore materiales biográficos de la vida del autor.

En otras palabras “El concepto de novela autobiográfica, aparte de un guiño o sugerencia del narrador en su relato para orientar al lector o para despistarle, exige el conocimiento de la biografía del novelista a fin de determinar el autobiografismo o no del relato”¹⁰.

En la novela autobiográfica, contraria a otras literaturas del yo, parece que lo sustancial es lo ficticio, y que lo autobiográfico solo es un simple complemento accidental, pero solo hasta que el lector “perciba la fuerte impronta íntima y privada del relato y deje en su segundo plano lo ficticio sin ningún tipo de contradicción aparente”¹¹. Por tanto, no saber dónde acaba la ficción y dónde comienza lo autobiográfico, el lector lo sentirá como un estímulo. J. Volpi, ve este *juego* de la siguiente manera: “Pero la relación entre el autor y el lector de una novela se parece más bien a la de un cazador con su presa. Al escribir una novela, el autor intenta prever los movimientos del lector, mientras que este busca escapar de sus trampas”¹².

Fundamentalmente, con estos dos pactos se pueden alcanzar confines o cruzar fronteras que nunca se habrían franqueado de otro modo, sino solo bajo este modelo narrativo del yo y su uso confesional y autobiográfico disfrazado, que eleva a nuevos campos en la literatura. Pero será preciso resaltar la diferencia originaria de este *junte*: y es que el primero, el pacto autobiográfico, en su concepto original, propone que su autor, narrador y personaje tengan la misma identidad; además, debe carecer de invención y lograr en sus memorias la mayor veracidad posible. El segundo pacto es el novelesco que, como se vio, no tiene una definición exacta, pero que aterriza en el terreno de lo ficcional y, en ese sentido,

Las novelas del yo constituyen un tipo peculiar de autobiografías y/o de ficciones. En realidad, como su nombre indica, se trata de novelas que parecen autobiografías, pero también podrían ser verdaderas autobiografías que se presentan como novelas, en cualquier caso, las considero como la excepción o el desvío de la regla y una tierra de nadie entre el pacto autobiográfico y el novelesco¹³.

Estos pactos se presentan *ambiguos* porque al “tomar genes de los dos grandes géneros narrativos, novela y autobiografía, y mezclarlos en la probeta, según técnicas de clonación literaria, es caer en la indistinción entre persona y personaje, entre héroe y escritor, entre la imaginación y la experiencia”¹⁴; es, se podría decir, la ambigüedad entre lo real y lo posible o lo probable, lo que ha sido y lo que podría llegar a ser. Es un ir y venir entre estos dos polos sin reconocer sus límites, y lo más importante es que ninguno de estos dos pactos exige su primacía: la vida y la literatura se funden al punto de no saber dónde comienza una y dónde termina la otra.

No tendría sentido ubicar el discurso ficticio por encima del que no lo es, ni tampoco lo contrario, ya que ambos, el discurso ficticio y el factual, tienen similares posibilidades de crear textos de categoría artística, aunque el sistema literario prestigie las formas del primero

¹⁰ Ibid., p. 99.

¹¹ Ibid., p. 101.

¹² VOLPI, *Op. cit.*, p. 7.

¹³ ALBERCA, *Op. cit.*, p. 64.

¹⁴ Ibid., p. 16.

sobre el segundo. “Las posibilidades significativas de ambos son diferentes, ni superiores ni inferiores, sólo distintas, pues mientras el primero lo consigue por la senda de la verosimilitud de la referencia textual, el segundo lo hace por el lado de la veracidad extratextual”¹⁵.

Por tanto, no debería extrañar que esta posibilidad de creación se hubiera incrementado de manera considerable en las últimas décadas, en las que se ha hecho de la mezcla y del hibridismo literario un prestigioso “principio de creación” que, en definitiva, es un procedimiento en que el autor da forma a los personajes y a la acción novelística con la línea única de su vida real, pues ahí se encuentra su estructura y punto de partida. Miguel de Unamuno dice: “escribir contando cómo se hace una novela es hacerla. ¿Es más que una novela la vida de cada uno de nosotros? ¿Hay novela más novelesca que una autobiografía?”¹⁶ Más adelante, en su estancia en París, y después de haber leído *Piel de zapa*, de Balzac, comenta:

En estas circunstancias y en tal estado de ánimo me dio la ocurrencia (...), de ponerme en una novela que vendría a ser una autobiografía. Pero ¿no son acaso autobiografías todas las novelas que se eternizan y duran eternizando y haciendo durar a sus autores y a sus antagonistas?¹⁷

En síntesis, Novela Autobiográfica:

Quiere decir vida apasionante, excepcional, lejos de lo que acostumbra a ocurrir en las vidas de las personas comunes, por lo cual dicho contenido, aun en su excepcionalidad, mantiene el valor referencial extra-textual. ‘Novela’ puede significar también que un relato de contenido autobiográfico reclama para sí el mismo trato y categoría con que se prestigia siempre a la literatura de invención.¹⁸

1.3 EL YO LIBRE, CREATIVO Y EXPERIMENTAL

Esta propuesta artística es también el resultado de una investigación-creación, en la cual se pretende ejercer la expresión libre del “yo”, que habla desde sí mismo apoyado en el disfraz de lo ficticio y, de esta manera, encontrar su valor existencial; es un trabajo que pretende mantener vigente este tipo de literaturas del “yo”, narrado, por supuesto, desde una perspectiva particular, y sin que ello lo prive de encontrar una semejanza con otras formas de existencia.

Milan Kundera afirma:

Todas las novelas de todos los tiempos se orientan hacia el enigma del yo, por lo cual, la creación de personajes se vincula estrechamente con el ‘mundo invisible interior’, de un yo, que se escapa, que no es aprehensible totalmente y que siempre terminará en una paradójica insaciabilidad, porque, por ejemplo, un personaje sencillamente no es una estricta representación de la realidad, es ficción, es un ego experimental que se genera, igual que los demás elementos de la novela.¹⁹

Según Kundera, la producción literaria (novela) no es información histórica (aunque se pueda extraer de ella un tiempo y un espacio), ni profética; por el contrario, este impulso

¹⁵ Ibid., p. 77.

¹⁶ UNAMUNO, *Op. cit.*, p. 23.

¹⁷ Ibid., p. 30.

¹⁸ ALBERCA, *Op. cit.*, p. 252.

¹⁹ KUNDERA, Milan. *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets Editores, 1985, p. 8.

efímero del novelista lo convierte en “un explorador de la existencia”, que la examina por medio de aquellos personajes (egos) que él mismo ha inventado, y por ello la lógica o la teoría de la novela es en cierto grado escurridiza, sin estabilidad o soporte, porque todo se concentra en la exploración aventurera del lenguaje, mediante el ritmo, el estilo, las sensaciones, etc., exploración que no solo concierne a la vida interior del “yo”, sino, además, al mundo exterior que, a su manera, nos define como individuos partidarios de una sociedad y sus circunstancias, puesto que es imposible afirmar la total independencia del yo respecto a ese contexto socio-cultural, de donde extrae o abstrae algunos elementos el individuo creador: de la unidad ética de la obra con la cultura.²⁰

Mijaíl Bajtín dice:

Verdaderamente la vida no sólo se halla fuera del arte, sino también dentro de éste, en su interior, en toda la plenitud de su ponderación valorativa: social, cognitiva, política, etc. El arte es rico, no seco, no algo especializado (...); el arte canta, embellece, rememora esta realidad preexistente del conocimiento y del hecho —la naturaleza y el hombre social—, los enriquece, los completa.²¹

Pero, además, este ejercicio implica el uso de la imaginación, de la estética, del conocimiento y la transformación de sí mismo, de tener un carácter *resiliente* y *emancipatorio*, de formación por medio de la investigación y el aprendizaje constante, de protesta por medio de la hermenéutica de sí y del entorno y, no menos importante, su carácter creativo, en el cual se puede experimentar un cierto grado de *libertad*. Un tipo de libertad que se posibilita en los relatos autobiográficos debido a su carácter retrospectivo, es decir,

que tiene una distancia temporal con respecto a la vivencia, que le permite diseñar su unidad y su identidad siguiendo un guion preconcebido (...), se trata de una proclamación de identidad, como individuo y como sujeto público, que escribe con intenciones determinadas.²²

En esa medida, la novela autobiográfica reconoce la libertad a decir, pero también consagra el derecho a no decir, a callar lo que se considera privado o íntimo; son dos movimientos igualmente contradictorios, porque es una urgencia de expresión y, a la vez, una necesidad de ocultación. Es un juego de esconderse y mostrarse en plena afirmación personal; Alberca lo ha explicado así:

Poder jugar con lo que no se puede decir abiertamente, con lo que se tiene prevención de contar, porque contradice algunas convenciones sociales o porque desestabiliza el propio yo, para terminar contándolo aunque sea bajo el disfraz novelístico, da idea de que el autor se mueve en los límites de lo que está permitido decir y de lo que es tabú, pero también indica que hay un margen de maniobra, una libertad de hecho para poder decir, si bien ésta se encuentra formalmente limitada. En ese quicio entre el querer y el no poder decir, entre esconderse y mostrarse, entre la necesidad dramática por afirmarse y la necesidad lúdica de jugar en los pliegues de la intimidad, se mueve la construcción ficticia del novelista.²³

Ricardo Gullón, a propósito de Unamuno, dice: “Escribir una novela autobiográfica es contar a muchos lo que de palabra diríamos a pocos, elevar la confidencia a sistema, pasar

²⁰ Ibid., p. 15.

²¹ BAJTÍN, Mijaíl. *Estética y teoría de la novela*. Madrid: Taurus, 1982, p. 34.

²² VARGAS JIMÉNEZ, *Op. cit.*, p.p. 55-57.

²³ ALBERCA, *Op. cit.*, p. 109.

del susurro al tono de voz audible para todos, gritar hasta hacerse oír por los sordos”.²⁴ Más aún, la novela se convierte en una máscara de la realidad, desde donde se puede contar lo que puede generar molestias, riesgo o Incomodidad; André Gide, en *Si la semilla no muere*, lo plantea en estas palabras: “Las memorias no son sinceras más que a medias, por grande que sea el deseo de verdad: todo es más complicado de lo que se dice. Quizás se aproxima uno más a la verdad en la novela”.²⁵

Los relatos de las novelas del yo han encontrado una forma sutil y estética de camuflaje. Oscar Wilde en su ensayo *Pluma, papel y veneno*, había sentenciado: “Dadme una máscara y os diré la verdad”.²⁶ Y, con todo, el anónimo autor de *My Secret Life*, del siglo XIX, dice: “Narro los hechos como se produjeron, en la medida en que puedo recordarlos; es todo lo que puedo hacer (...) una vida secreta no debe presentar ninguna omisión; no hay nada de lo cual avergonzarse (...) jamás se conocerá demasiado la naturaleza humana”.²⁷

Manuel Alberca señala:

La presencia del yo y el uso de la forma narrativa autobiográfica facilitaron la expresión de una subjetividad, que parecía la del autor sin serlo, o que se escondía de tal modo, como si se contara a sí mismo, sin parecerlo. Dicho de otro modo, las novelas del yo o en primera persona, tan importantes en la génesis de la novela moderna, sirvieron tanto para la afirmación del yo como para su escondite. No se trataba tanto de deponer una confesión personal ni de ponerse a sí mismo en el texto, sino de transponerse en la máscara de otro personaje: confesarse (si se puede decir así) pero tras el disfraz o el escondite.²⁸

Se ha dicho que, hasta el Romanticismo, la concepción del arte literario excluía cualquier contenido de carácter personal, porque se consideraba inmoral y dañino, carente de interés artístico. Como si la pureza literaria fuera por un mismo cauce del puritanismo moral. No obstante, el novelista autobiográfico, derivado de la estética romántica, se sirve de un registro que le permite hablar de sí mismo tras el disfraz ficticio, sin poner en peligro su prestigio social, y de esta manera, escapa de la reprobación moral y de la acusación de “narcisismo autocomplaciente, para conferirle a su experiencia personal un valor universal”.²⁹

Entonces, con este juego creador y estético, se pretende lograr un medio de expresión, de rebelión, de protesta, de autoconocimiento, de problemática íntima y, a la vez, contextual: un develamiento, un desahogo y una percepción de determinado medio, que renuncia a generalidades contaminantes, enfermizas, pasivas y privativas del pensamiento creativo. Rafael Climent-Espino, en *Novela autobiográfica y Metaliteratura: Usos y maneras de la escritura en Teresa de la Parra*, señala:

De la Parra rechazó frontalmente, tanto en su vida cotidiana como en su producción literaria, las férreas costumbres que propiciaban la pasividad femenina y abogó por una mujer activa en el campo cultural. Así, la escritura se muestra en su ficción como síntoma de resistencia al vindicar

²⁴ GULLÓN, Ricardo. *Autobiografías de Unamuno*. Madrid: Gredos, 1976, p. 281.

²⁵ GIDE, André. *Si la semilla no muere*, citado en Alberca, *Op. cit.*, p.78.

²⁶ WILDE, Oscar. *Pluma, papel y veneno*, citado en Alberca, *Op. cit.*, p. 91.

²⁷ Anónimo, *My Secret Life*, citado en Michel Foucault. *Historia de la sexualidad I. Voluntad de saber*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1998, p. 5.

²⁸ ALBERCA, *Op. cit.*, p. 90.

²⁹ *Ibid.*, p. 91.

la voz femenina en la sociedad venezolana. El uso de esa voz se sustancia en una concienciación que propicia el cambio de rol de la mujer como ciudadana activa en la toma de decisiones.³⁰

Por tanto, se ve que este pacto no solo ha servido para el desarrollo de la creatividad y la investigación, sino, también, como la posibilidad de disfrutar de un tipo de libertad expresiva o, como señala Mario Vargas Llosa, es “la rebeldía consciente o inconsciente”.³¹ Una rebeldía con razones subjetivas, porque el arte de la creación literaria no solo se compone de una forma material, sino, también, subjetiva, sensitiva, valorativa, etc. Véase lo que afirma Bajtín contra el formalismo ruso:

La forma, entendida como forma material, sólo en su determinación científica —matemática o lingüística—, se convierte en un tipo de organización puramente externa a la cual falta el elemento valorativo. Queda totalmente sin explicar la tensión emocional, volitiva, de la forma; su capacidad específica de expresar cierta relación valorativa del autor y del observador con algo que está fuera de la materia... contienen, sin embargo, una cierta dosis de verdad científica, precisamente en el sentido de que la forma con significación estética se refiere verdaderamente a algo, está orientada valorativamente hacia algo, que se encuentra fuera de la materia a la cual está ligada.³²

Esa belleza sensorial libre, que afecta al autor y al observador, es una forma estética que también encuentra afuera (en los lectores) una libertad de interpretaciones que recrearán en multiplicidad de formas su contenido; es decir, una variedad interpretativa que encuentra su origen en la relatividad psíquica de las experiencias humanas y con la posibilidad de escaparse de la función teleológica de la obra, en la que, por consecuencia, la imaginación del lector será un complemento automático de la imaginación del autor. Así, Milan Kundera propone que:

La novela, en tanto que modelo de ese mundo, fundamentado en la relatividad y ambigüedad de las cosas humanas, es incompatible con el universo totalitario... La verdad totalitaria excluye la relatividad, la duda, la interrogación y nunca puede conciliarse con lo que yo llamaría el espíritu de la novela.³³

En este sentido, el arte encuentra su autonomía y libertad en la composición, y otro tipo de libertad interpretativa, porque la atención como lectores no se focaliza en el autor, sino en la historia, de la cual se puede alimentar libremente el imaginario.

La resultante de este pacto se convierte, para el escritor, en una herramienta de autoconocimiento y, para el lector, en un conocimiento del otro: de su “cultura”, de sus sentimientos, frustraciones, anhelos, etc. Jorge Volpi (2008), en *De parásitos, mutaciones y plagas*, lo confirma de esta forma:

Las novelas son modelos o mapas que permiten entrever los motivos de los otros seres humanos. Dado que nadie puede entrar de manera directa a la mente de los demás, la novela acerca

³⁰ CLIMENT-ESPINO, Rafael. Novela autobiográfica y Meta literatura: Usos y maneras de la escritura en Teresa de la Parra. *Iberoamericana*. Vol. 17, N. 64 (2017), p. 11.

³¹ VARGAS LLOSA, Mario. *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Editorial Planeta, 1997, p. 8.

³² BAJTÍN, *Op. cit.*, p.p. 20-21.

³³ KUNDERA, *Op. cit.*, p. 6.

al lector a la experiencia ajena. La novela se convierte, así, en una fuente vital de información sobre los otros.³⁴

Ahora bien, el autor puede ponerse en lugar de otro, pero el discurso de ese “otro” es el suyo:

El pasado sólo puede ser evocado en relación con un presente, que es el momento de la escritura, en el que se inscribe el ‘yo’ actual que inevitablemente impone, como fórmula, una determinada forma, un estilo, a ese pasado. El pasado que ya no existe es reconstruido desde el presente —divergencia temporal— y por un yo, el yo actual, para quien el yo-pasado, aun cuando en el nivel del discurso la divergencia no se marque, no puede ser más que otro.³⁵

Desde otro ángulo, Oscar Wilde, en su novela autobiográfica *El retrato de Dorian Gray*, comenta: “Cuántas veces sucedía que, al creer que se experimenta sobre otros, experimentamos en realidad sobre nosotros mismos”.³⁶

Un apunte importante radica en que, mediante las novelas del yo, se puede lograr una estética de sí, una recreación artística de sí mismo; Edith Vargas Jiménez plantea:

De esta manera, se entiende que la escritura autobiográfica participa de la creación estética y que el yo representado adquiere el nivel de personaje de esta narración..., forma transgrediente más elemental mediante la cual yo puedo objetivar mi vida artísticamente.³⁷

1.4 EDUCACIÓN, LITERATURA, RESILIENCIA

Al enriquecer la libertad de expresión y de conocimiento, de creación o producción del pensamiento, se logrará un aporte significativo para la formación investigativa de un futuro docente, ya que recrea, construye y constituye distintos puntos de vista respecto a lo estético, lo ético y lo literario, desde la creación de un texto donde se destacan las problemáticas de contexto, que pueden analizarse o ser objeto de estudio desde lo pedagógico, lo psicológico, lo sociológico, lo antropológico, lo artístico, etc. Es un espacio que ayuda a mantener una relación estrecha con la realidad y, por ende, a comprenderla desde otra perspectiva: empírico-ficcional.

Es una alternativa que propicia la continuación de la creación y la investigación literarias, como un aporte fundamental para motivar a la práctica de la escritura (y todo lo que ello conlleva), en las nuevas generaciones. Jorge Larrosa, en su capítulo *Literatura, experiencia y formación*, afirma: “Casi todo lo que he publicado recientemente puede considerarse como un conjunto de notas para un texto no escrito”;³⁸ es decir, la creación de un texto se convierte en la inspiración de otro, en una sucesión que intenta retardar la “muerte de la novela” (Kundera), debido a las vanguardias por el *progreso*.

³⁴ VOLPI, Jorge. De parásitos, mutaciones y plagas. *Anales de Literatura Hispanoamericana*. Vol. 37 (2008), p. 28.

³⁵ ORELLA DÍAZ-SALAZAR, Victoria. *El escritor y la ciudad en el nuevo fin de siglo. Representación del espacio y autorrepresentación en la escritura autoficcional de Fernando Vallejo*. Southampton, 2024. Tesis doctoral (doctorado en Filosofía). University of Southampton, Faculty of Humanities, p. 23.

³⁶ WILDE. *El retrato de Dorian Gray*. Luarna Ediciones, 2009, p. 112.

³⁷ VARGAS JIMÉNEZ, *Op. cit.*, p.p. 58.

³⁸ LARROSA, Jorge. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 25.

También se ejercitan las distintas herramientas, sin las cuales no sería posible la formación docente; Paulo Freire, en su *Pedagogía de la Autonomía*, señala: “Como profesor debo saber que sin la curiosidad que me mueve, que me inquieta, que me inserta en la búsqueda, no aprendo ni enseño”,³⁹ palabras que perfilan, de forma introductoria, este tipo de investigación que se abre a la *pesquisa* de información (bibliográfica, cualitativa, autobiográfica) que proporcionará el conocimiento necesario para la realización de un trabajo específico, que represente la indagación y la apropiación de un conocimiento favorable para ejercer la vocación docente.

Esta es una búsqueda que se encuentra en las diferentes formas y fenómenos que nos circundan, pues, como señala Truman Capote, en *Prefacio de Música para camaleones*,

Había que aprender, y de tantas fuentes: no sólo de los libros, sino de la música, de la pintura, de la mera observación cotidiana... Tenía la intención de utilizar gran parte de ese material en un libro que planeaba desde hace años: una variante de la novela verídica.⁴⁰

Una apropiación no en el sentido de almacenamiento, sino de observación y análisis. Erich Fromm propone esta diferencia en su libro *Ser y Tener*, en la que, en el modo “ser”, la investigación y todo lo que le atañe se convierte, además de dar a conocer y enriquecer la temática, en un lugar de reflexión, con una postura crítica frente a cuanto fuera preciso leer, mientras que, en el modo “tener”, en el (los) investigador (es)

El contenido no pasa a ser parte de su sistema individual de pensamiento, ni lo enriquece ni lo amplía. En vez de ello, los alumnos transforman las palabras que oyen (o leen) en conjuntos fijos de pensamientos o teorías, y las almacenan. Los estudiantes y el contenido de las clases continúan siendo extraños entre sí, pero cada estudiante pasa a ser propietario de un conjunto de afirmaciones hechas por alguien (que las creó o las tomó de otra fuente).⁴¹

De la misma forma, la investigación y la creación de textos literarios autobiográficos sirve para reconocer y fortalecer aptitudes estilísticas en los educandos; Silvia Kohan, en *Escribir sobre uno mismo*, indica: “Escribir sobre uno mismo no es sólo una forma de conservar los recuerdos, sino que resulta sumamente útil para enriquecer el campo literario y perfilar el estilo”, pero, a la vez, es una forma de relacionarse mejor con lo que *somos*, hemos *sido* y podríamos llegar a *ser*: “reflexionar sobre lo que podría ser te permitirá conectar mejor con lo que viviste y lo que vives”.⁴²

Por tanto, aquí la creatividad se plantea como un ejercicio de y para la libertad, donde el “yo” *es* quien decide y, el docente, tutor, o autoridad, es aquel que apoya esa decisión y conduce, de forma no autoritaria, el proceso. Joseph Beuys propone:

Esta palanca que debería ser utilizada por el hombre libre, el hombre que se autodetermina, considerado como el verdadero creador del futuro cuerpo social. [...] Esto significa que es preciso

³⁹ FREIRE, Paulo. *Pedagogía de la Autonomía*. Sao Paulo: Paz e Terra, 2004, p. 39.

⁴⁰ CAPOTE, Truman. Prefacio de *Música para camaleones*. <https://isaimoreno.files.wordpress.com/2015/05/prefacio-de-mc3basica-para-camaleones-truman-capote.pdf>, p. 2-6.

⁴¹ FROMM, Erich. *Tener y Ser*. PsiKolibro. Disponible en: <https://jesuitas.lat/uploads/tener-y-ser/ERICH%20FROMM%20-%201976%20-%20TENER%20Y%20SER.pdf>, p. 19.

⁴² KOHAN, Silvia. *Escribir sobre uno mismo*. Barcelona: Alba Editorial, 2011, p. 9-11.

crear escuelas y universidades libres, centros en los cuales la creatividad sea considerada como una Ciencia de Libertad.⁴³

De esta forma, se debe entender el arte como una condición previa a toda capacidad y llegar al punto en que se reconozca que “cada hombre es un artista”.

Entonces, el trabajo de todo docente o autoridad académica consistirá en que el alumno encuentre libremente su fuerza creativa por medio de la autorreflexión y confrontación de sí mismo y de su contexto, estudios que pueden encaminarse a la creación de nuevos mundos por medio del lenguaje literario y, en efecto, a la transformación de realidades. Raquel Cercós, en *El pensamiento estético-pedagógico de Joseph Beuys: entre la utopía y el mesianismo*, propone:

Sólo de ese modo será posible forjar nuevos significados que darán forma al sentimiento y a la voluntad, configurando un humus de representaciones sobre el cual puede crecer una forma viva de manera que sea posible la curación psíquica y, de ese modo, salir de la crisis en la que se encuentra sumido el organismo social.⁴⁴

El arte, del modo en que aquí se ha planteado, se rige como “agente transformador”, que dinamita los acontecimientos comunes de la psique y el entorno, para darles un nuevo sentido; por ello, se deben destruir los límites del arte y ampliarlos en forma y contenido, y registrar la comunión entre el arte, la pedagogía y la vida cotidiana. Se trata de que el alumno, de forma intuitiva, experimente los procesos internos y externos, con el fin de activar sus dimensiones espirituales hasta el punto de cifrar en ello un poder terapéutico, como lo han propuesto en su momento Beuys y Duccio Demetrio.

La libertad en este ejercicio investigativo es fundamental, puesto que, sin ella, es impensable la vida intelectual y, en este sentido, la educación debe “alzarse como eslabón para evolucionar, y el arte como su modelo y principio fundamental”,⁴⁵ para pasar del autoritarismo y la represión a las auténticas necesidades del educando y reactivar así los “valores vitales” sepultados bajo la rutina, la violencia y aquellos hechos e ideologías dominantes que domestican y anulan al individuo.

Cornelius Castoriadis, en *Poder, política, autonomía*, lo plantea en esta forma:

Desde el punto de vista psíquico la fabricación social del individuo es un proceso histórico a través del cual la psique es constreñida (sea de una manera brutal o suave, es siempre por un acto que violenta su propia naturaleza) a abandonar (nunca totalmente, pero lo suficiente en cuanto necesidad/uso social) sus objetos y su mundo inicial y a investigar unos objetos, un mundo, unas reglas que están socialmente instituidas. En esto consiste el verdadero sentido del proceso de sublimación.⁴⁶

⁴³ VÁSQUEZ ROCA, Adolfo. Joseph Beuys. Cada hombre es un artista. Disponible en: https://www.academia.edu/34676376/JOSEPH_BEUYS_CADA_HOMBRE_UN_ARTISTA, (2007), p. 1.

⁴⁴ CERCÓS, Raquel. El pensamiento estético-pedagógico de Joseph Beuys: entre la utopía y el mesianismo. *Actas del XVIII Coloquio de Historia de la Educación*. Barcelona: Universitat de Barcelona. Vol. 1., (2015), p. 103.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 105.

⁴⁶ CASTORIADIS, Cornelius. Poder, política y autonomía. *Estudios*. No. 18 (1989), p. 7-35. Disponible en: http://estudios.itam.mx/sites/default/files/estudiositamx/files/018/000_170505.pdf, p. 3.

Pero, también, implica el respeto a la diferencia, a las diferentes formas de expresión, pues es mucho más enriquecedor ver lo que cada uno puede aportar desde su experiencia y creatividad; Enrique Dusell, en el *Capítulo VIII: La pedagógica latinoamericana (la antropológica II)*, plantea que la voz del Otro significa el contenido que se revela, “y es sólo a partir de la revelación del otro que se cumple la acción educativa”.⁴⁷ Si el maestro, el padre o el Estado acallan la voz (es decir, sus sentimientos, sus pensamientos, sus experiencias, sus dudas, su creatividad, etc.) del educando, la educación liberadora no puede ejercerse, pues es algo que solo el *pluralismo* puede lograr. María Rosa Buxarraís, en *Educación en valores y democracia*, comenta:

Formar ciudadanía es formar ciudadanos que sean incluyentes, tolerantes, que no discriminen. (...) Y eso solamente puede darse no como una materia de currículo y de contenidos, sino como una práctica y una apropiación de mecanismos que permitan evitar las desigualdades dentro del aula y de las escuelas en nuestro país.⁴⁸

De esta forma, el soporte básico de la libertad se encuentra y se busca en el arte, para el caso, en la creación literaria, porque escribir provee fórmulas adecuadas de verdad, vida y realidad, y la educación debe sacar a relucir el mejor potencial de los educandos, lo cual es factible por medio del arte, de la escritura.

Un ejercicio libre resulta inevitablemente liberador, es decir, resiliente. Un mecanismo fundamental se encuentra en la escritura de sí mismo, Duccio Demetrio lo confirma:

Volviendo a la función curativa de la autobiografía descubriremos que, por un lado, el juego de los recuerdos, como todo juego (¿Cómo una especie de *self video game*?), nos aligera y relaja, especialmente si nos abandonamos, a solas o en grupo, a las libres asociaciones y verbalizaciones; además, todo este vagar de un espacio a otro de nuestra mente construye interespacios y pasillos que nos devuelven la benéfica sensación de sentir que somos y creamos muchas, muchísimas dimensiones.⁴⁹

Boris Cyrulnik propone que “Todas las formas de arte son factor de resiliencia”, en la medida en que hablar *mal* de un fenómeno o circunstancia solo ayuda a agravarlos. Es mejor sublimarlos con una creación estética como la literaria. En otras palabras, “Es el hecho de retomar un nuevo desarrollo después de una agonía traumática”, agonía que puede ser neurótica, afectiva, psicológica, sociológica, etc., a las que se expone todo ser humano que piensa y siente. Cuando Cyrulnik, en su conferencia *Resiliencia y arte, los relatos del trauma*, se refiere a Gavroche y Cossete, personajes de la novela *Los miserables*, de Víctor Hugo, los cuales llevaron una infancia traumática, comenta:

... y si les ayudamos a reconstruir este mundo íntimo, a desarrollarlo, vamos a generar procesos de resiliencia... Nosotros, seres humanos, somos ante todo la representación de la realidad, que

⁴⁷ DUSSELL, Enrique. *Capítulo VIII: la pedagógica latinoamericana (la antropológica II)*. México D.F.: Edicol, 1977, p. 184.

⁴⁸ BUXARRAIS, María Rosa. *Educación en valores y democracia*, México D.F.: Instituto Federal Electoral. Segunda Edición, 2003, p. 30.

⁴⁹ DEMETRIO, Duccio. *Escribirse*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1999, p. 46.

podemos *remanejar*, que podemos reorganizar para poder crear una narrativa de nuestras historias.⁵⁰

Oscar Wilde, en su novela *El retrato de Dorian Grey*, escribió: “La vida moral del hombre forma parte de los temas del artista, pero la moralidad del arte consiste en hacer un uso perfecto de un medio imperfecto”.⁵¹ Y Patrick Süskind, en *El perfume. Historia de un asesino*, afirma: “Quería exteriorizar lo que llevaba dentro, sólo esto, expresar su interior, que consideraba más maravilloso que todo cuanto el mundo podía ofrecer”.⁵²

En efecto, la Novela Autobiográfica aquí propuesta se presenta como una forma artística resiliente, ya que la remembranza y la autorreflexión implican, a la vez, un proceso de investigación, de autoconocimiento, de liberación, de curación, de transformación y de creación, que desarrolla un sentimiento de plenitud y autoalimentación, como ha quedado expuesto.

⁵⁰ CYRULNIK, Boris. *Resiliencia y arte, los relatos del trauma*. Bogotá: Conferencia. Disponible en: https://proyectos.banrepcultural.org/proyecto-paz/blog/todas-formas-arte-factor-resiliencia-boris-cyrulnik_2017.

⁵¹ WILDE, *Op. cit.*, p. 4.

⁵² Süskind, Patrick. *El perfume. Historia de un asesino*. New York: A.B.A., 1985, p. 48.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ALBERCA, Manuel. *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.

_____. «Entrevista con Philippe Lejeune». *Cuadernos Hispanoamericanos*. No. 649-650 (2004), p. 271-280.

_____. «De la autoficción a la antificción. Una reflexión sobre la autobiografía española actual», Universidad de Málaga. En: *Ana Casas. El yo fabulado. Nuevas aproximaciones críticas a la autoficción*. Madrid: Iberoamericana – Vervuert, 2014.

AMÍCOLA, José (2008), “Autoficción, una polémica literaria vista desde los márgenes (Borges, Gombrowicz, Copi, Aira)”, *Olivar*. Vol. 9. No. 12. Disponible en <<http://www.scielo.org/ar>>.

AMORÓS, Andrés. *Introducción a la novela contemporánea*. 9ª ed. Madrid: Cátedra, 1989.

ANACONA-BECERRA, Segundo. Acerca de la realidad de la vida y la literatura. Medellín, *Escritos*. Vol. 25, No. 55 (2017). Disponible en: <http://dx.doi.org/10.18566/escr.v25n55.a01>

BAJTÍN, Mijaíl. *Estética y teoría de la novela*, Madrid: Taurus, 1982.

_____. *Las fronteras del discurso*, Buenos Aires: Las Cuarenta, 2011.

BARTHES, Roland. *Introducción al análisis estructural del relato*, México: Premia, 1980.

BENJAMÍN, Walter. (2006). *El narrador*. Disponible en: <http://www.librodot.co>

BUXARRAIS, María Rosa. (2003). *Educación en valores y democracia*. 2ª ed. México, D.F.: Instituto Federal Electoral, 2003.

CALVACHE OBANDO, William Fabián. *Caminos sin regreso. (Acordes de vida, Soledad, Sangre y Olvido)*. Pasto, 2017. Trabajo de grado (Licenciatura en Filosofía y Letras). Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas.

CAPOTE, Truman. (1980), Prefacio de Música para camaleones. Disponible en: <https://isaimoreno.files.wordpress.com/2015/05/prefacio-de-mc3basica-para-camaleones-truman-capote.pdf>

CASAS, Ana (ed.). *El yo fabulado. Nuevas aproximaciones críticas a la autoficción*. Madrid: Iberoamericana – Vervuert, 2014.

CASTORIADIS, Cornelius. Poder, política y autonomía. *Estudios*. No. 18 (1989), p. 7-35. Disponible en: <http://estudios.itam.mx/sites/default/files/estudiositamx/files/018/000170505.pdf>

CERCÓS, Raquel. El pensamiento estético-pedagógico de Joseph Beuys: entre la utopía y el mesianismo. *Actas del XVIII Coloquio de Historia de la Educación*. Vol. 1. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2015. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5204713>

CYRULNIK, Boris. *Resiliencia y arte, los relatos del trauma*. Bogotá: Conferencia (2017). Disponible en: <https://proyectos.banrepcultural.org/proyecto-paz/blog/todas-formas-arte-factor-resiliencia-boris-cyrulnik>

CLIMENT-ESPINO, Rafael. Novela autobiográfica y metaliteratura: Usos y maneras de la escritura en Teresa de la Parra. *Iberoamericana*. Vol. 17, N. 64 (2017), p. 175-194. Disponible en: <https://journals.iai.spk-berlin.de/index.php/iberoamericana/article/view/2157>

DEMETRIO, Duccio. *Escribirse*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1999. Disponible en: <https://comunidad.udistrital.edu.co/catedraunesco/files/2015/08/ESCRIBIRSE-La-autobiograf%C3%ADa-como-curaci%C3%B3n-de-uno-mismo-1-105.pdf>

DUSSEL, Enrique. *Capítulo VIII: La pedagógica latinoamericana (la antropológica II)*. México D.F.: Edicol, 1977. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/2012/228103559/5cap83.pdf>

EMERSON, Ralph Waldo. *La confianza en uno mismo*, Madrid: Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización, 2017. Disponible en: <http://www.humanismoeuropa.org>

FORSTER, Edward Morgan. *Aspectos de la novela*. Xalapa (México): Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Veracruzana, 1961.

FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad, 1. Voluntad de saber*. México: Siglo XXI, 1998. Disponible en: <https://www.icmujeres.gob.mx/wp-content/uploads/2020/05/681-4.pdf>

FREIRE, Paulo. *Pedagogía de la autonomía*. São Paulo: Paz e Terra, 2004. Disponible en: <https://redclade.org/wp-content/uploads/Pedagog%C3%ADa-de-la-Autonom%C3%A1a.pdf>

FROMM, Erich. *Tener y Ser*. PsiKolibro, Disponible en: <https://jesuitas.lat/uploads/tener-y-ser/ERICH%20FROMM%20-%201976%20-%20TENER%20Y%20SER.pdf>

- GULLÓN, Ricardo. *Autobiografías de Unamuno*, Madrid: Gredos, 1976.
- JIMÉNEZ, Alex Dairo. *Al sur de la locura*, San Juan de Pasto: Edinar, 2016.
- KOHAN, Silvia. *Cómo se escribe una novela*, Barcelona: Random House Mondadori, 2003.
- _____. *Escribir sobre uno mismo*, Brcelona: Alba Editorial, 2011.
- KUNDERA, Milan. *El arte de la novela*, Barcelona: Tusquets, 1985.
- LARROSA, Jorge. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- LEJEUNE, Philippe. *Le Pacte autobiographique*, París, Seuil, 1975.
- _____. «El pacto autobiográfico», en: *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid, Megazul-Endymion, 1994.
- _____. «Definir la autobiografía». *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*. No. 5 (sept., 2001). Disponible en: <https://revistes.ub.edu/index.php/bueb>
- MONTAÑO, Alba Ruth. (2001). La novela autobiográfica de Martín Gaité. *Cuadernos de Literatura*. Vol. 7, No. 13-14 (2001), p. 209-215. Disponible en: [file:///D:/descargas/7837-Texto%20del%20art%C3%ADculo-29824-1-10-20140315%20\(2\).pdf](file:///D:/descargas/7837-Texto%20del%20art%C3%ADculo-29824-1-10-20140315%20(2).pdf)
- NIÑO ARTEAGA, Yesid. (2011), *Fragmentos*. Pasto, 2011. Trabajo de grado (Licenciatura en Filosofía y Letras). Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=86015>
- PINEDA BOTERO, Álvaro. *Teoría de la novela*, Bogotá: Plaza & Janés, 1987.
- PROUST, Marcel. *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Barcelona: Lumen, 2000.
- REVELO LOPEZ, Armando. *Podreunder*. Pasto, 2018. Trabajo de grado (Licenciatura en Filosofía y Letras). Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas.
- NEGRETE SANDOVAL, Julia Érika. Tradición autobiográfica y autoficción en la literatura hispanoamericana contemporánea. *De raíz diversa*. Vol. 2, No. 3 (2015), p. 221-242. Disponible en: <http://revistas.unam.mx/index.php/deraizdiversa/article/view/58594/51805>
- SÜSKIND, Patrick. *El perfume*. New York: A.B.A., 1985.

BERNHARD, Thomas. *El frío*. Barcelona: Anagrama, 1981.

TROCCHI, Alexander. *El libro de Caín*. Ed. Digital, Titivillus, 1960. Disponible en www.lectulandia.com

UNAMUNO, Miguel de. *Cómo se hace una novela*. Buenos Aires: Ed. Titivillus, 1927. Disponible en: www.lectulandia.com

VALLEJO, Fernando. *La Virgen de los Sicarios*, Colombia: Alfaguara, 2002. Disponible en: www.lectulandia.com

VARGAS JIMÉNEZ, Edith. La autobiografía: proyecto de vida y escritura. Un acercamiento desde la teoría de Mijaíl Bajtín. *Revista Fuentes Humanísticas*. No. 52 (2017), p. 53-63. Disponible en: <http://zaloamati.azc.uam.mx/handle/11191/5175?show=full>

VARGAS LLOSA, Mario. *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Editorial Planeta, 1997. Disponible en: <https://img9.xooimage.com/files/8/9/b/vargas-llosa-mari...sta-pdf-2669103.pdf>

VÁSQUEZ ROCA, Adolfo. Joseph Beuys. “Cada hombre un artista” (2007). Disponible en: https://www.academia.edu/34676376/JOSEPH_BEUYS_CADA_HOMBRE_UN_ARTISTA

VOLPI, Jorge. *Mentiras contagiosas*. México: Páginas de Espuma, 2008.

_____. (2008), De parásitos, mutaciones y plagas. *Anales de Literatura Hispanoamericana*. Vol. 37 (2008), p. 19-33. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/ALHI0808110019A>

WILDE, Oscar. *El retrato de Dorian Gray*. Disponible en: https://es.wikisource.org/wiki/El_retrato_de_Dorian_Gray

ES PSICODÉLICO

CAPÍTULO I

PERMANENTE

Sur de Colombia, 2 de diciembre de 2001.

Corría fatigosamente por una ladera boscosa...

Estaba por anochecer y mis piernas se adormecían a cada paso... En una visión fugaz, vi por entre los matorrales que estaba a punto de llegar a una casa, de color blanco, casi amarillento; no sabría asegurar si la ocupaba alguien, pero se escuchaba la señal borrosa e intermitente de una radio. A unos cuantos pasos de llegar a ella, el hombre que me seguía y que portaba un arma de fuego, alcanzó a tomarme por el cuello con su enorme mano arrugada, áspera, de uñas largas y afiladas, y me lanzó contra el suelo... Me revolcó por más de dos metros tirando de mi pie izquierdo. Quise ver su rostro, pero el ajeteo y el gris oscuro de la noche que se avecinaba me lo impedían; solo pude notar que llevaba un gabán negro tan largo que le llegaba hasta los talones y un sombrero de ala ancha del mismo color. Sí, era él... Se detuvo. Me apuntó a la cabeza. Cerré los ojos y... ¡Boom!..., al instante, desperté.

El sonido del disparo contrastó con el sonido de la gran puerta de hierro de La Permanente que fue golpeada al abrirse, debido al estrepitoso forcejeo de dos guardias queriendo ingresar a un reo al pasillo para integrarlo en alguna de las nueve celdas.

Sobé mis ojos con el antebrazo para ver, de nuevo, la otra dura realidad..., la de la vigilia.

La bulla en algunas celdas por los reos que se despertaban a causa del ajeteo, y en el pasillo por los protagonistas, se intensificaba. La curiosidad me levantó en un santiamén, pisando incluso la entepierna de “El Negro Yunta” que estaba a mi lado izquierdo —cabe decirlo, el negro más temido para entonces en los calabozos de La Permanente—. Inmóvil, ruborizado y sudoroso esperé reacción..., pero estaba tan dormido y su cuerpo era tan gordo que no hizo más que una mueca seguida de un gruñido; acto seguido, su brazo izquierdo se posó de forma mecánica en su regazo; la otra mano seguía apuñando sus testículos, frotándolos con la yema de los dedos un par de veces, luego siguió contemplando sus, imagino, macabros sueños —si es que no se los habían matado con el tiro que tenía en la mitad de la frente, y al que milagrosamente había sobrevivido, así que podría deducirse que sus sueños maquiavélicos también. ¡¿Quién podría saberlo?!

Los otros seis reos de la celda donde me encontraba, también dormitaban profundos, como era costumbre después del almuerzo y un varillo de marihuana. Marihuana como evasión... Evasión de la cruda realidad de despertar y encontrarse en un mundo reducido a cuatro paredes, en un espacio de dos metros de largo y un metro con cincuenta de ancho, tan estrecho que no había forma de dormitar completamente acostado o por lo menos en posición fetal, sino que solo se tenía el derecho de dormir sentado, con las rodillas sobre el pecho, y eso con suerte, pues, cuando se llegaba el fin de semana, los ánimos afuera se caldeaban y el desfile de reos —de todo tipo y por distintas circunstancias y delitos—, era inminente, ya que aquí, en este siniestro lugar, en este sepulcro de vivos, en esta cloaca de la sociedad, se definiría la

situación de cada reo: si para la “Casa Blanca”, como le llamábamos a la Cárcel Municipal, o, si el delito no se consideraba como “grave”, en el transcurso de la semana y tras la primera audiencia, uno iba “pa’ la calle”; muchos reos salían con el ánimo delictivo intacto.

Los mandamases como El Negro Yunta eran la excepción. Ellos, sea como fuere, sea sábado o lunes, se extendían en el calabozo a sus anchas; atreverse a renegar era estar dispuesto a pelear para no ser apuñalado, asaltado o, como mínimo, violado, cosa que no faltaba para aquellos hijos de “papi y mami” que, por su delicada inocencia, creían poder llegar y acomodarse a su antojo.

La mayoría de reos que llegaba en fin de semana era por escándalo público, peleas callejeras entre bandas, hurtos simples, calificados o agravados, violencia física y verbal contra sus mujeres; en su mayoría, eran delitos que no pasaban de las setenta y dos horas, al menos cuando no había denuncia por parte de las víctimas, sino, solo policial..., o cuando había *money* de por medio.

En el pasillo, la bulla seguía cada vez con más vehemencia...

A salvo de despertar al moreno violador en potencia, me colgué *como mono a su árbol* de los barrotes de la parte superior de la puerta de hierro del calabozo, para ver mejor lo que sucedía en el zaguán y, efectivamente, dos guardias agarraban con todas sus fuerzas a un hombre muy joven, de unos dieciséis o diecisiete años aproximadamente, cabello castaño, altura promedio, de buen vestir, corpulento, y al parecer de buena familia, uno de aquellos “hijos de papi y mami”.

El más alto y fornido de los guardias lo agarraba por la cintura rodeándolo con sus brazos en forma de tenaza, queriéndolo cargar a la vez que empujar, y el otro trataba de zafarle las manos de los lindeles de la gran puerta que comunicaba a las oficinas con los calabozos; se agarraba con tanta fuerza que hacía poner colorados a los guardias, gritando desesperadamente que se le suelte, que era inocente.

Esa escena me recordó cuando acompañaba a mis abuelos maternos María Rosa y Segundo Aquilino, a matar los cerdos para su patrona, doña Lourdes. Era una mujer de cabello negro azabache con corte de varón, cara prieta y arrugada, enana y con llantas en la cintura, “semejante a una cagada de perro callejero”, decía mi fallecido abuelo; su físico era una simbología de su tacañería y su inflada maldad. Mi abuelo, de contextura gruesa y de buen porte, les amarraba las patas —primero las de adelante y luego las de atrás—, y de un empujón, al suelo. Era el momento cuando mi abuela, que a pesar de su avanzada edad, y en apariencia débil, hacía un movimiento rápido, preciso, y con uno de sus cuchillos grandes y bien afilados daba una certera puñalada en el “mango”; así, en la medida en que el pobre animal se desangraba, sus chillidos menguaban, hasta dar el último suspiro... A mi corta edad pensaba que la sangre que corría por aquel patio de olores fétidos era el alma o el espíritu del animal que se iba por la rejilla de desagüe hasta llegar a lo más profundo de la tierra, donde algún día ya no cabría nadie. Ese pensamiento me atormentaba por aquellas noches..., luego lo olvidaba. Pero lo que produjo aquella reminiscencia fue el hecho de que también los cerdos parecían presentir la hora de su muerte: sus nervios se alteraban y a punta de chillidos eran conducidos al patio de sacrificio y ¡se negaban —a su manera— rotundamente! Suponía,

además, que sus pensamientos en ese momento pedían que se les suelte, que eran inocentes, que su pecado, el más discordante de todos y en analogía con el del reo, era haber venido al mundo y sufrir las consecuencias.

Como no aguantaba colgado de aquellos barrotes de hierro oxidado, me deje caer un momento con la delicadeza de una pluma para no despertar a los demás, en especial al moreno de tiro en la frente: —Era mejor mantenerse al margen de esa culebra..., y de su culebra.

El show no paraba e hizo que el también respetado “Rey orejas” —apodo por lo demás bien otorgado, pues sus orejas daban la impresión de ser un par de alas en ese cuerpo escuálido y alargado—, saliera de su estado onírico bruscamente, como si la realidad en su sueño hubiese sido más cruda y menos sufrible que ésta y, para colmo, su cuerpo se estuviese negando a despertar. Al menos eso daban a entender sus bruscos movimientos y gesticulaciones. No me atreví, ni me atrevería jamás a preguntarle si era eso u otra cosa lo que le atormentaba en el traspaso del sueño a la vigilia, pero, a pesar de la tenue luz del calabozo proveniente de un delgado Insolux de varillas carcomidas en el techo del zaguán, pude ver cuando sus enormes ojos, ya bien abiertos y desprovistos de color en ese sitio, se clavaron en mi rostro, dibujándolo con su mirada, interrogantes y llenos de odio, como si yo le hubiese elegido el sueño que le atormentaba. Era la segunda vez que me ruborizaba en ese acto novedoso y a la vez clásico.

—¿Y esas gonorreas, queeé?! —dijo, haciendo un ademán como de querer levantarse.

—Están queriendo meter a un *pirobo gomelo*..., pero no se deja —contesté, siempre fingiendo rudeza.

Y con un gesto me mostré curioso por los ajetreos de afuera, y nuevamente el *mono trepaba a su árbol*. No dijo palabra. Esperé unos segundos. Luego, volví la mirada... Había vuelto a sumergirse en sus “macabros” sueños.

Afuera en el pasillo, estaba para alquilar balcón: uno de los guardias, el corpulento y de tez blanca que hacía un momento lo atenazaba, apodado en el “ruedo” como “El Corre caminos” —apodo resultante por ser uno de los más rápidos en atrapar bandidos, y del cual tenía una firme sospecha del por qué yo estaba recluido en este lugar—, ahora tenía al muchacho agarrado de la camisa blanca que llevaba y lo zangoloteaba, mientras el otro guardia, de tez también blanca, casi roja en la parte de las mejillas, con porte similar al de aquel muchacho, y tildado como “El Costeño”, le golpeaba las dos piernas con el bolillo para doblarlo.

—¡Si no doblegas, aquí te doblegamos *mariconzuelo* —comentó El Corre caminos, animando así a su compañero para que siguiera golpeando—, y más te vale que entres o te saco una a una las muelas a puro bolillazo!

—¡Nooo, por favor, se lo ruego, no me meta ahí! —decía el muchacho, hecho un mar de lágrimas, resistiéndose con todas sus fuerzas y mirando pavorosamente el interior de la celda número ocho, a la cual había sido asignado, una de las más oscuras por el lugar donde se ubicaba, y si se considera bien, una de las más peligrosas junto con la celda número nueve,

la más pavorosa de todas—. ¡Si me meten en ese lugar, les juro que me mato! —repetía a gritos.

—¡Tranquila, mamacita, ya estoy descargao! —se oía decir desde adentro de la celda a “El Negro Jair”, el cacique parcial de ese agujero también llamado la “ele” por la forma que tenía el calabozo—. ¡En la noche es tooo mi amorrrr!

Esto dio para que muchos otros reos, de las demás celdas, salieran de su pesado sueño y se soltaran en comentarios sicalípticos: “Mi amor, no se preocupe, yo tengo vaselina, o salivita si prefiere”, “Déjese, maricón, que El Negro Jair lo va a tratar como una princesa”, “Mañana se lava y no ha pasado nada, solo un ojo más grande”; tras los comentarios, un sinfín de risas diabólicas llenaban el recinto, mientras el muchacho seguía pataleando y agarrándose en el pasillo con una fuerza impresionante.

Los guardias, ya salidos de control, le habían roto la ceja, detalle que desconozco por uno más de mis descansos; no sabría decir si fue con el bolillo o por los golpes recibidos contra las paredes debido al desproporcionado forcejeo; lo que sí es que la sangre comenzaba a teñir de rojo intenso toda su camisa blanca que se encontraba ya medio rota; así que, como manda la ley, no era lícito encerrar a un herido sin antes ser llevado a revisión médica. A regañadientes, tuvieron que cerrar la celda ocho y dejarle tirado en el pasillo, mientras consultaban con sus colegas en la oficina del otro lado de la gran puerta. El muchacho, solo y exhausto, se alejó cuanto pudo de la celda que le atormentaba y se aferró a los lindeles de lo que parecía haber sido una puerta en otro tiempo y que conducía a los baños; ahí se quedó entre sentado y recostado, sollozando y con gestos de dolor... sus ojos eran reflejo del temor que le embargaba.

Regresé la mirada al interior del calabozo, y El Rey orejas nuevamente hacía unos movimientos imprecisos y desesperados en medio de sus sueños; sólo “El Pequeño Solín”, como le decíamos al oriundo de Barrancabermeja, estaba mirando fijamente al techo con el bigote encrespado y las dos manos metidas en sus partes íntimas, haciendo un frote malicioso —algo común entre los reos cuando pasaban más de tres días dentro de un calabozo, pues esa era una de las formas más comunes de nivelar los excesos de estrés y prolongar la caída en la locura. Los demás, “El Cuatrero”, “El Yayo”, “El Ticiano”, El Negro Yunta y “El Paisa”, dormían “plácidamente”. Bajé de mi *árbol* por tercera vez para tratar de descansar y a la espera de un segundo *round*, ya que el muchacho solo había logrado dar largas a su inevitable destino... Y qué más daba, no había cosa mejor para mí que distraerme mórbidamente afuera, en el mal de otro, para no caer en la vesania con el mal de uno mismo.

Sentado en mi lugar de la celda, pensaba en qué pasaría cuando el reo llegara de enfermería y tuviera que enfrentarse nuevamente con los guardias, ¿se resistiría nuevamente a entrar al calabozo?, ¿buscaría que le rompan la otra ceja? Estas y otras preguntas me rondaban por la cabeza o, mejor, las hacía rondar voluntariamente por mi cabeza, porque no quería saber nada de lo que tuviera que ver conmigo..., me angustiaba solo de pensarlo. Aunque, después de un tiempo, me di cuenta que esa era una de mis grandes ingenuidades: al apartarme de mí, me apartaba de la fuente de mis problemas y, en consecuencia, permanecían ahí, como fantasmas, sin solución, cada vez más fuertes, más resistentes y perseverantes.

Esperaba que para cuando volviera el reo, todos siguieran en su placido sueño y seguir siendo partícipe de ese común acontecimiento, que se convertía en otra forma de evasión de lo iterativo, en un lugar donde las paredes amenazan con cerrarse a cada instante, dando un ambiente sofocante e insufrible, paredes marcadas con los mismos grafitis que uno termina por aprenderse para toda la vida. Por ejemplo, sobre mi cabeza, en la parte del techo había uno que decía: “Si las lágrimas fueran suficientes para ser perdonado, ya fuera un Santo”; otro, a mi costado derecho, en una viga, por encima de El Paisa, rezaba: “Aquí estuvo treinta días El Carro loco del Popu, muriendo a pedacitos”, y ¡cómo no!, si las horas aquí son minutos y los minutos segundos en la inercia del pequeño y claustrofóbico calabozo de suelo frío y duro, con olores pútridos por los orines, el semen y la mierda, más la inclemente postura que había que tomar para conciliar un poco de sueño y levantarse cada mañana con un dolor de huesos insoportable.

Cada día, en las veinticuatro horas de sepultura, la única esperanza para estirar los músculos era cuando salíamos tipo siete de la mañana al pasillo, de no más de diez metros de largo por un metro de ancho, a tomar una ducha y “De una vez a cagar” repetía cada mañana El Ordenanza de turno, “quiera o no”, esas eran las órdenes. La segunda salida era a las seis de la tarde, siempre en orden ascendente, de la celda uno a la nueve: “¡Tienen diez minutos, hijueputicas, o los meto a palo!”, vociferaba de vez en cuando un agente desde las oficinas.

Súmesele, además, a todo este ciclo infernal, el maltrato de los guardias de turno, al menos cuando el relevo de la noche era para El Corre caminos y “El Ratón”, que pasaban puntualmente a las doce de la noche, regando agua con una manguera por entre los barrotes de la parte superior de cada una de las nueve celdas: “¡Levántense ratas de dos patas, nosotros vigilando y ustedes durmiendo, dónde se ha visto!”, aseveraban, mientras muchos, que ya llevábamos días o que conocíamos este sistema por ser reincidentes, poníamos una camiseta, una chaqueta, una frazada o lo que se tuviera en una talega de las que llegaban con el almuerzo o la cena para, por lo menos, tener algo seco con que pasar el resto de la fría noche y la madrugada; eso sí, había que tener cuidado de que los Oficiales no se dieran cuenta; de lo contrario, nos sacaban al pasillo uno por uno para golpearlos y bañarnos por más de media hora; ese era su pasatiempo favorito en las tediosas noches cuando no se presentaba ningún tipo de acontecimiento; porque, todo acontecimiento, por más ridículo, malvado o maquiavélico que pareciera, era un distractor de la mente de reos y policías, que se hundían poco a poco en el oscuro mundo de la monotonía. En ocasiones, cuando todo marchaba con mórbida calma, los reos buscaban la novedad en los problemas: pelear, robar y, sobre todo, violar; por ello, la calma se tornaba más peligrosa que los accidentales acontecimientos.

Pasados unos diez minutos de la reunión de los guardias en la oficina, se sintió que volvieron a entrar e invitaron con palabras grotescas al infortunado a la enfermería.

—¡Levántate, maricón!, que noj vamo pa’ la enfermería, pero ni pensés que te has salvao; ahora que volvamo, te tiro al negro máj arecho pa’ que de una vej te haga toa una hembra — se oía decir a El Costeño, que tenía una voz y un acento inconfundibles..., el más desagradable a mis oídos.

—¡Eh! ¿Guardia? —vociferaba “El Negro José” desde la celda nueve—: ¡Me trae a esa mamacita exclusivamente a mí!; ¡gorda o flaca, no importa, carne fresca es fresca!

—¡Pero qué pasa Negro José —respondía El Negro Jair desde la ocho—, usted sabe que eso ya es mío!, ¡¿Guardia?! ¡¿GUARDIAAAA?!

Pero los guardias ya habían salido junto con el reo.

Después de que se cerró la gran puerta de hierro, solo quedó el sonido de unos murmullos y risas que se fueron disipando y dando paso a un terrible silencio que se volvió a apoderar del lugar, posiblemente porque todos volvían a su siesta o quizá porque mi corazón experimentaba un vacío insondable en ese momento.

De repente, sentí una gran nostalgia y con ella la desesperación.

Mis sueños, mis esperanzas, mi alma, mi imaginación, mis sentimientos y mi ser en su totalidad, se sofocaban con la incertidumbre, con la lentitud insufrible de cada segundo... No hay nada más odioso que esperar sin tener la certeza de qué es lo que se espera: “*Al señor Mario Fabricio Lunares se le ha impuesto una demanda por hurto agravado, concierto para delinquir e intento de homicidio. La demanda fue hecha tanto por los agentes de policía como por los familiares del ofendido en el lugar de los hechos, y por ahora sólo tiene derecho a una llamada*”, fueron las palabras dictadas por un agente, aparentemente un día después de mi arresto, y gravitaban en mi cabeza girando alrededor de una órbita de sentimientos encontrados, ya que nada de aquello que se me imputaba podía recordarlo; más aún, no tenía ni idea de cómo llegue a este lugar. Lo único que podía recordar es que el semáforo cambió a verde... y traté de pasar la calle para alcanzar a “El Ivo”...

Entré, según las cuentas, la madrugada del veintitrés de noviembre, y ya estábamos a dos de diciembre; llevaba apenas diez días de suplicio y dos audiencias en ese transcurso, pero sin novedad, solo esperanzas vacías por parte del abogado de oficio, el señor Michael Cisneros.

Aunque se carece de reloj —y aun si se lo tuviera, no puede uno andar exhibiéndolo en un calabozo—, y sin saber dónde se pone el sol, sabe uno por intuición e instinto biológico la hora del desayuno, el almuerzo y la cena. En un principio cae uno en la desorientación, pero a medida que va pasando el tiempo se va adecuando, se va adaptando... En el fondo, eso es lo que más se teme: llegar a acostumbrarse. En otro tiempo, tuve que pasar dos años por Santo Ángel, la cárcel para menores, donde me había acostumbrado a toda violencia, a todo vejamen, a la monotonía del encierro, pero ahora pensaba en mi hijo y mi mujer, los había dejado esperando hambrientos en nuestro humilde rancho de madera; me atormentaba pensar en qué había pasado con ellos aquel día... Se dibujaba en mi mente el recuerdo de sus miradas tristes, las lágrimas silenciosas del pequeño que caían por sus mejillas... Allí, parados en la vieja puerta de ciprés carcomida, mirando cómo me alejaba por la necesidad de llevar algo de comer... Sentí ganas de abrazarlos, de cambiar de vida, de mandar a la mismísima “mierda” mis vicios y maldades...

Llegó la hora del entredía y todos como por un clic despertaban, y comenzaba la bulla en los calabozos: “¡Tengo hambre!, vida hijueputa, ¿es que no tienen reloj allá afuera

tampoco?”, “¡Tengo el estómago pegado con la espalda y la espalda contra la pared; denme algo para zafarme!”, “¡No soy de plástico, maricones!; ¡como y cago como sus santas madrecitas!”, “¡Me estoy comiendo las paredes, aguacates de mierda!, ¡si me muero es su culpa!”, y cosas por el estilo.

Hasta ese día, no sabía quién era la persona que se preocupaba por llevar mis tres comidas; sospechaba que era mi madre o quizá Nesly; total, no sabía, porque las viandas me eran irreconocibles. Yo esperaba con nerviosismo y en silencio, esperaba..., esperaba..., esperaba y esperaba con ansia, con desespero..., no tanto la comida, porque me era desagradable comer en ese lugar y con esos personajes y sus olores —apenas podía aguantar mi propio olor—; además, en el momento en que uno destapaba su merienda, no faltaba quien sacara su mano de los testículos y la metiera en las viandas para tomar parte del botín, pues lo más seguro era que a algunos de ellos no les llegaría nada, en especial a El Negro Yunta y a El Cuatrero, que eran los primeros parásitos de la celda, ¿y quién podría comer a gusto cuando un tipo, que con suerte se bañaba una vez al mes y permanecía las manos rascándose los cojones, mete la mano en tu comida? Mi espera y ansiedad era por las notas que venían desde afuera y que hasta ahora sufría por su contenido ambiguo y falsas esperanzas del abogado Cisneros. Aun así, era lo primero que sacaba del paquete, sin importarme que se devoraran mis alimentos.

La gran puerta se abrió, pero ese día el Ordenanza, una vez entregó el desayuno, fue trasladado a “Casa Blanca”, por el delito de homicidio culposo. También, debido a lo que se había presentado con el nuevo reo, los guardias olvidaron nombrar un nuevo Ordenanza, que tendría que cumplir con un par de requisitos: estar condenado por delitos graves y con medida de aseguramiento o, en su defecto, estar a punto de quedar libre, para que se dedicara a entregar las meriendas y comidas que llegaban desde afuera a cada una de las nueve celdas, que solo podían ser abiertas por El Ordenanza desde el estrecho pasillo. El Ordenanza tenía ese poder y esa escasa libertad. Según lo que se me había imputado y tras la primera salida al juzgado, yo pintaba para Ordenanza... Lo necesitaba. Pues era mejor el pasillo que, aunque estrecho, tenía para caminar al menos unos diez metros. Se tenía, además, el beneficio de estar solo, tranquilo, y llegaba el aire puro del techo que tan solo era cubierto por unas mallas, dejando al descubierto un pedazo de cielo, que ya era saborear a migajas la libertad.

Entre la euforia y el descontento de los reos por la demora del entredía, llegó el muchacho de la enfermería, nuevamente a su desagradable realidad. Me encaramé en las rejas para ver la segunda tanda de golpes, aprovechando que los demás reos de mi celda se habían despertado, pero jugaban con unas cartas pertenecientes a El Pequeño Solín y que luego, por fuerza, pasarían a ser propiedad de El Negro Yunta; pude ver que el joven reo traía puesta una gaza en la ceja y parecía un poco más tranquilo. Me sentí débil y me descolgué, sin dejar por ello de escuchar atentamente lo que pudiera suceder afuera.

—¡Este —se escuchó decir al guardia Ceballos, ahora de turno —, está sindicado de secuestro extorsivo y concierto para delinquir; por ahora, negros malparidos, tienen que amarrar la manguera, porque su muñeco se va de largo y ¡será puesto de Ordenanza!

—¡Me importa un reverendo culo quién sea el Ordenanza —dijo el Paisa, incorporándose en la celda, dándome a la vez un empujón, que me hizo golpear contra la viga, y poniendo su rostro en los barrotes de la puerta, sin necesidad de colgarse, ya que era de alta estatura—, lo que quiero es mi comida!

—¡Culo y comida no estarían mal, guardia!; ¡préstemelo un ratico, allá arriba me lo van a desflorar, deje que yo sea su primer amor! —gritó El Negro José de la celda número nueve.

Los reos comenzaron a salirse de control, lo que obligó al guardia Ceballos y su compañero a golpear cada una de las puertas con el bolillo tratando de apaciguar los ánimos: “Si no se callan, hijos de puta, los dejo sin entredía y los baño a todos, y ya saben cómo me gusta bañarlos ¿no, malparidos?”. Una de las cosas que no soporta la mayoría de los seres humanos es el hambre, y bajo esa amenaza todos fueron enmudeciendo. El Ordenanza, por su parte, ya establecido, comenzó su trabajo de recibir y entregar, entregar y recibir, las cajas o bolsas de alimento que llegaban desde afuera y entregaba según el orden en que iban llegando.

—¡Luis Carlos Guaquez!

—¡En la siete!

—¡Mauricio Matabanchoy!

—¡En la uno!

—¡Luis González! (el Paisa)

—¡En la co-cin, mi socio!

Y así sucesivamente, hasta que, por fin, escuché mi nombre: “¡Mario Fabricio Lunares!”; “¡En la cinco!”, grité con fuerza. Es raro pensar en que uno escucha casi todos los días su nombre y muy pocas veces nos genera tanta felicidad, excepto cuando ganamos una rifa, la lotería o en un momento como en el que me encontraba, pues rebosaba de goce, aunque solo fuera por unos instantes: lo que la articulación del sonido de quien lo pronunciaba, sus pasos hasta llegar a la celda asignada, el deslizarse del cerrojo, la parte en que se abre la puerta, las manos que me entregan el paquete y lo que demore en buscar la nota. Instantes que se desvanecen, como se desvanece la esperanza y la alegría cuando veo en la nota las siguientes palabras:

“ola fabricio espero se encuentre muy bien mi abuela y mis hermanos le mandan saludos a su familia no la e visto bueno si a su mami pero dijo que no queria saber nada de uste que preferia verlo muerto que como aora anda porque le dolia mucho verlo de esa manera tan bien me conto que a uno de sus hermanos se lo llevaron al ejersito y que el otro se fue por aya por tumaco porque estava amenasado de muerte porque apuñalo a un muchacho del barrio

Y le cuento que el avogado que lleba su caso dijo que no se abia llegado a ninguna consiliacion con los ofendidos porque toca pagarles un poco de plata y no tenemos y que le ivan a dar por lo menos 27 años de carsel pero si se porta bien le revajan a la mita dijo que

unos trese años porlomenos porque uste tenia antecedentes penales y que el miercoles es la ultima audiencia porque los jueces y fiscales la otra semana salen de bacaciones pero que va a intentar que le rebajen

El niño a preguntado mucho por uste dise que lo estraña y anoche estaba llorando y desia papa papa papa entonces le dije que oy iva a llebarle una carta y le dije que tanvien le escriba una carta para llebarsela y esa oja que ba rallada es de el mirarala le deseo lo mejor pero ya no boy a escribirle porque mañana nos bamos para bogota a donde mi mama nos lleba mi tia a ver si el niño y yo nos olvidamos de uste porque me dolio mucho que nos deje ese dia que no teníamos nada para comer

Le deseo lo mejor y espero que su vida cambie

con amor nesly y su hijo

chaoo”

Atónito, y con los nervios de punta, abrí nuevamente el paquete. Efectivamente, en el fondo, había una hoja de papel arrugada, casi hecha puño. La saqué y con todo el cuidado trataba de alisarla. Mientras lo hacía, vino a mi mente una imagen profunda del rostro de mi hijo, como una saeta que laceró mi corazón. También recordé que, cada tarde, cuando yo llegaba a casa, el niño aparecía con un pequeño palo con el cual siempre jugaba en el patio de tierra de la parte trasera del rancho. Por entre las hendidias de las paredes de tabla, se podía ver su sombra que corría por un costado hasta la parte de enfrente, y con sus manitas abría la vieja puerta de madera y me miraba con una sonrisa encantadora; sus ojos inocentes y sus cabellos largos y rizados brillaban con la luz de la bombilla que colgaba del techo; después, arrastrando un pequeño madero con el cual pasaba jugando todo el tiempo, se acercaba y me abrazaba, dándome un beso en la mejilla: “Papiiii”.

La hoja contenía algunos garabatos propios de un niño de escasos dos años. Cada trazo lo recorría con la congoja del tiempo pasado, trazos que me penetraban y despertaban hondos sentimientos ininteligibles, agobiantes, despedazadores. Una lágrima y otra y otra rodaron por aquellas líneas onduladas que decían mucho más que cualquier cosa que se hubiera escrito, pues ahí estaban condensadas mis ganas de seguir viviendo, mis ilusiones, mi capacidad de soportar... Era lo único que me quedaba, una hoja con unos trazos que me ataban a la nostalgia del tiempo que se había esfumado, no sin dejar su lastimosa huella en mis manos que temblaban, en mis ojos que se enlagunaban, en mi mente desconcertada, en mi pecho que ardía; en fin, en todo mi ser insulso... Alcé la mirada y mis viandas ya habían sido devoradas.

No tardé en darme cuenta de que, de ahora en adelante, si era Nesly la única que se había preocupado por mi comida, entonces ya nadie lo haría; tampoco llegarían aquellas notas que, aunque desesperanzadoras, me animaban a seguir esperando..., a saber qué estaba sucediendo extra muros, a tener la sensación de que por lo menos alguien, allá afuera, se preocupaba por mi ruin situación.

Me quedé suspendido en el tiempo...

Curiosamente, un cierto espíritu de humildad se apodero de mí y ya mi cuerpo y mente no reclamaban nada, no esperaban nada. La lucha que parecía debatirse en lo más hondo de mi ser, se había perdido; ahora era llevado por el viento, por el tiempo, por el espacio y, lo más importante, por la inclemencia de la vida..., mi vida.

El Ordenanza abrió la puerta para recibir las viandas vacías que volverían a la calle; esta vez no escribí objeción o pregunta alguna, como lo había hecho antes, solo con un movimiento mecánico, entregué el paquete y dejé para mí las cartas —que, aunque lacónicas, muy significativas—, de mi hijo y Nesly. Antes de que El Ordenanza cerrara la puerta del calabozo, mire al fondo del pasillo y de la celda número nueve sobresalía un rostro por entre los barrotes..., que me miraba con una intensidad escalofriante; ese brillo intenso y penetrante de su mirada junto con esa expresión ya los había visto antes... Sí..., claro que sí..., esos ojos eran la causa de mis pesadillas...

Por fin, se cerró la puerta.

El olor a marihuana y luego el silencio comenzó a reinar. No pude escapar de mí mismo.

¿Cómo carajos llegué a este punto de mi vida?!

¿Cuál de mis demonios había logrado apresarme en este lugar?!

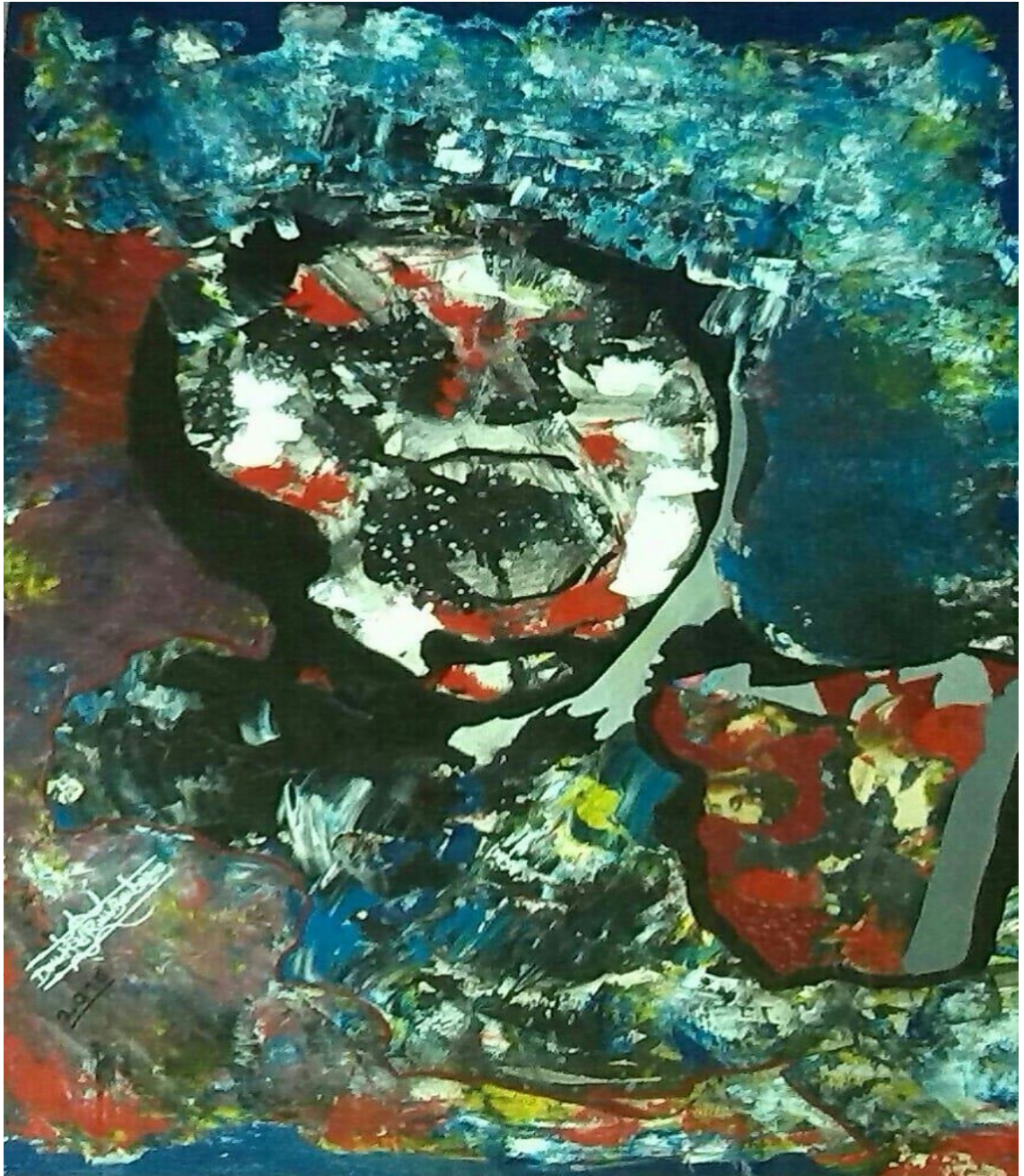


Figura 1. El Grito. Por: Davinson R.

CAPÍTULO II

EL ZAGUÁN

Viernes 13 de noviembre de 1992.

Me encontraba jugando en el zaguán de la casa donde vivíamos...

Había recogido, de la basura de la tienda de enfrente, una cantidad considerable de tapas de lata de gaseosa y cerveza. El bote de basura estaba situado al lado de una vieja mesa de mil batallas, donde la gente se sentaba cada fin de semana a ingerir licor y donde, de vez en cuando, se presentaban algunas riñas. En ese sitio, el hermano de mi padre, el tío “Servio Vaca” —como era conocido en el bajo mundo—, en la mañana del primero de enero de ese mismo año, le cortó el cuello con un cogote de botella a don Simón Pedro, siendo este uno de sus “mejores” amigos. La víctima se desangró ahí mismo, hasta lanzar su última exhalación. Cuando fui por mis latas, todavía se podía ver algo de la mancha de sangre seca, casi negra, en el piso, lo que me recordaba la cara de agonía de aquel hombre que, a punta de gestos desesperados, se negaba a dejar este mundo; a la mirada indiferente de los borrachos que le rodeaban, incluido mi padre.

Yo evitaba pisar aquella mancha por un oscuro temor y por no tener que ver, de alguna forma, con esa indiferencia.

La casa donde vivíamos, en el barrio El Calvario, era un gran conjunto de piezas de adobe, en el cual vivía toda la familia de mi padre y mis abuelos maternos. Cada familia tenía una sola pieza, excepto mi padre, pues con mucho trabajo había logrado levantar un piso más y una pieza de madera vieja en la terraza, que le servía de taller y también de cocina. Sin embargo, todas las familias compartían el mismo baño y un aljibe de donde se sacaba agua para el sanitario, lavarse y lavar ropas. La entrada al conjunto era un zaguán de unos cuatro metros de largo, con un metro de ancho. Había también, una puerta de madera muy vieja en el fondo del zaguán que se aseguraba con un pesado listón de abeto a las diez de la noche, así que, si alguien andaba por fuera, los suyos debían estar atentos a su llegada; de lo contrario, por más que insistiera golpeando ningún cristiano se compadecería.

También era el espacio donde muchas noches mi prima Magaly —solo un año mayor que yo—, tenía que dormir, porque no llegaba con dinero a casa, lo que era inconcebible para nuestra tía Blanca, la hermana mayor de mi padre. “¡Negra inmundada, desgraciada, mal agradecida, te vas todo el día y no traes un culo!; ¡ahora te toca dormir en el zaguán, y si te roban, te matan o te violan, bien merecido lo tienes!”, le decía, y de un empujón la sacaba. Al otro día, cuando salíamos para la escuela, se le veía tirada en el zaguán de tierra, con la señal de lágrimas secas en su rostro y bien acurrucada por el frío. Su infantil cuerpo, su inocencia, su sufrimiento, me causaba un sentimiento de compasión y pavor a la vez. “La tratan así porque es adoptada; la mamá la abandonó a los tres meses de nacida y tu tía Blanca se hizo cargo”, dijo en alguna ocasión mi madre.

En aquel zaguán jugaba yo a mis ocho años de edad con latas y canicas...

Tenía una canica, de las que llamábamos *guinguita*, formalmente llamadas *Agüitas*, que eran de las que teníamos por más *tinosas*, y otra que se conocía como *bola china*, formalmente, *Palomo*. Me daba cierta seguridad tenerlas conmigo. Con mi tingué particular, lanzaba la bola china hacia la base de la montaña con el fin de ver volar por los aires las latas. Me encantaba el sonido que producía tal destrucción. Era como un reflejo de lo que pasaba en mi interior. Quería acabar con algo, quería acabar con los regaños y ultrajes de mis padres por mi “mal comportamiento”. Nada iba bien desde el kínder. Me distraía con facilidad y era hiperactivo: “Ya es hora de llevarlo al psicólogo, éste parece que nos salió loco”, le decía mi padre a mi madre. Y así fue.

Estuve con la psicóloga Jaqueline, del Hospital Cívico cerca de seis meses. Era una mujer joven y muy atractiva. Su atractivo era tan desconcertante que debía repetirme tres o cuatro veces la misma pregunta, pues me distraía viendo aquella línea que se formaba en medio de sus enormes senos y que se perdía en sus ajustadas blusas. Iba para que me arreglara la concentración, pero ella era toda una distracción. Su rostro blanco, casi pálido, adornado por unos labios rojos y carnosos, de cabello largo, negro, liso y muy brillante, sus ojos ¡¿qué digo?! ¡Sus hermosos ojos! coquetos y de color miel, tan penetrantes que hacían despertar en mí los más inocentes e indecentes deseos y sensaciones.

¡Ese era mi problema desde que tengo memoria!

Sentía una atracción sexual por las mujeres difícil de descifrar. Posiblemente era una defensa contra el estrés que manejaba por no poder complacer a nadie, ni a profesores, ni a mis padres, ni a mis hermanos, ni a nadie. Tal era el deseo que me embargaba, que esperaba las horas de recreo con ansia para treparme por los tubos metálicos de la cancha de microfútbol, para luego deslizarme suavemente estrujando mis partes nobles y sentir el placer que recorría por todo mi cuerpo. Pero la ansiedad no era por el tubo en sí, ese más bien era el efecto. La causa real eran las piernas de la profesora de Castellano y de la de Ciencias sociales... ¡Ah!, y de la profesora de Ciencias naturales que, aunque vejancona, tenía un buen trasero. Me era imposible olvidar esos grandes muslos que quedaban al descubierto a la hora de sentarse.

En la materia de Matemáticas sufría... y en cantidad. La profesora Ruth Ligia no era nada amable, y era la más vieja de todas en el «Hermógenes Zarama». Su color de cabello era de un castaño oscuro que daba un aspecto sórdido; era, además, corto, como de varón, con ondulaciones hacia afuera en las puntas. Sus ojos eran pequeños y hundidos, sin brillo, siempre con las cejas fruncidas. Su piel era extremadamente arrugada, de cuerpo escuálido, forrado por vestidos de colores apagados que tapaban desde el cuello hasta los tobillos, y en cada paso dejaban entrever unas medias de lana azul oscuras, siempre las mismas. Todo su físico contrastaba con su mefistofélica personalidad. Era de aquellas personas que, valiéndose del poder, quería ver sufrir a sus dirigidos: se podía ver su perversa complacencia al ver la frustración, las súplicas o el lloriqueo de cualquier alumno. Odié, así, las matemáticas y todo lo que tenía que ver con ellas. Por culpa de aquella clase, los pupitres terminaron marcados con gráficos de calaveras, malas palabras y rayones hasta más no poder.

En la última consulta con la psicóloga Jaqueline, le comenté a mi madre la situación. Le dije que la falta de concentración, atención y, en consecuencia, de aprendizaje, se debía a un

tipo de retraso mental todavía no identificado. Tenía que ver, sin embargo, con una recepción lenta de la información: “súmele a ello la hiperactividad del chico”, puesto que me costaba mucho quedarme en un solo lugar y me distraía con cualquier mosco volando; “Esto hará que no pueda seguir al mismo ritmo de los demás niños, porque es un problema casi que intratable. Por ello hay que darle un trato especial... También veo que hay una cierta apatía con el padre: en los dibujos que le pedía que haga de la familia, él siempre estaba en el otro extremo; eso indica una relación hostil entre los dos. ¡Debe mejorar esa relación!”, dijo, con sus dulces y carnosos labios.

Bueno, lo que tenía de hermosa le faltaba de inteligencia. Yo no sabía de dónde sacaba tanta fanfarronería. Su enfoque conductual no le daba para más. Lo que tenía de bella le faltaba de inteligencia, astucia, ¡sagacidad! Al deseo carnal prematuro lo llamó retraso y al rechazo de las exigencias de la sociedad y sus sistemas hegemónicos los llamó “apatía con el padre”, basándose en un dibujo que yo había visto en un libro, de los que ella misma tenía en su pequeña oficina, y que quise copiar, porque lo único que me venía a la cabeza en ese momento eran sus enormes y redondos senos: “¡No es apatía con el padre, es que quiero mamarle las tetas!”, estuve por decirle.

Pero no era la única que tenía vacío el coco. Todo psicólogo conductista que pasó por mi infancia no dijo más que pendejadas, nadie atinó a que mi problema era el deseo prematuro por las mujeres. Las bonitas y bien rellenitas, por supuesto. Nadie sospechó de ir a revisar los tubos de la cancha que ya los tenía despintados. Me entraban ganas de decirle a Jaqueline que ahora el problema era ella, pues me había puesto en *delirium trémens*. Poco faltó para tirármele encima. “¡Una cita más! ¡Una cita más, por favor!”, le dije a mi madre, apuntando a los senos de la joven psicóloga.

Mi madre y mi padre tampoco comieron cuento.

La única forma que encontraron para que termine mi primaria fue acudir a lo que mejor podían hacer: la zapatería. Me explico: cada fin de año escolar mi padre le hacía unos zapatos nuevos a la directora Alicia, y a las demás profesoras les hacía algunos arreglos, incluida la mefistofélica Ruth Ligia. Ese fue mi pasaporte para pasar de grados. Aun así, las quejas y llamadas a mis padres no paraban; tampoco paraba la chancleta de mi madre y la correa de *neolite* para suelas de mi padre. Cada semana tenía asegurada una muenda, de cada uno de ellos..., a veces con más frecuencia: “¡Éste no es ningún retrasado, lo que pasa es que se hace el loco, pero conmigo no!, ¡a mí no me mete los dedos a la boca!”, decía mi padre, mientras su correa iba y venía con fuerza contra mi trasero.

Total, seguía lanzando mis canicas *china* y *guinguita* contra las tetas..., perdón, quise decir contra las latas que volaban por los cielos, esparciéndose en el suelo con un sonido destructivo, agradable.

Estando en esas, pude ver, con el rabillo del ojo, la figura de una persona que estaba parada en la entrada del zaguán observándome. Podría ser cualquiera de los que ahí residía, pero un escalofrío recorrió mi cuerpo al sentir esa presencia. Uno sabe por mera intuición la extrañeza de ciertas personalidades o espíritus no familiares. Tomé las canicas y traté de mirar de quién podría ser esa figura, quizá un vecino o un amigo de la familia, pero como el sol ya caía por

el oeste, la figura estaba a contraluz; solo pude identificar que era la silueta de un hombre alto, delgado, y que llevaba puesto un enorme sombrero. No se movía. Tampoco yo. Fueron segundos muy tensos...

Ese día teníamos permiso de salir a jugar al parque que quedaba una media cuadra más arriba, y mis hermanos no perdían oportunidad. Sin embargo, a mí me gustaba quedarme en el zaguán... pues no me llevaba muy bien con ellos. Mis padres, por su parte, estaban ocupados en el taller de zapatería que quedaba en la terraza de la casa; desde la entrada se podía sentir el pequeño motor con el cual mi padre pulía las suelas; eso quería decir que pase lo que pase a su alrededor, él no podría escucharlo. Además, gran parte de la familia llegaba los viernes en horas de la noche; eso me puso extremadamente nervioso. Lo único favorable en ese momento era que la parte de la casa que nos pertenecía estaba en seguida de la vieja puerta al final del zaguán; al lado derecho entrando, allí estaba nuestra puerta, y yo estaba a unos cuantos pasos.

Después de estar inmóviles por un par de minutos, por fin el hombre hizo un movimiento como de robot al que se le ha dado cuerda y comenzó a avanzar hacia mí con paso lento. Mi cuerpo se negaba a responder, estaba patidifuso. Imagino que serían alrededor de las seis de la tarde, o más, no lo sé. Lo que sí, es que de un rato para otro los últimos rayos de sol desaparecieron en el horizonte, y una nube negra parecía posarse sobre la ciudad. No obstante, ahora veía al hombre con un poco más de claridad: llevaba unos pantalones negros, un saco negro largo que le daba hasta los talones, y un sombrero de ala ancha que tapaba casi todo su rostro, dejando al descubierto únicamente su mentón puntiagudo. Cuando estuvo muy cerca de mí, reaccioné.

Corrí a golpear desesperadamente la puerta esperando que mis padres pudieran oírme, pero nada, no había respuesta. El hombre seguía avanzando, muy lento... En ese momento, yo era la angustia personificada. ¿Acaso mi familia se había confabulado para darme una lección?, no lo sé, pero en segundos espí cada uno de mis “pecados”. Por el ataque de nervios, había olvidado por completo que la puerta quedaba ajustada, pero no asegurada; solo era cuestión de empujar un poco haciendo cierta presión. El motor seguía sonando y ahora con más fuerza; su sonido era símbolo de la inefable indiferencia de mi entorno frente a lo que me estaba pasando. El hombre extendió sus brazos para atraparme y yo me pegué a la puerta con tal presión que esta se abrió estrepitosamente... Caí sentado en la pequeña sala y, levantándome como un resorte, corrí hacia la terraza, donde mis padres.

Al verme, ellos notaron mi exasperado nerviosismo. Mi padre apagó el motor y furioso me lanzó una mirada inquisidora, “¿Qué quieres?”, preguntó. No podía articular palabra, solo apuntaba con mi dedo al primer piso. A regañadientes, mi padre tomó la saca hormas y bajó rápidamente a revisar. En el trayecto pude articular que había alguien en el zaguán, pero, cuando llegamos, no había nadie. Salimos hasta la calle y no se veía rastro de nada, nada que estuviera fuera de lo común... En la tienda de enfrente, justo en la mesa de mil batallas, estaba sentado uno de los conocidos de mi padre: “El Leches”, como él le decía.

—¿Qué tal, Leches?

—Hola, Pirulí, ¿cómo vamos?

—Más viejos que ayer —rieron—. ¿Has estado aquí todo el rato?

—Sí. Desde hace una hora; ya voy por la tercera chela, ¿te tomas unita?

—No, pero te lo agradezco; otro día será. ¿No viste por casualidad si alguien salió de nuestra casa..., alguien que no sea de la familia?

—No, para nada. Me hubiese agradado ver una cara nueva, pero la única persona que subió hace un momento fue la gorda Lourdes, la patrona de tus suegros; no había cosa más desagradable para ver. Con todo el respeto de usted, señora Miriam.

—No tenga cuidado —dijo mi madre.

Se despidieron y entramos. Quise explicar lo sucedido, pero mi padre estaba furioso. “¡No ves que para mañana tengo que entregar seis docenas de mocasín y vos jodiéndome la puta vida!, ¡tal vez tenía razón la psicóloga, vos estás loco!”, decía mi padre, dándome unos golpes en la cabeza con una de las suelas aún sin pulir.

¿Acaso yo había imaginado todo el hecho? Eso era imposible. Yo lo vi con mis propios ojos; más aún, recuerdo que cuando se abrió la puerta y caí sentado en la sala, pude ver fugazmente su intensa mirada: la esclerótica y la pupila de sus ojos eran totalmente negros, con un brillo por lo demás extraño, pavoroso. Su mirada penetró tanto en mí que me fue imposible olvidarla.

Desde aquel día algo realmente oscuro ha hecho morada en mis sueños...



Figura 2. Hat Man. Por: Alejandro Ortiz Tapia.

CAPÍTULO III

APERTURA PSICODÉLICA

Esa misma noche, cerca de las once, se sintieron unos golpes casi que desesperados en la vieja puerta del zaguán. Mis padres seguían trabajando en el taller y yo no había podido conciliar el sueño, debido al temor de que aquel hombre de negro reapareciera en cualquier momento, y en cualquier lugar... Esa era la inevitable consecuencia, si se toma en cuenta el hecho de que nadie, excepto yo, lo hubiera visto. ¿Era un fantasma? ¿Tal vez un espíritu? ¡Quién podría saberlo!

Los golpes en la puerta, que ya estaba cerrada con el pesado listón, seguían insistentes y por momentos se confundían con los golpes del martillo de mi padre, que seguía pegando suelas en la terraza. Esperaba que los demás en la casa supusieran que solo era mi padre el que hacía ruido percutiendo su pesado martillo, y no se les ocurriera, ni por chiste, salir a abrir esa maldita puerta.

Para mi mala fortuna, me entraron muchas ganas de ir al baño; mi vejiga estaba a punto de explotar y aguantaba lo más que podía. Y con cada golpe en la puerta más me tapaba la cabeza con las cobijas. Como dormía con mi hermano Johnny —el que me seguía en orden ascendente—, lo desperté, pues no me di cuenta que lo había descobijado. Me zampó un gran puñetazo en la cabeza y casi me siento desmayar...; no lo vi venir, pues en mis pensamientos solo estaba la imagen de aquel hombre y la posibilidad de que volviera por mí. “¿Qué te pasa mocososo?, ¿por qué me quitas la cobija?, ¡ahora sí creo que estás retrasado!” me increpó, halando la cobija con fuerza. Contrario a lo que podría esperarse, ese golpe y sus comentarios no me molestaron para nada. Me dieron, por el contrario, la tranquilidad de saber que alguien me acompañaba despierto y, si algo me pasaba, nos pasaba a los dos o, por lo menos, habría un testigo. Le pedí, casi suplicante, que me acompañara al baño; no contestó. Sólo recibí un codazo en la frente.

Esa tranquilidad no duró mucho. En menos de lo que pensaba, él ya se encontraba otra vez dormido.

Arriba en el taller los golpes menguaron. Hubo un silencio de parte y parte. Un silencio sobrecogedor que luego se rompió con los desesperados y desesperantes golpes en la vieja puerta. Con la agudización de mi oído por el miedo, escuché que mi padre bajaba las gradas y pasó de largo al piso de abajo..., lo más seguro era que iba a abrir esa decrepita puerta, “¡Lo matarán!”, pensé. Quise nuevamente despertar a mi hermano, pero me detuve, pues con los dos golpes que había recibido ya era suficiente. Además, tenía que agudizar aún más mi oído para saber qué estaba pasando allá abajo.

En un momento de lucidez, recordé que algunos viernes muy entrada la noche llegaba el marido de la tía Blanca, don Jesús Gutiérrez, alcoholizado. Entraba haciendo un alboroto de los mil demonios y a quererle pegar a todo el mundo, especialmente a mujeres y niños. Uno lo reconocía rápidamente porque, cuando ingresaba por la puerta, comenzaba a gritar “¿Quién pego, quién pego, hijueputas... ¡Nadie, nadie!”. Luego, mi padre bajaba

malhumorado, porque lo que más odiaba era que lo despertaran y, después de un corto alegato, el ajeteo. Luego subía al cuarto donde dormíamos todos a limpiarse la sangre que le había salpicado. Afuera, don Jesús decía entre sollozos: “Me pegan porque soy solo en el mundo; se aprovechan de este pobre hombre, ¡hijueputas!”. A medida que lo repetía, su voz se iba apagando hasta que se quedaba dormido. Era un juego donde cada uno ganaba algo: por un lado, mi padre sentía que era un acto heroico y de hombría, en el cual podía mostrar su fuerza y poder a los suyos. Además, cada que sucedía esto, su voz cambiaba y se mostraba más amable y condescendiente con nosotros; era una especie de terapia para expulsar la ansiedad y la carga del pesado día. Por el otro lado, don Jesús Gutiérrez era el típico alcohólico masoquista, violento y manipulador con los más débiles y sumiso y pasivo con quienes podían dominarlo, lo que de alguna forma parecía disfrutar, por ello reincidía.

Sentí cómo el listón de la puerta fue quitado..., los latidos de mi corazón se aceleraron... Después, se escucharon algunas voces amables, alegres; una especie de algarabía se había formado.

Una voz inconfundible salió a relucir; era la del tío Servio Vaca —El “Vaca” como sobrenombre, debido a su contextura—. Para describirlo no es más que conocer a Pablo, el jefe de Medellín en los ochenta y principios de los noventa. Su bigote, su cabello rizado, su porte, su mirada, su físico, todo... Lo único que los diferenciaba era el tono de la piel: el tío Servio tiraba a mulato. Tampoco tenía el poder de Pablo, pero era un bandido reconocido en todo el *ruedo* de la ciudad de Pasto y la ciudad de Ipiales. Era un asaltante de joyerías y hacía tiempo investigado y hostigado por el entonces F2. Vivía con sus dos mujeres, doña Blanca Sánchez y doña Blanca Narváez; él mismo decía con un aire pomposo: “Me gustan las blancas de carne..., y el polvo”. Tenía seis hijos, tres en cada una de sus mujeres, pero no eran los únicos. En la ciudad de Ipiales tenía otro amorío y dos hijos más; nunca supe si era otra Blanca, lo que sí sé es que aquella mujer fue su perdición y la causa de su muerte en el Puente Internacional de Rumichaca: por aquel puente lo había lanzado borracho y, al ver que todavía estaba vivo, bajó como pudo hasta él y le propinó diecisiete puñaladas por todo el cuerpo. Acto seguido, ella vino a la ciudad de Pasto a decir que el F2 lo había capturado, torturado y matado en el puente de la frontera. Todos creyeron esa historia, pues los antecedentes hablaban por sí solos, hasta que su propio hijo la delató en pleno funeral. El tío Servio venía del barrio La Floresta, donde tenía una casa esquinera muy grande, a la que íbamos de vez en cuando a ver películas en Betamax, algo muy novedoso y divertido para nosotros... Por ello se había ganado todo nuestro aprecio.

Me levante rápidamente de la cama, porque la bulla pasó del zaguán a nuestra sala; se escuchaban claramente las voces y risas de hombres y mujeres. Al momento, subió mi padre a despertarnos, pidiéndonos que fuéramos a saludar a nuestro tío. Mis hermanos se levantaron rápidamente, entusiasmados porque sabían que él no llegaba con las “manos vacías”. Un día, con mi descarada inocencia, le pregunté que de dónde sacaba tanto dinero, pues sus mujeres cambiaban de joyas a cada nada y su casa era un lujo, mientras nosotros pasábamos apuros en todos los aspectos. Él solo sonrió, me miró fijamente y dijo: “Hago goles..., y el tío Roberto me los paga”. Supuse que era un jugador, pero le miré la panza y no le creí. Un tiempo después supe de qué se trataba.

Fui tras mis hermanos, que me regresaban a empujones para ellos quedarse con el mejor regalo. “¡Ahí están los príncipes!”, dijo el tío Servio con una botella de Ron Viejo de Caldas en una mano, y en la otra un paquete muy grande, del que extrajo tres paquetes más pequeños, “uno para cada uno”. Los paquetes contenían una bermuda, una camiseta, un balón de plástico y una Tortuga Ninja, que en ese momento estaban en boga; medían alrededor de medio metro. Sobra decir que estábamos felices con nuestros regalos, ya que a duras penas recibíamos juguetes baratos cada año en las precarias novenas del barrio, y eso con suerte. Alcé la mirada para ver a los invitados y algunos de los hombres eran ya conocidos, pero de las mujeres no conocía a ninguna. Había dos que particularmente me llamaban la atención, pues eran jóvenes muy bonitas y llevaban puestas minifaldas.

Frunciendo el cejo y con cierto desdén, mi madre observaba todo desde los escalones. No era difícil suponer lo que en el fondo estaba pensando. Sabía que esto solo retrasaría a mi padre en su trabajo, pues por esa misma razón estaban trasnochando, para cumplir con un pedido que se iba para Tumaco y de ahí a Salahonda. De no entregar ese pedido, no habría pago sino hasta el sábado siguiente. Caminó hasta la puerta y se negó a cerrarla por completo, esperando que esta fuera una visita pasajera. Lastimosamente, no fue así.

El tío Servio, ya bien entonado, pidió la mesa de corte que mi padre tenía en su taller. Rápidamente mi hermano mayor la bajó y la puso en medio de la sala. Alrededor de ella se hicieron los presentes, que pedían bancos, “de cualquier tipo, para estar más cómodos”. Se trajo hasta un viejo sillón que tenía nuestra abuela María Rosa para poner las vísceras y los huesos de cerdo que no habían podido venderse; era el “sillón de las pérdidas”, por ello mal cuidado y con permanente olor a sangre. Nosotros solo teníamos un par de poltronas antiguas de color tomate que habíamos recogido de una casa vecina; estaban afuera de la casa tiradas, porque su dueña había muerto de cáncer pulmonar; era una vecina que hasta sus últimos días salía a su puerta puesta un gorro de lana a fumar Pielroja sin filtro. De esa manera se logró que la decena de invitados, que ocupaban casi toda la pequeña sala, estuvieran más “cómodos”, algo que no era del gusto de mi madre, pues su mirada reprobatoria la delataba.

—Doña Miriam, venga, no se me estrese; vea que también hay algo para usted —la interceptó el tío Servio a mi madre, entregándole a su vez una hermosa cadena de oro con un dije de elefante, en el que se leía “22K”. Ella simplemente lo ignoró y subió airada por los escalones hasta el cuarto.

Se prendió la pequeña radio que teníamos en una repisa de la sala y mi padre, después de recibir una copa de Ron Viejo de Caldas, puso un casete de José Miguel Class. Eso quería decir que las cosas iban para largo. Pude notar un cierto disgusto en mis hermanos, que también subían los escalones y le lanzaron una mirada de amonestación a mi padre. Yo, por mi parte, lo comprendía. Veía en él a un hombre que había sufrido mucho en su vida, prácticamente se había criado solo y trabajaba desde muy pequeño en el mercado popular. “Si no había qué comer —dijo alguna vez—, recogía las frutas o papas que caían en el piso; no importaba lo podridas que estaban, había que buscarles el lado bueno..., como a todo”. Nunca había disfrutado de un juguete y la única vez que había tenido un regalo en Navidad, había sido un veinticuatro de diciembre, cuando estaba sentado con su madre y su padrastro en el andén de la casa y sin un peso en el bolsillo. Dice que, en esas, apareció una buseta que

venía de la antigua cadena y dobló por la veinticuatro, justo por donde ellos estaban. La buseta venía con algunos pasajeros y mi padre alcanzó a ver que de una de las ventanas cayó algo de color negro. Quiso advertir al chofer, pero iba demasiado rápido..., entonces fue a ver qué podría ser. Era una pequeña cartera, con dinero adentro. Entusiasmado por el hallazgo, corrió a entregársela a su madre; ella, por su parte, compró algo de comida y zapatos para él, el tío Servio y sus dos hermanas, la tía Blanca y la tía Chavela. Esa fue la mejor Navidad que recordaba.

Ahora, me parecía injusto darle la espalda o hacerle sentir mal solo porque quería salir de su agitada rutina. Y aunque no era cariñoso y siempre se mostraba duro ante los sentimientos, me acerqué hasta él y lo abracé.

Cerca de la una de la madrugada, las conversas al calor del Ron eran más amenas y subidas de tono. Risas y baile. El dinero salía de cualquier bolsillo, menos del de mi padre. Yo me deleitaba con el movimiento de caderas de aquellas dos muchachas provocativas. Mi madre ya me había gritado dos veces desde arriba para que subiera a acostarme, pero mi padre, ya entonado, me dijo que podía quedarme un rato más. Tal vez por exasperar a mi madre, que parecía no entenderlo, o tal vez porque le di a entender que yo en verdad lo comprendía; ¿quién sabe?

De un maletín, el tío Servio sacó una libra de polvo blanco, compactado; pidió un plato y con la navaja abrió la bolsa transparente, dejando caer todo el contenido sobre su pedido: “Es nieve”, me dijo, lanzándome una mirada rápida. Al ver lo sucedido, mi padre me mandó muy enfático a la cama. Yo le hice caso, pero no. Me quedé en el penúltimo de los escalones curioseando; ese era un buen lugar, porque la luz llegaba muy tenue y no había forma de que me delatará. Además, tenía una vista perfecta hacia la pequeña sala.

—Es de la frita —dijo el tío Servio a uno de sus mejores amigos, a “Pacho Pistola”.

—¿Dónde la conseguiste?

—Aquí está la mula...

Y con otro movimiento rápido de la cabeza, dirigió la mirada a un tipo que estaba bailando con la dama rubia que llevaba minifalda roja (mi preferida). Según su aspecto, era un hombre que venía de tierra caliente; si no me equivoco, del Putumayo. Tenía puesta una playera abierta, que dejaba al descubierto gran parte de su cuello rojo, similar a la piel de gallina, y parte de su pecho velludo; llevaba, además, un pantalón Jean Levis clásico y unas botas Brahma de color amarillo quemado; su corte de cabello era alto, como de militar, y su rostro lleno de barro y huecos en la piel. Pero lo que más me llamó la atención fue que, cuando alzó su brazo para abrazar a la rubia, en su cintura quedó al descubierto un revólver o, como dijo unos minutos después, dándole unas vueltas al cilindro y apuntándole en la cabeza a “Pacho Pistola”, “Mi escuadra... un 38 corto... ¿quiere probarlo?”.

Al terminar la canción, aquel hombre se sentó en la vieja poltrona tomate, junto al tío Servio. Tomó de la mano a la joven rubia de labios carnosos y sonrisa celestial y la sentó sobre sus muslos. La dama no reparaba en que la minifalda dejaba al descubierto su ropa

interior color rosa, a la que no quité la vista por un buen rato; estuve a punto de excitarme, pero las ganas de ir al baño me lo impedían. Así que no lo pensé dos veces y fui.

Para salir al baño, tenía que pasar por enfrente de la puerta de madera del zaguán y tomar hacía la izquierda, subir unas pocas gradas de tierra en una especie de ele para llegar al patio, donde se encontraban tanto el aljibe como el baño. Al estar frente a la puerta de madera, se me vino el recuerdo de aquel hombre de negro parado allí mismo, en la vieja puerta. Dudé un poco..., pero mi vejiga ya no aguantaba más. La necesidad me animó y corrí hasta el baño desesperado, sin mirar atrás. Llegando al oscuro patio, tropecé con algo abultado y suave... Caí de cara en el suelo; había pisado al perro de la casa, que lo llamábamos Juguete. Era un perro muy extraño: un día estaba juguetón y de buen genio, pero al otro se tiraba a morder a cualquiera, menos a mi padre, que era quien lo alimentaba. Esa noche no estaba de buen humor y me pegó un mordisco en la nalga antes de que pudiera entrar al baño y cerrar la decrepita puerta. Me dolió mucho. La nalga me punzaba.

Hice mis necesidades, mientras el perro gruñía detrás de la puerta.

Al no haber siquiera un tanque de reserva o un lavamanos, no había agua para espantarlo; en mi afán lo había olvidado. Antes de acabar de orinar, pensé en apuntar mi pene hacia la puerta y, al abrir, lanzarle mis orines. No había de otra. Lo hice... El perro esquivó el chorro muy hábilmente y casi me arranca el pene. Sin embargo, me dio el chance para correr y pasar el umbral del patio, que era hasta donde el perro siempre llegaba; no iba más allá porque siempre alguien lo esperaba con un gran cubo de agua o un garrotazo. Abrí la puerta de un empujón y todos los invitados regresaron una mecánica mirada hacía mí... y, de la misma forma y con la misma rapidez, regresaron a sus asuntos. Pero la dama de minifalda roja se volvió nuevamente y miró hacía mi pene; lo tenía afuera y me había orinado gran parte de la sudadera que hacía de pijama. Ella sonrió maliciosamente y yo me ruboricé. Guardé el paquete y subí corriendo los escalones, pero nuevamente no me fui a la cama, me quedé en el penúltimo escalón, desde donde seguiría deleitándome con aquella diosa rubia y sus calzones color rosa.

Su mirada maliciosa me dejó intrigado, rayando en la frenética excitación al recordar su perversa sonrisa. Algo concupiscente dentro de mí me decía que la noche prometía más.

En el silencio que se formaba en el intervalo de una canción a otra, las voces y risas en la sala subían de tono; aun así, desde donde estaba se podían escuchar los leves ronquidos de mi madre y mis hermanos. No obstante, tenía que agudizar el oído por si mi madre se levantaba; en tal caso, ya tenía lista la respuesta: “Salí al baño y Juguete me mordió las nalgas”. De cuando en cuando regresaba la mirada a la pieza oscura y a los escalones que seguían de largo hasta la terraza. Eso me ponía la piel de gallina. Luego, volvía la mirada a la ropa interior de la rubia y se me quitaba. Mi cerebro oscilaba entre el placer y el temor..., eran momentos realmente intensos.

El hombre de tierras cálidas y de revólver en cintura, ahora besaba a la rubia y pasaba sus quemadas manos por los senos y los muslos de la chica. Me pareció que se despertaba en mí un sentimiento parecido a los celos. Mientras fui hasta el baño, mi padre se había hecho a un rincón de la sala con uno de sus amigos de infancia, “El Finado millón”. Lo de “Finado”

porque era flaco y muy pálido, y “millón” porque en cada conversa afirmaba que tenía un millón de pesos guardados en casa.

No había notado tampoco que la mesa ahora estaba llena de rapé de cigarrillo, pero pronto descubrí que otro de los tipos, que estaba cerca del tío Servio, a su lado izquierdo, con una larga cicatriz por detrás de la oreja y otra muy visible por encima de la ceja, vaciaba el rapé de los cigarros Pielroja frotándolos muy hábilmente con las palmas de sus manos. Lo hacía de una forma rápida y muy natural, dándose el lujo de conversar y tomarse una que otra copa mientras lo hacía. Una vez el cigarro quedaba desnudo, le hacía un torniquete por alguno de los dos extremos y lo arrastraba por el polvo blanco, casi amarillento, que yacía en el plato sobre la mesa, de tal forma que el cigarro se iba llenando... Lo levantaba, lo blandía un poco para que se compactara y nuevamente lo arrastraba hasta que quedaba casi lleno; otro torniquete para sellarlo y lo ponía a un lado de la mesa...; ya llevaba alrededor de seis o siete.

Me detuve absorto en el ritual, que llegó a su punto final con al menos quince cigarros de pasta blanca. Mi padre seguía como receptor pasivo de “El Finado millón”, puesta la mirada sobre el piso y asintiendo con la cabeza de vez en cuando. El hombre de las grandes cicatrices y con nariz puntiaguda ofreció su empresa levantando uno de los cigarros como si fuese a brindar una copa. El tío Servio sacó del bolsillo interior de su chaqueta Piloto una caja de fósforos Vulcano y, tras una risotada por algo que dijo el posible oriundo del Putumayo, sacó una cerilla y la frotó en un lado de la caja..., no prendió. Volvió a intentarlo un par de veces y por fin el fuego. Acercó la cerilla encendida hasta el cigarro que había metido en su boca el tipo cicatrizado, aspiró un par de veces con cierta dificultad y el cigarro se puso al rojo vivo..., pero volvió a apagarse.

—Dale candela al esmoquin, o si no..., no prende —dijo “Pacho Pistola”, mientras le alcanzaba una copa de Ron al implicado.

—¡Una vez prenda esa hijueputa, nos pone a ver el diablo! —contestó el tío Servio en tono solemne.

—¡Síííí! ¿Te acuerdas esa que nos vendió “El Cachipay” allá en Ipiales? Esa malparida me puso a escuchar voces; a cada rato salía al balcón con pánico del F2 —dijo el tipo cicatrizado, a la vez que pasaba rápidamente el fósforo prendido por todo el cigarro, como si quisiera calentarlo o, quizá, secar la pasta que llevaba por dentro.

Las mujeres hablaban por su lado de otras cuestiones, en unas charlas casi inaudibles, ya que, para hablar, se acercaban de forma exagerada al oído de su receptora. Pero su risa se tornaba exagerada; parecían tan alegres, tan relajadas, tan divertidas, que no se advertía pena alguna en ellas.

El tío Servio le ofreció un cigarro a mi padre, pero no de los que estaban preparados en la mesa, sino de los que a él le gustaban, los cigarrillos de marca Campeón. No dudó en recibir uno para él y otro para su interlocutor. En la mirada de mi padre pude notar su cansancio; no era raro, por tanto, que el alcohol ya lo tuviera beodo. Un fósforo más se prendió y pasó por todos los cigarros que yacían en las bocas, incluidos los cigarros de pasta. El tipo de las cicatrices, “Pacho Pistola”, el “putumayense” y el tío Servio inundaron la sala de un humo

espeso y con un olor que se confundía entre lo fétido y lo dulce. Como quiera que sea, era para mí un olor llamativo, agradable; quería seguir oliéndolo, pero mi padre, al sentir el escandaloso perfume del basuco, no tuvo más remedio que increparlos: “Servio, dejé que armes tus cosas aquí en mi casa, pero de ahí a que fumes eso, con mi familia en el segundo piso, no te lo permito: ¡se me salen... todos!”.

El tío se acercó para convencerlo de que arriba ya estábamos todos dormidos, con el fin de ganar tiempo, puesto que afuera había empezado a caer un fuerte aguacero, que yo ya lo auguraba desde el momento en que salí al baño..., ya caían unas pocas gotas de agua celeste. Como era de esperarse, los demás no tuvieron un mínimo de respeto; por el contrario, la rubia seguía recibiendo el humo de la boca del “putumayense” y los otros aspiraban desesperadamente los cigarros de pasta. La mujer blanca, de minifalda negra con cabello negro y rizado, a la altura de los hombros, se limitaba a conversar con otras dos mujeres mucho mayores que ella; una de ellas tendría unos sesenta años, de cabello negro tinturado con rayitos rojos —en la base se podía apreciar el gris de algunas canas—; llevaba, igual que sus compinches, una falda por encima de las rodillas que dejaba al descubierto sus varices, y se limitó a alzar a ver a mi padre, como si un sonido accidental la hubiera hecho girar y luego volvió sin turbarse a su conversa. La otra era un poco más joven y su vestimenta era más decente, pero su corte de cabello era similar al de un hombre; tenía un rapado en forma de cuadro por encima de las orejas y, en la parte de atrás, una corta melena, y tampoco se inmutó con lo que estaba pasando. Todas tenían en común los tatuajes, ya fuera en las manos, los brazos o las piernas, y su lenguaje se tornaba soez en muchas ocasiones. Otro tipo, de estatura baja, con bigote y muy delgado, observaba atento a los invitados, pero no hacía parte de ninguna de las conversaciones y, siempre que mi vista accidentalmente me llevaba hasta él, estaba fumando, con las piernas una sobre la otra, en una actitud más que pasiva. Parecía ser alguien desmadrado y con muy pocas experiencias; era, a mi parecer, ese tipo de personas que se dejan arrastrar por el viento sin un mínimo de resistencia y, al escuchar las palabras de mi padre, fue el primero en levantarse y salir por la puerta.

A pesar de los esfuerzos del tío Servio, mi padre se levantó de su silla y les pidió de manera menos delicada que, si querían fumar basuco, lo hicieran afuera. En un movimiento rápido, el “putumayense” sacó de la cintura su *escuadra* y le apuntó a mi padre: “¿Muy bravo o qué?”, le dijo, mientras la rubia trataba de bajarle el brazo. No supe qué hacer. Algo que me tenía sorprendido es que, a medida que iban fumando los cigarros de “nieve”, su rostro se tornaba pálido y sus semblantes alegres y las risas se iban opacando sobremanera. Parecían, ahora, más alterados por los nervios. Un extraño paso del goce relajado al nerviosismo paranoico.

—No pasa nada, Lucano —dijo el tío Servio al putumayense, mientras lo abrazaba y lo llevaba amistosamente a la puerta—. Acuérdate de que este es mi hermano y estamos en su casa.

—¡A mí ninguna gonorrea me viene a alzar la voz!...; ya he mandado a más de un chulo al cementerio; ¡un muñeco más no es nada! —decía el hombre blandiendo su revólver por encima del hombro del tío Servio.

—Yo sé cómo es la vuelta Lucano, pero peguémoslo acá, en el zaguán; date cuenta que allá arriba están mis sobrinos —replicó el tío Servio, que lo seguía empujando para afuera.

—Me emputa que nos dañen el parche... ¡Guambiano! ¡Guambiano! ¡Tráigame lo mío Guambiano! —vociferaba el putumayense desde el portón viejo del zaguán.

—No se preocupe Lucano, los cohetes ya despegaron —bromeó el tipo cicatrizado, cargando con los demás cigarros llenos de pasta.

Las mujeres salieron junto con ellos, quedando únicamente mi padre, su amigo “El Finado millón” y el tipo desmadejado que había regresado y permanecía impávido en su rincón, con las piernas cruzadas y fumando otro cigarro. El *show* al parecer había terminado.

Me quedé un momento en aquel escalón mirando a mi padre; parecía triste, agobiado, con una expresión de fracaso en su rostro. Solo hacía lo que podía, lo que estaba en sus manos, lo que creía era mejor para todos. Estaba queriendo hacer lo correcto, pero ¿qué era lo correcto? ¿Complacer a la familia y a la sociedad, olvidándose de sí mismo? No lo sé. Lo que sí es que en su mirada había un cierto desconsuelo.

El olor del humo de basuco se confundió con el olor a tabaco y alcohol. En la pequeña grabadora, sonaba una canción de Leo Marini, “*Cariibe soy, de la tierra del amoor, de la tierra donde naaace el sol, donde las verdes palmeras, se mecen airosas al soplo del maaar...*” —Medité por un momento en los hechos que se habían presentado esa noche, desde el tipo de traje negro que quiso atraparme, la rubia y su ropa interior, la extraña pasta blanca que ponía pálidas y paranoicas a las personas y la fatigada vida de mi padre—; “*Cariibe soy, de la tierra del amoor, de la tierra donde naaace el sol, donde las verdes palmeras se mecen airosas al soplo delll maaar...*” —Lo primero era inexplicable y desconcertante a la vez; nadie nunca me iba a creer que realmente había visto a ese tipo—. “*Busco un amor que me quiite del alma el pesar, que me llene de felicidad, un amoor tropicaaal...*” —También, era la primera vez que veía la ropa interior de una mujer tan bella; eso me excitó asazmente; además, me atrajo mucho la vida que llevaba el tío Servio y los tipos que frecuentaba: joyas, dinero, mujeres hermosas, y pasta, mucha pasta—. “*Quiero sentiir las caricias de nueva ilusión, de entregarle todo el corazón, ese amoor tropicaaal...*” —Sobre todo, la pasta. Esa pestilencia dulce del basuco me había generado una casi obsesiva curiosidad; supe de inmediato que eso era lo mío, que esa era la vida a la que me encaminaría: sexo, drogas, licor, ¡qué exquisitez!, ¡qué frenesí!—. “*Busco un amoor que me quiite del alma el pesar, que me llene de felicidad, un amoor tropicaaal...*” —Juré que un día me iría de casa, no les daría más rabietas y preocupaciones a mis padres y nunca más volvería. Viviría la vida del tío Servio, una vida envuelta en placeres—. “*Quiero sentiir las caricias de nueva ilusión, de entregarle todo el corazón, ese amoor tropicaaal... Cariibe, cariibe sooooy*”.

“¿Qué haces ahí?” —dijo una voz desde la oscuridad del cuarto—. Era mi madre. “Lo que pasa es que fui al baño y Juguete me mordió..., en la nalga”, —le dije, aún sin poder ver claramente la expresión de su rostro; solo podía apreciar su silueta debido a la luz lunar que se colaba por una escasa ventana que daba al patio. Me levanté de donde estaba y me fui a la cama, no sin antes sentir un fuerte chancletazo en la espalda.



Figura 3. Concupiscente. Por: Davinson R.

CAPÍTULO IV

ES ONÍRICO

Me encontré de pronto subiendo por una pendiente... Una calle de piedra y barro, donde el frío envolvente de los fuertes vientos y la soledad imperante daban la impresión de ser un pueblo fantasma. Ni siquiera un perro furtivo rondaba aquellas casas de adobe descascaradas y de techos de teja verdosa por el moho; también las ventanas y puertas de madera envejecida por la inclemencia del tiempo permanecían cerradas; no había tiendas, gasolineras o algo por el estilo.

Tras caminar unos cuantos minutos, llegué hasta las últimas casas que daban paso al verde oscuro de la hierba que se extendía como una alfombra a lo alto y ancho de una montaña, dueña toda ella de aquel fantasmagórico lugar. Mi único compañero era un pequeño rayo de sol que se colaba por entre el deprimente gris de las nubes y que golpeaba con lo que parecía ser el fin del caserío. Me detuve ahí, en el rayito de sol, frente a las dos últimas casas esquineras, de dos pisos ambas; se extendían como dos escuelas de pueblo, pero con un aspecto abyecto a la vez; una frente a la otra, formando la entrada a la callejuela por donde había subido, como dando la bienvenida o el adiós a los visitantes —si es que alguna vez los hubo. Las miré en un primer momento con tal perplejidad que quedé como anonadado por ellas: una de ellas se dividía en dos colores: azul celeste en la primera planta y un blanco mugriento en la segunda. La otra, por su parte, era de un solo color, un rojo tan intenso como la sangre en vías de coagularse. Con algo de curiosidad y temor, quise en un segundo momento hacerlas mías, pues un deseo casi obsesivo me lo imponía; así que entré a una de ellas, a la de rojo intenso, porque irradiaba una inexplicable seducción, placentera, pasional y, a la vez, terrorífica, misteriosa. Lo extraño es que una vez adentro, la imponente casa se convertía en un pequeño rancho sin mueblería; el piso era de tierra con brotes grotescos; una banca de madera de eucalipto y un olor nauseabundo inundaban el, ahora, estrecho rancho de un piso. Había más allá una especie de cocina que colindaba con otra pequeña sala; dentro de aquella cocina yacían mis dos hermanos; escuchaba sus voces y sabía por una extraña intuición que eran ellos, aunque físicamente, como lo pude comprobar después en su encuentro, no lo eran; por ello, tampoco podía identificar cuál de ellos era quién y, aun así —cosa más extraña y curiosa—, mi fraternidad por ellos en nada se veía desvanecida. Quise ir a su encuentro. Era gratificante para mí, en esos momentos, esa compañía, pero antes de que diera el primer paso, un animal, una especie de conejo negro con ojos grandes se quería colar al pequeño rancho, que ya lo daba por nuestro. Busqué afanado algo para detenerlo y encontré un pedazo de madera suficiente para mi propósito, pero tras suyo llegó un ratón, luego una ardilla y una serie de animales nunca vistos, rastreros y negros en su mayoría, y puse en defensa lo que podía, lo que encontraba a la mano, y ya nada parecía ser suficiente.

Corrí hasta la cocina, donde estarían mis supuestos hermanos, los cuales rodeaban una vieja mesa de madera carcomida, y les conté, de una forma algo torpe, por el afán que traía,

lo que sucedía. Uno de ellos salió rápidamente para percatarse del problema, pero al regresar dijo que no había visto nada, ¡sí, nada! Pero, en cuanto lo acabo de decir, tras suyo apareció, de un solo golpe, una especie de demonio con un sombrero negro de ala ancha, una capa negra larga, un rostro lleno de arrugas que se extendían desde la parte superior de su frente hasta desaparecer en su pecho, con ojos absolutamente negros, brillantes y saltones, de dientes grandes capaces de perforar el hierro, y dos espadas largas y afiladas, una en cada mano, dispuesto a cortarle la cabeza. Estupefactos, esperamos con mi otro hermano el viajazo; sin embargo, alguien detuvo el escalofriante acto con un fuerte y contundente golpe al verdugo. El “Salvador” era un tipo de cabello café oscuro, liso, con barba y bigote del mismo tenor; vestía como los antiguos vestirían tal vez en Medio Oriente, con una túnica café enteriza; con su mirada penetrante, pero siempre alegre, sonreía de tal manera que inspiraba confianza absoluta; no sé por qué, pero me vino la intuición de que era Juan, el bautista, ni más ni menos, aunque éste no tenía ropa de pelo de camello ni ceñidor de cuero alrededor de su cintura. En fin, no pudimos más que agradecerle; se sentó en la pequeña sala que colindaba con la cocina, en una grada que se formaba desde el piso de tierra, mientras que mi hermano y yo volvíamos a la cocina. Solo aquel hermano salvado se quedó, con una actitud más que agradecida, con el tipo. Se sentía que dialogaban en voz baja, con palabras ininteligibles; por mi escasísima educación, no sabía qué lengua utilizaban, si alemán, turco, o arameo antiguo; el hecho es que ese tipo de lengua me producía cierto horror.

Quise saber qué pasaba...

Entonces, me deslicé suavemente por el lindel de la puerta y vi como mi hermano, que estaba parado, levantaba las manos a la altura de su pecho y las estiraba horizontalmente hacia adelante, mientras el otro tipo, que aún seguía sentado sobre el borde de tierra, hacía el mismo movimiento, y aunque estaban a una distancia tal que por más que estirasen las manos no las podrían chocar entre sí, sin embargo, y con la ayuda de la tenue luz de una vela que estaba sobre un nicho clavado en la pared de adobe, miré, en la sombra que se formaba en la pared, que los brazos de aquel hombre se alargaban hasta chocar con los de mi hermano, y una especie de energía, metafísica quizá, se transmitía entre ellos; regresé despacio y sin ruido donde mi otro hermano, que parecía indiferente a la situación, pero en menos de dos minutos las voces en la pequeña sala se callaron y un tremendo escalofrío se apoderó de mí..., pues sabía, aunque no lo hubiera visto aún, que algo extraño había pasado, así que alerté a mi hermano y fuimos afanosos al lugar... Ellos ya no estaban. Se habían esfumado sin dejar rastro; sentí un vacío profundo en mi alma; algo de mí se había ido, una parte me había sido arrebatada. Caminábamos de un lado para otro sin saber qué hacer; los animales rastreros y demás seguían insistiendo para entrar, pero solo yo los veía y, cuando la situación estaba por volverme loco, entró mi hermano, sí, aquel que me había sido arrebatado hacía solo un momento. Dijo que había salido con el fin de comprar algunas cosas; mi alma ahora rebosaba de alegría; lo abracé y le dije que pensé que lo había perdido. Pero solo habían pasado algunos segundos y llegó nuevamente el tipo que le había salvado la vida, el tal “Juan Bautista” frente a mis ojos, diciendo que había olvidado algo y, en un abrir y cerrar de ojos se llevó nuevamente a mi hermano.



Figura 4. Siniestro. Por: Davinson R.

Cuando desperté, las cobijas yacían en el suelo; solo mi hermano había alcanzado a salvar una, en la que estaba enrollado. Yo temblaba de frío. Miré a la cama de mis padres y no estaban, y mi hermano mayor seguía cómodamente dormido. Me incorporé y pude escuchar que abajo, en la sala, todavía había algo de música, pero nada de voces.

En calcetines y con todas las precauciones, quise ir a ver lo que sucedía; si quizá aún tenía la posibilidad de disfrutar de los carnosos muslos de la rubia, por ejemplo. Me posé en el mismo escalón de la noche anterior y, al sentarme, sentí un hondo dolor en la nalga. Lo primero que vi en la pequeña sala fue a mi padre, que estaba recostado en una de las poltronas tomatas en posición fetal, como guardándose del frío envolvente. Más allá estaba su amigo, “El Finado millón”, sentado con la cara hacia el techo y sus ojos entreabiertos, apoyado en el espaldar del sillón de las pérdidas de la abuela; tenía la boca bien abierta y de ella caía un camino de babas que se perdían en el cuello de su camisa playera. En el rincón, seguía el mismo tipo desmadejado de bigote, con su sentado particular: una pierna sobre la otra y con el codo apoyado sobre ellas, sosteniendo un cigarro marca Campeón entre sus dedos, consumido hasta la mitad; su otro brazo caía sobre su regazo, dejando invisible la mano. Su cabeza era la única novedad, puesto que su mentón había caído sobre su pecho, pero el resto del cuerpo no había perdido su posición inicial. La mesa de corte seguía ahí, sin una pizca de pasta y sin plato... Nadie más estaba en la pequeña sala.

Repentinamente, el sonido de la grabadora se apagó. El casete de Julio Jaramillo se detuvo en seco. El silencio se impuso y el olor a tabaco y alcohol, las colillas y botellas esparcidas por todo el lugar, y el frío gris de la mañana que asomaba, le daban al momento un aspecto deprimente. Regresé hasta la cama. Mis hermanos aún dormían profundos. Me puse los zapatos y me dirigí al baño.

Con todo el sigilo posible, me asomé al patio y Juguete no estaba por ningún lado. Lo más seguro era que se hubiera salido a la calle, pues la puerta del zaguán estaba entreabierta. Parecía haber llovido toda la noche y aún caían esparcidamente algunas gotas; cuando estuve por abrir la puerta del baño, escuché unos gemidos; supuse que alguien estaba llorando, posiblemente alguna de mis primas. Golpeé la puerta y no tuve respuesta. Así que la hale para saber qué sucedía y se abrió sin esfuerzo... Para mi sorpresa, en el inodoro estaba sentado el tío Servio completamente desnudo y, sobre él, en sus piernas, estaba la rubia con el vestido rojo recogido hasta el ombligo, dejando al descubierto sus partes íntimas. Ninguno de los dos se asombró al verme. Hasta el momento, nunca había sospechado el hecho de que a una mujer y a un hombre les saliera tanto vello púbico; eso me horrorizó por un momento.

En una ocasión había sorprendido a una de mis primas bañándose; mis ojos lo primero que vieron fue su vagina, lisa y con una línea muy fina en el centro; supuse que todas las mujeres tendrían ese aspecto. Pero al ver los vellos de la mujer y que su línea se había abierto dejando al descubierto una especie de pétalos de carne, sentí cierto repudio: “Cierra la puerta sobrino, ¿no ves que estamos ocupados?”, dijo el tío Servio con una voz fatigada, a la vez que excitada, sin dejar de mover a la rubia para arriba y para abajo; ella me miraba sonriente, con sus labios ya despintados y el rímel que se le había corrido un poco hacia los lados. Pero

seguía hermosa; ni siquiera sus ojeras podían opacar tanta belleza. Eché un último vistazo más a sus partes íntimas y entendí el sexo a su perfección; fue una lección de *para qué sirve cada cosa*. Todo eso me parecía un sueño.

Cerré la puerta del baño y los gemidos siguieron con más intensidad... Ahora ya no quería irme del lugar; mi deseo y curiosidad me pedían más. Entonces, me quedé parado afuera tratando de mirar por las hendiduras de la puerta, pero era inútil...; el lugar estaba demasiado oscuro.

CAPÍTULO V

VÍA DE ESCAPE

Jueves 14 de noviembre de 1996.

“¡Vengan todos a comer!”, gritó mi madre desde la cocina. Mis hermanos y yo estábamos preparándonos para ir al colegio. El sol se ponía en lo más alto y había que apurarse. El ingreso a clases era a la una en punto y debíamos caminar alrededor de una hora para llegar al MISTI. Con demasiado escollo, mi padre nos había conseguido cupo en esa Institución para cada uno y ahora yo cursaba el grado séptimo, pero iba mal en casi todas las materias, excepto en Religión y Educación Física, materias en las que uno podía darse el lujo de no hacer nada.

Arroz, plátano frito, ensalada de repollo y, como sobremesa, jugo de guayaba, espeso, demasiado espeso. Quería almorzar muy lentamente, saborear cada cucharada, pero me era imposible, el tiempo apremiaba y mis hermanos me miraban con cara de “afane o lo dejamos”.

La noche anterior mi padre me había dado una paliza de los mil demonios, debido al maldito examen de inglés, del que no había acertado ni una sola respuesta; por el contrario, había puesto en las respuestas seis y siete que la profesora era una “triplehijueputa” y, al final de la hoja, la expresión “hel’ ahí pis, hel’ ahí, pis” —que no sé qué carajos quería decir, pero se la había escuchado a un campesino que estaba molesto con el conductor de un Campero colectivo que iba para Cujacal—. Y, al respaldo, puse una nota a la profesora diciéndole que no entendía “ni un culo del examen”, y si ella era tan buena en lenguas, como se creía, que me “traduzca las palabras del campesino que olía a estiércol de vaca”. También estaba enojado mi padre porque lo habían llamado de la Coordinación para una reunión urgente con profesores y directivos, por mi “comportamiento obsceno y la pérdida de objetos en el salón de clases”.

El grado sexto lo había superado con muchas dificultades, pero estaba seguro de que esta vez no tendría tanta suerte; entonces, pensé seriamente en aquello que desde los ocho años me había prometido...

Una vez en la cama y adolorido por la muenda que había recibido de mi padre, medité sobre mi situación futura... Sabía que las cosas no podían continuar de esa manera...

Al día siguiente, fue una mañana muy intensa para mí; quise guardar cada detalle de mis padres, de mis hermanos, de la rutina diaria, de las cosas de nuestro hogar, de todo. Deseaba que fuera la mañana más larga de mi vida, pero, irónicamente, sucedía lo contrario y cada cucharada que me acercaba a la boca era un momento menos que compartiría con mi familia. “Nos vas a desgastar tanto mirarnos” —dijo mi padre, que se sintió incómodo cuando posé mi mirada en él mientras comía—, “acaba rápido tu comida y te vas pa’ l colegio, ¡velón!”.

Agaché mi cabeza y de mis ojos casi se escapa un par de lágrimas... Tragué entero y seguí comiendo.

De camino al colegio, sentía una fuerte congoja por el pasado, por aquello que dejaría atrás para siempre. Mi actitud se tornó pasiva frente a mis hermanos; ellos se mofaron toda la mañana de ello, pues sabían que ese no era yo, que algo raro me pasaba, que algo me traía entre manos, pero no sospechaban en lo más mínimo qué era.

Estando en el salón de clases, llegó la profesora de inglés pidiendo que los alumnos que superaron el anterior examen salieran al patio de recreo..., y a los que teníamos mala nota nos daría una última oportunidad de recuperar. Recuerdo que, de cincuenta alumnos solo quedamos tres.

Las preguntas que escribía en el tablero parecían más complejas que las del examen anterior, pero, como quiera que fuera, yo no entendía nada; bueno, sí, la palabra *student*. Copié las cinco preguntas al pie de la letra, ni una coma menos ni un punto de más. En la primera pregunta, contesté que “los senos de la profesora eran demasiado pequeños para mi gusto”; en la segunda, había una palabra que me llamó la atención: *play*. La asocié con plato; entonces, la resalté, le puse una flecha y respondí: “no, gracias; yo ya comí, arroz, plátano frito y ensalada de repollo, con jugo de guayaba muy espeso, tanto que me entraron ganas de defecar”. La tercera era un poco más difícil de contestar, pues comenzaba con la palabra *All*: “yo a don Alfredo no lo he visto, pero cuando lo vea le digo que saludes de parte de la profesora tetipequeña”. Como sabía que con tres buenas ya tendría pasado el examen, la cuarta y la quinta las resumí en una sola respuesta, “vaya a enredar a su puta bisabuela”.

Entregué mi examen con la hoja doblada y sonriéndole a la profesora; ella me correspondió con otra sonrisa, una sonrisa que oscilaba entre la hipocresía y la maldad. Salí de primero mirando a los otros cómo se esforzaban. Estando en el patio de recreo, observé que todos mis compañeros jugaban y reían totalmente indiferentes a la vida..., a mi vida; me senté en las gradas de cemento de la cancha de básquet y sentí una picazón en el tobillo; traté de ver si era un mosquito o algo por el estilo, pero no tenía nada; sin embargo, mi vista se fijó en los zapatos de sintético negro que me había hecho mi padre. Mis ojos se aguaron tanto que dejaron caer unas cuantas gotas al piso. Me consideré un fracaso; no tenía sentido seguir luchando contra los demás y los demás contra mí. Ese círculo había que romperlo y ese era el día indicado.

En ocasiones, cuando nos dirigíamos al colegio, nos quedábamos por una hora en los juegos de Nintendo que había cerca al Mercado de los Dos Puentes. Mi padre nos daba doscientos pesos a cada uno para el descanso y los juntábamos para juegos de fútbol o Street Fighter. En esos días entrábamos a la segunda hora al colegio o simplemente no íbamos; nos quedábamos en un parque o, si conseguíamos más dinero, en los juegos de Nintendo. En el lugar, había una alta concurrencia de *gamines*, con los que poco a poco nos familiarizamos. Me encantaba ver su aparente tranquilidad: no iban al colegio, nadie parecía darles órdenes y en ciertas conversas pude darme cuenta de que llegaban a su casa a la hora que les daba la

gana, y eso si así lo querían. Además, siempre cargaban algo de dinero y, si no lo tenían, se lo quitaban a quien se les antojara, sobre todo a los “escueleros”. La mayoría cargaba con su frasco de *sacol*, lo que les daba un aire atrevido; no había rastro de miedo en ellos, solo una especie de locura que les daba la capacidad de soportar casi cualquier cosa. Ese era el único camino que yo podía vislumbrar, para, luego, seguir los pasos del tío Servio, que ya había sido asesinado hacía exactamente un año.

Cuando volvimos al salón de clases, llamados por el timbre que anunciaba el cambio de hora, la profesora de inglés estaba en la puerta. En su mano sostenía mi examen; lo pude reconocer por el tachón rojo en forma de pene, que había hecho al final de la hoja. “Bueno —comenzó a decir—, como el examen no era nada complejo, sino hecho de una manera para que todos pasen, de una vez lo he revisado —hizo una pausa. Afortunadamente solo un estudiante reprobó: ¿me acompaña, por favor, joven Fabricio a la rectoría?”, me dijo, con su mirada amenazadora y a la vez triunfante. “Claro”, dije, tomando mi tula y saliendo tras de ella. De camino a la Rectoría, se puso frente a mí en el pasillo y dijo: “No te vas a salir con la tuya, ¡ahora sí te jodiste!”. Sin embargo, no mostré ninguna preocupación por sus neuróticas palabras; por el contrario, le devolví una sonrisa de triunfo, hasta hacerla sentir impotente..., su rostro estaba a punto de encenderse en llamas.

—Buenas tardes, Rector, ¿cómo me le va?...

—Bien, bien, muchas gracias. ¿Qué se le ofrece?

—Lo que pasa Rector es que este chico me ha causado muchos problemas y hasta se ha atrevido a insultarme.

—Bueno, no es la primera vez que lo veo...; no hace mucho firmó una matrícula condicional..., pero, ¿tiene usted pruebas de lo que me dice?

—Claro que sí, Rector, pero me appena mostrárselas...

—Sin pruebas, no puedo hacer nada. Usted sabe...

La profesora le entregó la hoja del examen y el Rector la revisó minuciosamente. En su cara se dibujó una leve sonrisa, que tuvo que retener forzosamente; luego, alzó la mirada, que se detuvo un par de segundos en los senos de la profesora. Ella lo notó y quiso taparse con su chal de color vino tinto.

—Sí —continuó el Rector, sin poder opacar del todo, su sonrisa—; evidentemente el muchacho tiene algunos problemas mentales; llamaré a sus padres para que se comuniquen con la psicóloga y reserven una cita lo más pronto posible. Según ese informe, podremos tomar medidas drásticas respecto al caso. Por ahora, deje esta prueba conmigo para revisarla más detenidamente.

La profesora se ruborizó; sabía que no había ninguna cosa que analizar; todo era tan claro como el agua, pero el Rector quería mofarse a solas, o con su secretaria, con su mujer o su

amante, ¿quién sabe?, y eso lo comprendió muy bien la profesora. Pero era el Rector y “donde manda capitán, no manda marinero”. Entonces, se despidió no muy amablemente y salió exasperada: “Vete a tu salón, después hablamos”, me dijo el Rector, con cierta admiración en su rostro. Salí sin despedirme, pero, antes de cruzar la puerta, me tiré un gas, con un sonido que podía alcanzar los peludos oídos del Rector: “A su señoría” pensé. No quise regresar a ver su reacción.

Las horas en el salón de clase me parecieron eternas...

La siguiente materia era la de Matemáticas, con un tipo enano y calvo en la parte superior de su cabeza y por encima de las orejas y en la nuca mucho cabello; fanfarroneaba del valor de X y de Y, de una forma incansable. No le entendí ni un pito. Mi mente estaba ocupada en el final de la jornada, en el drástico cambio de vida por el que iba a pasar... Solo estaba a unas horas de ser “libre”.

Con el timbre que prometía descanso, salí corriendo a ver a mis hermanos, pues quería estrechar sus manos y hacer las maldades que nos habían caracterizado. Extrañamente, no los encontraba. Caminé hacia la sala de Dibujo Técnico y al respaldo había una aglomeración de alumnos; eso tenía nombre: se había armado una pelea. Cuando la gravedad del problema ameritaba, las peleas no esperaban a la salida, en la Cancha Capusigra, que quedaba a un par de cuadras del colegio, sino se hacían al respaldo de las salas de Dibujo Técnico y de Electricidad. Me acerqué al tumulto y uno de mis hermanos estaba en pleno fogeo: “Se están cascando, porque ese *pirobo* se quería meter en la fila de la cafetería a la brava”, dijo mi hermano Johnny, en cuanto me puse a su lado. Y, al ver cómo ese otro tipo golpeaba a mi hermano Harold, me encolericé y quise apuñalarlo con el lapicero que siempre llevaba conmigo para rayar las paredes del baño con mi nombre y dibujar calaveras..., pero me detuve; no iba a poner en juego mi ansiada nueva vida.

Para cuando terminó la pelea, el descanso estaba por llegar también a su final. Acompañé a mis hermanos hasta el baño, donde el mayor se lavaría la sangre que todavía bajaba por sus narices. El otro contrincante también estaba ahí, lavándose...; había sido una pelea pareja. Al final, se dieron la mano y todo siguió como si nada hubiera pasado.

El timbre volvió a sonar. Su sonido me hizo tomar conciencia de que esa sería la última vez que vería a mis hermanos. Quise estrechar sus manos —que ya era demasiado, teniendo en cuenta que en casa nunca había tenido lugar un afecto corporal entre padres e hijos o entre hermanos; todo era tan frío que pasarle la mano a uno de mis hermanos era algo extraño, “afeminado”. Eso no quería decir que no hubiera un afecto mutuo, pero ese afecto debía permanecer oculto; sacarlo a relucir era signo de debilidad; así había sido la vida de mis padres y así se había transmitido hacia sus hijos—. Obviamente, ninguno de los dos me dio la mano, pero tampoco se burlaron; solo me miraron extrañados.

Entré a la última clase, la de Biología. Lo único que recuerdo de aquella clase era lo del médico Elkin Patarroyo y su vacuna contra la malaria. Pero, ¿qué era la malaria?: no sabía ni

me interesaba: “¡Esa mierda no me ayuda en nada!”, se me escapó de la boca; el profesor me miró desconcertado, luego siguió su clase.

Pensé que, si quería huir de casa, la mejor manera era huir del colegio, y no podría hacerlo si salía a la misma hora que mis hermanos, ya que la mayoría de veces ellos ya estaban esperándome en la caseta que quedaba al final de la calle cerrada, una media cuadra después de la puerta enrejada del colegio. No había forma de no pasar por ahí, puesto que de un lado de esa calle estaba la gran fábrica de Crecemillas, y del otro, la Normal Superior; era muy riesgoso salir a la misma hora. Tenía que salir minutos antes de que el timbre de las 6:45 pm sonara. Le pregunté a mi compañero de al lado las horas: “Son las seis en punto”, dijo enfáticamente, como si me hubiera leído los pensamientos y me estuviera advirtiendo con lo del tiempo. Sentí que mi estómago se aflojó por los nervios.

Estaba a punto de pedir un permiso para el baño, cuando tocaron a la puerta. Se me aceleró el corazón, porque, desde hacía tiempo, toda interrupción en el salón de clases tenía que ver conmigo, ya fuera que me mandara a llamar el Coordinador, o el Rector, o algún profesor o profesora, o “quien putas fuera”, a las reuniones de llamado de atención con mis padres. Entró el enano Coordinador y, efectivamente, lanzó su mirada al rincón de atrás, hacia mí: “Joven Fabricio Lunares, reciba esta notificación para sus padres —me paré a recibirla—; no quiero excusas de ningún tipo. Mañana, a primera hora, los espero”. Se despidió del profesor y los alumnos haciendo una hipócrita reverencia y con una sonrisita de oreja a oreja. Me entraron ganas de insultarlo. Otra vez me detuve.

Antes de que el profesor reiniciara la clase, le pedí muy cortésmente que me regalara un permiso para el baño, “Tengo dolor de estómago, no aguanto hasta llegar a casa” (risas). No se negó. “¡Pero sin la tula, por favor!”, dijo muy seriamente. No supe qué hacer. Así que me le acerqué y en un tono muy bajo le dije: “Es que aquí llevo el papel higiénico”, “Está bien, pero no demore”, dijo en el mismo tono que el mío. Era verdad; estaba con ganas de ir al baño, porque el jugo espeso de guayaba me tenía hinchado el estómago y, con la alteración de los nervios, estuve a un palmo de hacerme en los pantalones.

Ya sentado en el trono, saqué la citación que me había dado el Coordinador y la leí. Pedía una reunión urgente con mis padres, ya que el colegio no soportaba más la situación... Con esto, lo más seguro era que me expulsarían. “Seguramente la profesora de inglés no se conformó con las quejas al Rector, sino que buscó otras alternativas de venganza en Coordinación”, pensé, mientras me limpiaba el culo con la citación... Ese papel dolió en todos los sentidos.

Me hubiese gustado dejar la citación con mi “respuesta” en la Coordinación, pero era un acto demasiado repulsivo. Lavé mis manos y dejé la llave abierta. Aprovechando que el colegio estaba vacío fuera de las aulas, me fui hasta el baño de las mujeres —porque era el único que tenía espejos—, y en uno de ellos escribí con tinta de lapicero “El Coordinador es un perro sarnoso, que no fue concebido, sino cagado”. Por estar en esas, el tiempo había transcurrido sin remedio, el sol había desaparecido y, mientras caminaba rápidamente

atravesando la cancha de básquet y luego por los pasillos que me conducirían hasta la entrada —¿o salida?—, en el ambiente previo a la hora de salida se podía sentir en todo el lugar esa energía que emana de los animales a punto de quedar en libertad. Las bombillas amarillas se habían prendido en todo el colegio; eso solo hacía acelerar más mi corazón; me recordaba que el tiempo se me estaba acabando para encontrar mi excarcelación existencial.

Después de salir de los edificios, había una calle empedrada que los bordeaba del lado Este, en forma de media luna, hasta llegar a la entrada principal, a la portería. En el segundo piso del edificio, que daba a esa calle, estaba el salón de uno de mis hermanos, de Harold. Por ello, me faltaban piernas para salir...; ese trayecto me parecía una eternidad.

Con un veloz movimiento, alce la mirada hacia aquellos salones del segundo piso y las grandes ventanas estaban completamente abiertas, con algunos estudiantes que ya tenían los ánimos alterados, observando desde allí a la callejuela y, sobre todo, a la reja por donde estaban a punto de quedar libres —y no era para menos, tras casi siete horas de prisión e inercia en esos asientos duros y fríos—. Mientras avanzaba, en mi cabeza solamente rondaba el posible e inoportuno llamado de mi hermano, pidiéndome que lo espere, como sucedió cierto día en que el profesor de Dibujo Técnico me expulsó de la clase, porque hice un pene mutilado puesto en su boca. Ese día, yo salía campante y me llamó desde la ventana de su salón, haciéndome unas señas para que lo espere, y ahí mismo salió: “Le dije al profesor que mi hermano menor estaba afuera y no podía dejarlo solo...; me mandó sin reniegos”, confesó. Recordar aquel suceso encrespaba cada uno de mis cabellos. Cada paso era una tortura: escuchaba voces y regresaba a mirar..., y no era él. Todos parecían blancos y de cabello castaño, como mi hermano. Estaba paranoico. Los latidos de mi corazón hubieran podido verse claramente desde allá arriba, junto con mi sudor helado.

Al fin, y después de tanto suplicio, llegué a la cabina de la portera.

La gran reja aún seguía cerrada con una gruesa cadena que rodeaba las varillas centrales de las compuertas y se asegurada con un candado de más de cinco kilos: “Hasta que no suene el timbre, no le puedo abrir a nadie”, dijo la portera, que era una mujer trigueña muy alta, con cachetes de bulldog y una mirada opaca, casi mortuoria. Antes de que pudiera explicar mis urgentes razones, sonó el teléfono alámbrico de disco y marcación a pulso de color verde de la portería; la mujer, en su ansia de sentirse viva y poder trabar conversación con alguien que no fuera ella misma, tomó el teléfono rápidamente, “¿Aló, portería?”... “Porquería, será”, pensé. Alcé la mirada a un reloj de pared redondo, de color azul con blanco que decía *Marlboro* y debajo *Veni-Vidi-Vici*. Marcaban las 6:40 pm; eso me exasperó demasiado.

—Vea, señorita, tengo afán —le dije apuntando a la reja.

—Sí..., sí, sí... Ajá, sí... Claro, entiendo.

—Vea, señorita, estoy con dolor de estómago y en enfermería me dijeron que tenía que ir rápidamente al hospital; se lo suplico.

—Claro, claro profe, eso sí es así... Ajá... Dígame... Bueno...

—¡Me tocará ir con la queja al Coordinador de que usted no me deja ir en plena urgencia, vida hijueputa! —le alcé la voz.

Pero solo se limitó a mirarme y a levantar la palma de su mano en señal de que me espere.

—Sí, profe... ¡ja, ja, ja, ja, ja!... No digaaa... ¡ja, ja, ja, ja!, ¡qué estupidez! Bueno, yo ahorita lo apunto, profe.

Y en un viejo escritorio, donde reposaba el maldito teléfono arcaico, se puso a buscar lo que parecía un bolígrafo. “Yo aquí lo dejé...”, decía desconcertada. En una rápida reacción, saqué de mi vieja tula azul un lapicero mordido hasta la mitad y se lo acerqué, pero en sus movimientos leí que tampoco tenía papel; entonces, saqué de mi tula un cuaderno (el de Biología), arranqué con premura unas diez hojas y se las lancé al sucio escritorio. “¡Grosero!”, se limitó a decir. Su condición de mamerta le hizo demorar un siglo en escribir un par de números. Sus mejillas se cayeron aún más mientras escribía..., me produjo náuseas: “Se parecen a las tetas de una vaca lista para ordeñar”, pensé. Se despidió y colgó el teléfono; la cara me ardía de la rabia. “¿Qué es lo que usted quiere?”, preguntó con una ironía que me daban ganas de lapidarla. Con mis lágrimas, que caían, no de pena, sino de coraje, le dije que, por favor, me abriera “la puta puerta”. Ella, aun por encima de mi angustia, se agachó sosamente a buscar el inmenso juego de llaves que abría todas las puertas del colegio... Las encontró.

“¿Cuál es?... ¿Cuál es?...”, decía, mientras buscaba con la misma posma de su cerebro. Sonó el timbre de salida y algunos alumnos ya venían transitando la calle empedrada: “Por favor, señora; rápido, sí”, le rogaba; sabía que no podría darme el lujo de volver a casa, pues ya tenía demasiados problemas encima y, si alguno de mis hermanos me alcanzaba, estaría perdido; ya no me quitarían el ojo hasta llegar a casa. Traté de relajarme, pues sospeché que mi angustia la divertía; entonces, con un esfuerzo más que monumental, me senté en el andén de afuera de la cabina de vigilancia, celando, entre aquellos que se acercaban, que no vinieran mis hermanos. Eran muchos estudiantes y la tarde-noche hacía más difícil reconocerlos.

Apenas sentí que la cadena se deslizaba, por haber quedado libre del candado, de un salto me lancé por debajo de los brazos de la mujer *Godzilla*, y halé las puertas con furia, pero la cadena seguía enganchada y no hice más que una pequeña abertura entre las dos rejas, por donde no pasaría ni si quiera un ratón. “¡Qué es que se aloca!”, dijo la mujer, “¡ya voy a abrir!”; no me importó. Seguí halando de la cadena, para desenvolverla un poco más. Para mí infortunio, se apretó, pero dio un poco más de espacio para que yo pudiera meter la cabeza entre las rejas y, empujando con fuerza, pude pasarla al otro lado; sentí un dolor intenso en la frente y mi cuerpo aún seguía atrapado: “Mocoso tonto, ahora la cadena se apretó más, ¿y ahora?... ¿Cómo te saco?”, “No me saque, yo me salgo solo”, le dije pujando.



Figura 5. Libertad Efémera. Por Davinson R.

Miré que en la parte de abajo de la reja el espacio era más ancho y tiré de mi cuerpo como nunca, al punto que caí al piso lleno de tierra y piedras; supe que lo que me detenía era mi tula, pero arrastrándome pude al fin pasar al otro lado. Regresé la mirada, antes de salir como alma que lleva el diablo y tras las rejas ya había un montón considerable de estudiantes. No dudé ni por un minuto y salí corriendo con una ambivalencia de sensaciones: por un lado, estaba un sentimiento de libertad, que recorría todo mi cuerpo como si hubiera vuelto a nacer, como si esas cadenas que había atravesado hubieran sido las cadenas de toda mi vida pasada; ahora se quedaban ancladas allá, en el pasado, donde pertenecían, y yo estaba “libre”; cada paso me envolvía en una atmósfera fresca, en la que flotaba; no sentía agitación alguna. Pero, por otro lado, estaba el temor de mis hermanos, de que mi pasado me alcance y me arrebatase esa sensación. No me atreví a mirar atrás ni por un segundo.

Llegué a la avenida y tomé hacia arriba, a la derecha. Era una necesidad imperiosa que tome una dirección contraria a la que acostumbrábamos, llegando así a la antigua Panamericana. Desde ahí, y casi sin aire, tomé valor para regresar la mirada...; nadie me seguía. Bajé por la Panamericana hasta llegar al Puente del Chorizo y crucé la calle para adentrarme en el barrio San Vicente.

Como por un juego macabro del destino, del otro lado de la calle había un estudiante con la misma fisonomía que la de mi hermano Harold; me puse pálido; “¡Es imposible!”, pensé. Debía ser la alteración de mis nervios que modificaban mi vista encauzándola a lo que más temía, pero a medida que me acercaba el parecido era en gran medida equivalente. Cuando el estudiante volteó la mirada, estuve a punto de salir corriendo..., pero, no era él... Suspiré aliviado.

CAPÍTULO VI

LA PRIMERA NOCHE

Exhausto, llegué hasta una capilla que tenía un pasquín que rezaba “Parroquia Dios Padre Misericordioso”, donde me dispuse a tomar un nuevo aliento. Me senté en uno de los escalones de cemento, en la parte de afuera. La noche se alzaba sobre mí como una gran bóveda que se cierra para no abrirse hasta nueva orden, y el amarillo tenue de las lámparas de los postes le daba un aspecto tétrico al lugar.

No había pasado más de un minuto y una anciana que pasaba por ahí y que llevaba puesta una ruana azul oscura, o quizá negra envejecida, de aspecto pringoso, me miró con cara de desconfianza. Frunció las cejas de tal forma que se le formó una “V” en todas las arrugas de la frente. Se acercó a la puerta de la Parroquia, que estaba cerrada, se arrodilló, la tocó con su mano derecha y se persignó haciendo tres cruces, desde su frente hasta su pecho. Su rostro, de cara a la puerta de madera tallada, se transmutaba benevolente. Luego, juntó las dos manos y murmuraba algunas palabras ininteligibles, entrecerrando los ojos y haciendo un movimiento leve con la cabeza de adelante hacia atrás. Se levantó. Regresó por donde había llegado, no sin antes fruncir con más insistencia sus cejas y lanzarme una mirada inquisidora, de sospecha. “¡Si no me voy a robar la Parroquia ni a sus Santos!”, estuve a punto de decirle, pero solo me limité a ver cómo se perdía en la oscura calle que iba para el Este.

Se me vino a la mente qué estaría pasando con mis hermanos, ¿estarían en la salida del colegio, aun esperándome? ¿Se habrán ido? ¿Me estarían buscando? ¿Cuál sería la reacción de mis padres cuando vieran que, de tres de sus hijos, solo habían llegado dos y del otro no se sabía absolutamente nada? La respuesta se me presentaba oscura como la noche. Lo que sí me preocupaba era la posibilidad de que alguien hubiera reparado en mi escape, el lugar hacia dónde me había dirigido y, en consecuencia, me siguieran el rastro. Sin embargo, y pese a toda posibilidad desfavorable, no estaba con ánimos de continuar. Mi cansancio, en ese momento, era mayor a mis preocupaciones. No obstante, el aliciente que sentí en un primer momento al sentarme en aquella grada fue desapareciendo poco a poco, dando lugar al dolor de nalgas y al frío implacable del cemento. Era “libre”, sí, pero no sabía qué hacer con mi libertad. Además, comenzaban a aparecer nuevos enemigos, que no había considerado con seriedad en mis planes... Mi cuerpo se comenzó a enfriar con rapidez debido a la inercia de mi descanso, y “¡grrr, grrr!”, protestaba mi estómago pidiendo un poco de comida. Al instante, recordé que mi hermano Johnny me había dicho que le tuviera los doscientos pesos de su recreo para que, cuando saliéramos, compráramos bonetes en la Panadería del Belálcazar. Era una de las alternativas, cuando no jugábamos Nintendo. De esa forma, tomábamos fuerzas para subir toda la carrera 24 hasta llegar a nuestro barrio, que quedaba a medio kilómetro de la Cadena antigua. Metí mis manos en los bolsillos y ahí estaban, dos monedas de doscientos pesos, brillando con la luz de la luna llena.



Figura 6. Parroquia Dios Padre Misericordioso, barrio Panorámico. Por: Fernando R. Luna.

Al tomar las monedas, sentí una inmensa pena de mi hermano. Recordé el hambre que nos embargaba después de casi siete horas recibiendo clases y luego caminar cuarenta minutos con el ansia de poder llegar a los deliciosos bonetes...; luego, había cansancio, pero por lo menos el hambre había menguado.

No obstante, mi estómago no daba espera y sentí la necesidad de moverme, porque el frío sereno de la noche había penetrado mis ropas y me estaba congelando. Me levanté y quise saber las horas; ya había estado un considerable tiempo sentado en aquella Parroquia y supuse serían las ocho o tal vez un poco más: “en casa ya habrían superado mi ausencia y estarían degustando la cena”, pensaba con cierta ingenuidad.

Iba recorriendo media cuadra y me topé con un tipo de cabello largo, ropa oscura, un arete de cruz colgando de su oreja y barbilampiño, de unos veinte años:

—Oiga, joven, buenas noches, ¿sabe usted qué horas marcan?

—Sí... —levantó su muñeca izquierda y dejó al descubierto un vistoso reloj de color verde fosforescente—. Son las siete y... ¡quince minutos! —enfaticó.

¡Por supuesto que no le creí!

Ese tipo estaba como mínimo drogado. Además, se acercó en demasía a su vistoso reloj, lo que quería decir que tenía problemas de miopía.

—¿Sabe usted dónde hay una tienda? —le pregunté, antes de que se marchara.

—Sí, baje por esta, derecho; en la segunda cuadra doble a la izquierda, y diagonal, pasando la calle, ahí hay una.

—Muchas gracias, joven; es usted muy amable.

“Este hijueputica me quiso mamar gallo”, pensé. No podía creer que solo hubieran pasado treinta minutos desde que atravesé la puerta del colegio: ¡eso era inconcebible! Me sobé la frente, porque recordé el dolor.

Bajé calmo hasta llegar a la segunda cuadra; no había mucho movimiento de personas por aquel lugar.

—Oiga, señor —le dije a un tipo sudoroso que empujaba una bicicleta y llevaba un maletín viejo a la espalda—, ¿podría usted darme las horas?

Parecía disgustado con mi pregunta.

—Son las siete y cuarto —dijo, mientras avanzaba sin mirar atrás.

“¿O es que estos tipos se confabularon o es que en este barrio los minutos los transforman en horas?”, me dije en voz alta. “Pero, eso sí, ¡la tercera es la vencida!”.

Fui hasta la tienda...

Efectivamente, estaba allí, donde el tipo melenudo me había señalado. En el fondo, había un televisor puesto en la parte superior de una nevera y el tendero miraba emocionado un partido de fútbol, cruzado de brazos, de tal forma que quedaba de espaldas a la reja, exhibiendo el brillo, producido por la bombilla del techo, de su calva.

—Disculpe... Disculpe... ¡Oiga!

—¿Sí? —volteó rápidamente.

—¿A qué precio tiene los jugos en bolsa?

Se detuvo por algo que no comprendí y regresó la mirada al televisor. Después de unos segundos, volvió a caminar hacia mí...

—¿Dígame?

—Que ¿a cómo tiene los jugos en bolsa? —le pregunté, subiendo un poco más el tono de mi voz.

—A doscientos —contestó de forma escueta, y volvió su mirada a la televisión—. ¡Noooo, ese hijueputa se lo tiró! —vociferó, tocándose la calva con las dos manos.

—¿Qué me decía? —volvió a preguntar.

—Deme un jugo en bolsa... Y, el pan, ¿a cómo lo tiene?

—A cien.

—Me da dos.

—¿De sal o de dulce?

—De los dos.

Se fue por los productos sin perder de vista la televisión; aun así, caminaba esquivando hábilmente todo tipo de cosas; se conocía de vicio el lugar y cada que el narrador se enfervorizaba, se detenía como estatua para ver las acciones del partido. Tomó dos panes de sal con sus manos, que apenas habían palpado su brillante calva, y se dirigió suavemente hasta la nevera, donde se encontraba el televisor. La abrió, sacó el jugo y una nueva enfervorizada del narrador lo hizo quedar estático a menos de un metro de la pantalla.

—¡Vamos, hijueputa, pégaleee!

—Vea, señor, tengo afán.

—¡Ahgg! Es que esos hijueputas entumidos lo único que hacen es robarse la plata. ¡¿Cómo se va a tirar eso ahí?! —

—Claro... —dije, tratando de llamar la atención, pues el estómago me rugía considerablemente.

En ese momento, llegó una mujer por lo demás atractiva.

—Buenas noches, don Alberto, ¿cómo está?

—Hoolaaa, señorita Paula, ¿cómo me le ha ido? —respondió, con una transmutación en su rostro, que ahora parecía embobado, y soltando a su vez los panes y el jugo encima de un asiento, en el que seguramente descansaba de no hacer nada. No quise imaginar quién tanto había asentado su trasero en esa vieja silla, pues ahí ahora descansaban mis panes junto con el jugo en bolsa.

—¿Qué se le ofrece a la mujer más bella de estos lares?...

—¡Ay, don Alberto, usted siempre tan amable! —y sonrieron como dos idiotas—. Traigo una lista de cosas para que, por favor, me las tenga lo más pronto posible; es que tengo mucho frío.

—Para mí es un placer, señorita Paula. ¡Ya mismo me pongo en eso!

—¿Cuánto es? —pregunté, con el fin de que me pasara lo mío antes de que se pusiera de zalamero con aquella mujer, atractiva, sí, pero desconsiderada. Sin embargo, el tipo parecía no haberme escuchado, pues, idiotizado, corrió a recibir la lista de cosas que necesitaba la mujer que ahora había superado la atención respecto al televisor.

—La lista es larguita, ¿cierto? —dijo revisándola de arriba hacia abajo, queriendo retener su inconformidad con una sonrisa fingida.

—Sí, don Albertico, pero, eso sí, me espera hasta fin de mes, ¿nooo? Y daráme con cuentica; ya sabe, como a mí me gusta.

—No hay necesidad ni de que me lo diga, doña Paula; ahí le pongo *ñapita* y algo más... —dijo el tendero, escaneando a la mujer con una mirada mórbida y una sonrisita lela.

—¿Cuánto es?! —repetí mi pregunta, haciendo un ademán de contar mis monedas y alzando mucho más la voz.

—Me voy, don Albertico; ya vuelvo en diez minuticos.

—No tenga cuidado, Paulita; por encima de lo que sea está usted, mi vecinita.

La mujer salió del lugar moviendo exageradamente sus anchas caderas.

“A ver..., quinientos de cebolla..., dos mil de tomates..., una arroba de arroz...”, comenzó a decir entre dientes el hombre, al que ahora poco o nada le importaba que el narrador del partido se enervara y menos que yo estuviera parado con frío y hambre esperando mi luctuosa cena en la parte de afuera. En ese momento, y como caída del cielo,

llegó una mujer de unos cincuenta años, con un aspecto engorroso, y con una cara que parecía no haber sonreído en años.

—Don Alberto, regáleme dos mil de pan de sal y una bolsa de leche pequeña —dijo la mujer en un tono autoritario y frío. El tendero parecía no haberla escuchado, pues seguía agachado metiendo algunos tomates—. ¡¿Qué?!, ¿es que aquí toca gritar para que a uno le hagan caso, o son *sorecos*?!

—Ya voy, ya voy, doña Cecilia... espéreme un ratico —dijo el tendero, con cierto mal genio.

Yo solo me puse a contemplar su brillante calva, que, de alguna forma, se relacionaba con lo que yo me iba a comer.

Esperamos...

Cuando, por fin, acabó de meter en un saco todas las cosas que le había pedido la mujer atractiva, se dirigió hacia nosotros con las cejas fruncidas, las mejillas coloradas y con un poco de sudor, que caía de su frente también brillante.

—¿Qué era lo que usted necesitaba? —me dijo, sin siquiera alzar a ver a la engorrosa mujer.

—Lo que está sobre aquella silla —contesté.

—Bien. ¿Algo más?

—No, gracias.

Salí de la tienda (olvidado de preguntar las horas), y busqué un lugar donde sentarme, hasta que, por fin, encontré un lugar al que no llegaban con demasiada fuerza los vientos. El hambre me hizo olvidar la procedencia de los panes; nunca había sentido tanto placer con un pan, y el jugo me era una corriente refrescante y dulce que impulsaba el sólido a mi estómago, apagando poco a poco sus chillidos. El *monstruo* del hambre no desapareció por completo, pero estaba aplacado, al menos por un poco más de tiempo. El *monstruo* del frío era imposible de aplacar; no había nada que hacer, solo aguantarlo con forzosa indiferencia, ya que el uniforme de colegio que llevaba puesto era demasiado sencillo como para dar siquiera un poco de abrigo; mis huesos parecían estar al desnudo; los sentía como hierros que congelaban mi blandengue carne.

El sonido intenso de los carros y las motos en la avenida se fue apagando..., sentí temor de que así fuera, pues el ruido de la gente y los carros me daba la sensación de sentirme menos solo, así que, si eso desaparecía, la angustiada soledad se convertiría en otro factor que no había tenido en cuenta cuando maquiné mi huida. Para mi desgracia, eso era algo inevitable, pues en algún momento la ciudad se sumiría en un sueño profundo y el silencio

reinaría como nunca, ese tipo de silencio que se asocia fielmente a la inminente e inclemente soledad.

Ahora, mi hogar era el mundo.

Podía “ir a donde quisiera”, no había cama que tender, tampoco un orden social al que obedecer, la escuela y sus obligaciones habían quedado atrás, era dueño de mí..., pero esclavo de mi libertad. Solo tenía doce años, ¿a dónde podía ir?, ¿cómo me valdría de ahora en adelante para sobrevivir?, ¿robar, tal vez? Sí, pero cómo, dónde y a quién. Es cierto que había robado algunas cosas en el colegio, pero ahora era diferente. Pedir sería otra forma, pero me avergonzaba de solo pensarlo.

Un estado neurótico por el tiempo transcurrido se hacía presente en mí cada vez con más intensidad, pues no tenía sentido que fuera tan temprano después de tan larga espera. Caminé hasta lo que parecía ser una cancha de microfútbol y estaba vacía. Eché un vistazo a la ciudad y sus luces... Mis ojos se detuvieron en el suroccidente, allá donde se encontraba mi barrio. Me derrumbé y me senté a llorar en el frío llano.

Escuché pasos detrás de mí...

Era un hombre de aproximadamente treinta años; lucía bien, llevaba un vestido elegante y unos zapatos de cuero-charol negros, puntudos, con unos tacos que hacían un sonido seco al andar. Aquellos zapatos me recordaron los que había hecho mi padre la semana anterior, solo que, aquellos eran combinados. Precisamente, el sábado anterior mi padre me había estado enseñando cómo pegar el cerquillo a ese tipo de zapatos sin dejar una señal evidente en la suela. Se trataba de empatar la vira y cortarla de tal forma que pareciera fuera una sola. Lo había logrado, por ello se me había formado una leve sonrisa, seguida de un suspiro que me había hecho temblar el pecho.

—Disculpe, joven, ¿podría usted darme las horas?

—¿Perdón?

—Las horas... ¿Tiene horas? —pregunté nuevamente, tocándome la parte superior de la muñeca izquierda, como si le estuviera preguntando a un extranjero o a un sordo.

—Sssí... Son las siete y cuarenta y dos —dijo, en un tono de advertencia.

—Muchas gracias —dije tratando de contener los agravios que merecía el tipo, ¿o el tiempo?, o yo qué sé a quién debía agraviar.

A la pequeña cancha iba llegando una pareja de enamorados, que reían con espontaneidad. Los envidié. Era el colmo, yo sufriendo por frío, hambre, incertidumbre e inercia temporal y “estos hijueputas riendo, ¿quién tiene la desfachatez de tal cosa?, contar plata frente al pobre, eso es maquiavélico”, pensé. Más allá, en un antejardín, dos niñitos jugaban con una pelota; se veían tan endiabladamente felices, que aborrecí su indiferencia.

Pensé que lo mejor era no preguntar más por las horas y buscar un lugar en el que pudiera pasar la noche. Caminé sin rumbo fijo de una cuadra a otra, pero sin salir de aquel barrio. No lo hacía, porque, como quiera que fuera, y a pesar de lo inevitable de mi situación, me pareció un lugar “tranquilo”. A unas tres cuadras más abajo de aquella cancha había una casa con el antejardín sin reja y sus muros se levantaban a un poco más de un metro, “propicio para pasar la noche”, me dije. Además, la yerba estaba mojada y la noche serena se había visto interrumpida por vientos que habían comenzado a soplar con más fuerza. Por tanto, dormiría en el cemento, pero apegado a un rincón, donde los fríos ventarrones no terminarían de congelarme los huesos.

La casa del antejardín donde pasaría la noche tenía cortinas de color rojo intenso, con encajes brillantes; eso quería decir que lo más seguro era que estaba habitada por alguien, aunque sus luces estaban apagadas y no se sentía ruido alguno. Aun así, palpé el sitio, me recosté, poniendo mi tula como almohada; el cemento era un gran cubo de hielo, extrañé mi cama..., extrañé a mi hermano..., extrañé a mi familia.

Supuse que recostándome podría conciliar el sueño y así mitigar el tiempo y los demás males que me aquejaban, pero los botones del pantalón se comenzaron a marcar en mi piel; no encontraba la posición adecuada para descansar, tampoco el sueño se hacía presente y mi mente estaba más activa que nunca. Entonces, me levanté y me dispuse a caminar otro tanto, para calentar mis músculos.

Divagando, llegué nuevamente a la cancha de microfútbol, hasta donde había llegado un grupo de jóvenes que se disponían a jugar un partido, entre los cuales se encontraban mujeres. Esto se veía muy conveniente para pasar el rato. Me senté en la pequeña caseta del juez de mesa y posé la mirada sobre una adolescente de caderas anchas, cabello castaño recogido en una cola y de sonrisa mágica. Le aposté a que su equipo ganaría y, cuando comenzó la acción, pude ver en aquella mujer un gran talento con el balón. Lastimosamente, al final su equipo perdió. La joven, caminó refunfuñando y se acercó a mí, se sentó en el césped y su pantaloneta se subió tanto que casi podía ver su ropa interior. Quise darle ánimos y decirle lo hermosa que era, pero cuando reparó en que yo la estaba observando, se levantó y se fue para el otro lado de la cancha, abrazó a otra joven que estaba sentada en los escalones de cemento y la besó en la boca...; quedé frío; bueno, más frío de lo que ya estaba.

Los perdedores querían seguir jugando, pues buscaban la revancha, pero los ganadores alegaban que tenían que marcharse, porque ya eran las diez de la noche, “Ya es muy tarde para revanchas”. Según las cuentas, el partido había durado dos horas, que casi no las había sentido por la intensidad con que se jugaba. El hecho me había sacado de la dura realidad por la que atravesaba, al punto de que cuando todos se alistaban para irse a sus casas, yo me levanté con ese mismo ánimo, pues todavía estaba pensando en las acciones más llamativas del partido, que seguían siendo motivo de discusión al otro lado de la cancha, pero, al recoger mi tula del asiento de cemento, me transporté nuevamente a la cruda realidad: todos irían a sus casas..., menos yo.

Me di ánimo, reparando en lo fugaz de esas dos horas; además, la noche se hacía cada vez más corta, y si, en una hora más o menos, me vencía el sueño, me dormiría y despertaría al otro día casi sin haber sentido la cruda noche y con ánimos de buscarme la comida a como diera lugar. Ya encontraría la solución. Por ahora solo quedaba esperar, aguantar, dormir, mitigar.

Bajaba nuevamente a lo que reservé como mi dormitorio y en un antejardín de una de las casas se encontraba un hombre limpiando su motocicleta. Su puerta estaba abierta de par en par y desde adentro se oyó un grito; era la voz de una mujer queriendo saber las horas..., “Las diez pasaditas”, quise decirle, ya que eso era lo que había escuchado a uno de los ganadores de la contienda, que se negaron a la revancha. El hombre que limpiaba su bien alzó su muñeca izquierda y miró...; caminé más lentamente, para confirmar lo que ya sabía. “Son las nueve y treinta... No, perdón, son las nueve y veinticinco”, dijo el hombre, haciéndome casi tropezar con un poste por esa chapucería. Me detuve en seco por la cólera y me regresé con el fin de corregirlo. “Disculpe, ¿qué horas fue que dijo?”, le pregunté. “Son las nueve y veinticinco”, confirmó. “Imposible”, le dije, “si allá arriba me dijeron que eran las diez, y de eso ya pasaron algunos minutos... Más bien creo que usted quiso decir diez y veinticinco”; me miró dubitativo y se entró a la casa, haciéndome una señal de que esperara. Se oían algunas voces por allá adentro..., un par de risas..., y, luego, el hombre salió con cara burlona y dijo: “Efectivamente, son las nueve y veintiséis minutos; deberías irte a tu casa, chico”, “¿Cuál casa?, malparido”, quise decirle, por quitarle tiempo a mis esperanzas, pero callé.

El tiempo se convirtió en una gran escoba que limpiaba la noche de la vil existencia humana. Las risas y juegos de niños y jóvenes en las esquinas se diluían dejando un vacío insondable, irrecuperable, perverso. Estaba inmerso en el circular juego del Universo, que gira en torno al ruido ensordecedor del día y el silencio encubridor de la oscura noche. Un movimiento taimado, oscilante, ¡nada estático!, un movimiento que me producía terror.

Sin más, me recosté nuevamente en el antejardín que había elegido para pasar la fría noche y, paradójicamente, ya no deseaba tanto que el tiempo pasara..., ya que el espectro de la soledad se mostraba inminente frente a mis ojos: cada voz, cada paso, cada motor, cada ladrido era para mí un placebo contra el vacío interno y externo; me aferraba a aquellas cosas con recelo, pues sabía que, en el momento en que el profundo silencio se apoderara de la ciudad, entraría en un aislamiento existencial que no sería capaz de soportar.

Una vez más, no podía conciliar el sueño...

Me arrinconé lo más que pude contra el murito, para evitar la luz amarillenta del poste que me daba de frente y en especial de los vientos. Me acurruqué, metiendo mis heladas manos por entre el buzo de lana y la camisa blanca de botones, pero sin ningún resultado diferente: el frío penetraba sin remedio el tejido de lana y, luego, por la abertura que quedaba entre un botón y otro de la camisa. Eso no era todo; también se colaba por las mangas de mis pantalones; no había cosa que pudiera hacer para sentir un poco de abrigo y, para colmo de

males, comenzó a caer una llovizna, ayudada por los fuertes vientos. Y entre más me acurrucaba, mi pantalón más se alzaba, dejando al descubierto gran parte de mis pantorrillas, que ya eran dos trozos de hielo.

De repente, la lámpara del poste se apagó...

La lluvia se había intensificado un poco y me levanté para descansar del cuerpo dolorido. Efectivamente, ya no había un alma en las calles. Mi mirada se posó en la casa de enfrente, pues tenía la luz del segundo piso encendida y había movimiento; la débil cortina rosa dejaba ver ligeramente lo que sucedía tras la gran ventana sin antepecho. Deseé que fuera una linda mujer poniéndose su pijama, pero observé con más detenimiento y sí, era una mujer, pero con un niño en brazos, lo llevaba hasta lo que parecía ser su cama, acariciaba su cabello y, luego, un beso de despedida... De súbito, sufrí un *flash back* de cuando un día mi madre me había cargado en su regazo en el hospital y llorado por más de media hora. Era un sollozo de arrepentimiento, porque el médico le había informado, muy serio, que me estaba matando con los alimentos que me estaba dando y por no llevarme a tiempo al hospital, ya que padecía de Hepatitis B, y la enfermedad estaba avanzada: “Es un milagro si se salva”, dijo. Irónicamente, ese era el recuerdo que más valoraba, pues, como dije, hemos sido una familia extremadamente fría a la hora de expresar afectos.

Tomé mi tula y la acomodé para asentar mi cabeza, sacando los lapiceros, el sacapuntas y el borrador para ablandar, pues ya tenía señalizaciones en la cara. Me recosté pegando mi espalda al pequeño muro. La inercia de mi cuerpo hizo que mi sangre bajara al extremo su temperatura y lograra fundirse con el entorno; mi cuerpo era el peso de la desgracia que se apretujaba contra el suelo duro; mi cuerpo había cambiado una cárcel por otra.

La luz de la lámpara se volvió a encender.

Eso me molestó un poco, porque el cansancio ya me estaba venciendo y estaba a punto de conciliar el sueño, y esa maldita luz repentina, me hizo dar un sobresalto, que me puso alerta nuevamente. Alcé la mirada iracunda a la bombilla y alrededor de ella se reflejaba una precipitación de lluvia débil, que caía análoga al *clinamen* epicúreo. También, una serie de insectos volaban acercándose y apartándose de la luz, con movimientos desorientados...; era una completa analogía de mi situación: la luz simbolizaba mí ansiada libertad y, ahora que estaba frente a mí, volaba desorientado en torno a ella.

Voces a lo lejos...

Quise levantarme y ver quién podría ser, pero me detuve. “Algo de compañía no me vendría mal”, supuse. Sin embargo, la forma de las risas y el lenguaje utilizado no me generó mucha confianza. Cada vez las voces se sentían más cerca; evidentemente no eran jóvenes de mi edad, puesto que ya se escuchaban algunas voces maduras, de unos treinta o cuarenta años, todos varones. Mi oído se agudizó, aferrado a la posibilidad de entablar amistades nocturnas, pues no me imaginaba pasar otra larga noche en la fría soledad.

Escuchaba con atención cada palabra para saber a qué debía atenerme...

—... Vea loquito, le voy a decir cómo es que se hace la vuelta. Usted me canta el gacho desde la esquina, pero solo si viene motorizada; los sapos no importan, para eso llevo lo mío. Esa motocicleta está tirada, sólo hay que recogerla..., el dueño es un cucho que ya no sopla —dijo una voz ronca y madura.

—Yo sé, yo sé; la vuelta es breve, pero ¿con cuánto me va a llevar?; le pregunto mi socio, porque la última vez “teus” me dio en la cabeza, ¿recuerda? Acuértese..., acuértese que en ese bolso de la cucha del mercado había más *lucas* de las que usted dijo, loquito —comentó otro, en un tono de reclamo, a la vez que mostraba cierto grado de sumisión.

—¿Cómo así, mi socio?, ¿usted estará pensando que yo le di en la cabeza? Nooo, mi loquito, yo soy muy serio en esas vueltas... —se escucharon algunas risas—. Vea, vea..., escuche: para que no se me aculille, le voy a dar la mitad... ¡palabra de bandido serio!

—Mañana vemos, socio; ahora busquemos a esa gonorrea que les digo, pues desde temprano anda por estos lados.

—Sí, a ese pelado hijueputa lo vi deambular desde hace rato; como que andaba perdido —dijo un tercero, con una voz más joven que las voces de los dos anteriores.

—Donde lo encuentre a ese *malpario*, me lo como, le doy como a rata; ya hace rato que no picho —dijo otro más, que tenía un acento caucano. Los demás rieron.

En ese momento, sus sombras se reflejaron nítidas en las paredes de la casa donde me encontraba; estaban justo sobre mi cabeza. Eran cerca de cinco o seis tipos; uno de ellos tosía mucho y escupía de manera exagerada después de hacerlo. Yo sabía qué significaban esas palabras y traté de arrinconarme lo más que pude contra el pequeño muro, evitando la luz: ¡cómo deseaba que la bendita lámpara se apagara!, pero parecía brillar más, y los insectos seguían insistentes, igual que la lluvia *clínica*.

—Sííí; si usted se lo picha, yo voy segundo —dijo el de voz más ronca.

—Ese *piroboto* no debe andar lejos y estoy casi seguro que anda perdido, o volado; como quiera que sea, me voy a probar con una puñalada, a ver si mi navaja aguanta para el ruedo. Píllenla... Es esta... ¿Qué tal?, pillen cómo se mueve —y se sentían unas pisadas y movimientos bruscos, mientras las sombras y las voces se alejaban.

La lámpara volvió a apagarse.

Cuando, por fin, reinó el silencio, mi cuerpo tenso se relajó un poco. Analicé lo contradictorio de mis peticiones: primero pedía que el tiempo pasara muy deprisa, pero, cuando me estaba quedando solo, ya quería detenerlo. Luego, me sentía cómodo con el ir y venir de las personas, los carros, las motocicletas, el ruido en general y, ahora, el ruido era mi peor enemigo: cada papel que movía el viento, cada ruido provocado por una u otra

circunstancia, me ponía en alerta máxima. En un momento, antes de que aparecieran las voces, había considerado cambiarme de lado, porque mi hombro izquierdo y cadera, donde reposaba mi cuerpo, estaban muy adoloridos, pero ahora eso era imposible, ya que podrían estar muy cerca o simplemente ya me habían visto y estaban esperando a que saliera. ¿Cómo podía saberlo? Además, ¿por qué hablaron del tema precisamente cuando estaban relativamente pisándome la cabeza?

Rogué porque la lámpara no se prendiera; la oscuridad me daba cierto alivio. “Si me atrapan —pensaba—, grito con fuerza o golpeo fuerte esta puerta... Aunque en esta casa no parece haber nadie. No, no, mejor grito con fuerza, pero ¿si me amordazan y me asfixio? Creo que es mejor salir corriendo a buscar ayuda, pero ¿a quién? Además, qué tal si me va peor por otro lado. Mejor me quedo aquí, quietico, hasta que amanezca. Lo importante es no hacer ruido y mantener la vigilia”.

Voces nuevamente...

Quise saber si eran las mismas voces de hacía un momento... No había la menor duda, las tos y los escupitajos de aquel tipo eran inconfundibles. Al parecer, pasaban por la esquina de abajo. Eso quería decir que estaban haciendo ronda como mucho en dos cuadras, incluida la mía, lo cual me generó más sospecha e intriga; posiblemente tenían una noción clara de dónde debían celar.

La luz de la lámpara se volvió a prender y casi me salgo de la ropa, pues me había tomado por sorpresa.

La llovizna menguó hasta desaparecer. Los vientos soplaban con menos fuerza. El cielo tenía un aspecto estrellado y sin nubes. Aun así, el frío era cada vez más intenso y cualquier ruido, por pequeño que fuera, ya no lo justificarían ni lo opacarían los vientos y la lluvia; entonces, me encontraba en otro dilema.

Estuve por mucho tiempo en la misma posición; ya sentía calambres y hormigueo en las partes donde no llegaba la sangre. Y como las voces ya no se escucharon por un buen tiempo, quise voltearme. Pero, antes de que lo hiciera, escuché unos respiros convulsos que se acercaban..., me quedé paralizado y con una mano en el aire; cada vez se acercaba más; era un respiro realmente agitado y, cuando estaba muy cerca, estuve a punto de salir corriendo, pero no había sombras en la pared; eso me hizo esperar un poco. Una espiración más fuerte, como de achaque, y me senté como resorte con el lapicero en la mano, listo para atacar y comenzar a gritar. Sin embargo, pude ver que era un perro callejero de color café claro, achacoso, que andaba olfateando por el lugar y ahora metía su cabezota en el antejardín. Me miró con sus ojos rojos, brillantes, y comenzó a gruñir, a la vez que se preparaba para ladrar. Me quedé inmóvil, esperando a que el desgraciado perro no me delatara.

Ladró.

Cogí mi lapicero y se lo lancé a la cabeza, el perro salió corriendo del antejardín y me ladraba desde afuera; no había forma de callarlo. Por último, se cansó y se fue.

No había pasado mucho y nuevamente las voces se sintieron a lo lejos, posiblemente en la cuadra del respaldo; el eco o quizá el leve viento no me dejaba ubicar de dónde provenían, pero, además, se sentía el ladrido del perro...: estaba con ellos. Eso tenía nombre: si se les daba por pasar nuevamente por donde yo estaba, era más que seguro que el maldito perro achacoso me delataría; justo cuando pensaba que las cosas estaban tranquilas y que solamente debía soportar el frío y el hambre, aparecían de golpe el temor y la incertidumbre.

Esperaba con ansia desesperada a que amaneciera...

Se apagó la lámpara, otra vez tan repentinamente que casi grito. Esa intermitencia estaba por volverme loco.

Las voces me rodeaban en todas direcciones, hasta podía oír la tos de aquel tipo y el achaque del canino. No obstante, y después de un buen tiempo, ya no se escuchó absolutamente nada, solo el soplo de los vientos, que se volvieron a intensificar. Me volteé un poco para descansar. El hueso de mi hombro que soportaba el peso hizo un sonido grave, la cabeza me quería estallar y mi cadera y rodillas parecían haber recibido una fuerte paliza. Quise acomodarme de varias formas, pero era imposible, todo era insoportable; solo me quedó quedarme boca arriba, esperando a que amaneciera. “El día prometería mejores cosas”.

Con la convicción de que el peligro había pasado, me entró la curiosidad de levantarme y ver la tranquilidad de las calles y tal vez divisar un mejor lugar para pasar lo que faltaba de la noche, pues el viento estaba haciendo remolino dentro del antejardín. Me levanté con cuidado, aprovechando que la lámpara estaba apagada y muy temerosamente me asomé por encima del pequeño muro. Nada de lo que debiera preocuparme. Me levanté completamente y miré hacia arriba sacando la mitad del cuerpo por encima del antejardín..., todo estaba despejado. Luego, una mirada hacia abajo y, para mi sorpresa, el maldito perro estaba en la esquina, olfateando una talega de basura negra. Traía puesta una correa que tiraba de su cuello, pero no se veía quién era la persona que estaba tomando la correa, pues un poste tapaba gran parte de su cuerpo y rostro. Antes de que yo pudiera reaccionar, el animal alzó la mirada intuitiva para el lado donde yo me encontraba, con las orejas bien levantadas..., y gruñó. Rápidamente, me recosté en el suelo y esperé reacción.

Escuché la voz de un solo tipo, que parecía hablarle al animal. Pude reconocerlo, era el de la tos y los escupitajos. Sentí que se acercaban y me pegué contra la pared lo más que pude. Para mi infortunio, la lámpara se encendió cuando estaban muy cerca. Ya podía ver en las sombras de la pared al tipo, la correa y su mascota, que pasaban agitados, con una respiración ronca similar. El perro alcanzó a meter su cabezota al antejardín, pero antes de que ladrara o gruñera, su dueño lo halo fuerte, haciéndole provocar una arcada: “¡Vamos, vamos!”; lo reprendió, y siguieron su camino.

Esta vez, esperé pacientemente y con cautela...

No podía arriesgarme nuevamente. Así que me quedé inmóvil contemplando las estrellas y la luna llena que imperaba en lo alto, indiferente y fría, muy fría. La luz intermitente ya no me sobresaltaba tanto, pero sí lo hizo el canto de un gallo, que provenía de muy cerca, posiblemente de la casa vecina, lo que alteró mi corazón y engrandeció mucho más mis pupilas.

Algunas nubes esparcidas comenzaron a danzar por los cielos, que ocultaban y mostraban al astro emperador de la noche. El cielo se tornaba más claro cada vez. Ya no sentía mis manos ni mis piernas, la frialdad las había consumido por completo. Desde algún lugar comenzó a sonar una canción del grupo Mecano, *Hijo de la Luna*. No sabría decir de dónde provenía exactamente la canción, pero tenía un sonido diáfano, que me llenó de sentimiento y fuerza; endulzó mi oído y mi desgracia. La luna se fue disipando con la canción... El peligro se fue disipando con la canción... La noche se fue disipando con la canción... Las estrellas se fueron disipando con la canción... El día apareció con la canción... Los primeros rayos de sol le dieron fin a la canción...

CAPÍTULO VII

CLEPTÓMANÍA

Un par de pajarillos se posaron sobre los cables del poste que albergaba la luz intermitente que, al final, se apagó, por resultar inútil ante la luz del día. Y cantaban, silbaban, le daban la bienvenida a un sol sin fuerza aún, pero que se levantaba imperioso desplazando el reino de la fría luna.

A pesar de todo lo sufrido en la larga noche, me quedaban algunas energías para, ahora sí, buscarme el sustento..., o, como se dice por ahí, “buscarme la vida”. Me levanté del antejardín con el ánimo de quien va al encuentro de lo que tanto ha esperado y salí a la calle mirando al cielo, contemplándolo y dándole gracias por mi libertad, pues, si había sobrevivido a una noche como aquella, el día prometía ser más benevolente. Estando en esas contemplaciones, sentí un golpe seco justo en el hombro izquierdo, el que estaba dolorido, “¡Quiiitate, hijueputaaa...; ¡qué!, ¿es que no tienes ojos?!”, dijo un tipo con vestimenta de coterero y una gorra amarilla decrepita, que paró con dificultad en su vieja bicicleta unos metros más adelante. “¡Si me hacías matar, te mataba hijueputa!”, vociferó furioso, “Muerto, ¿cómo me vas a matar?”, estuve por responderle, pero no le dije nada, ni las disculpas. Después de lanzarme su mirada amenazadora, revisó de manera escueta su bicicleta y siguió su camino.

Consideré en pedir dinero o en pedir comida o, por lo menos, un pan en una de las tiendas, pero a medida que avanzaba me daba cuenta que ningún negocio había abierto aún sus puertas.

Era demasiado temprano.

Bajé hasta el barrio La Aurora y pasé de largo hasta llegar al barrio Capusigra, donde ingresé al Polideportivo con la intención de recobrar energías. Por efectos climáticos y la mecánica de mi cuerpo en movimiento, ahora me sofocaba el calor y sentí la necesidad de tomar algo líquido; tenía los labios resecos y la garganta desértica. Me recosté en el llano a meditar.

Estaba por dormirme y oí el cuchicheo de dos ancianas que se acercaban. Levanté la cabeza y efectivamente venían dos de ellas hacia donde yo me encontraba; tras de ellas fueron llegando una a una, o en pares, otras ancianas, todas con ropa deportiva. En sus manos traían grandes botellas de agua y jugos, que se veían tan provocativos que, si hubiera tenido al menos un poco de saliva, las hubiera chorreado por todo el césped. Se sentaron a unos cuantos pasos de donde estaba...; parecían ignorarme. El número de ancianas que llegó fue de unas veinticinco o treinta más o menos. También, se presentó una mujer mucho más joven, con un cuerpo descomunal, que llevaba puesto un short de licra que dejaba al descubierto sus musculosos muslos; además, llevaba una visera por donde dejaba escapar su marrón y liso

cabello formando una cola alta. “Traje mi emparedado de jamón y queso que mi esposo me prepara”, dijo una anciana, mostrándolo en una caja transparente de plástico: “Es que cuando hago ejercicio, me da mucha hambre, ¡ji!, ¡ji!, ¡ji!”.

Esto parecía una broma pesada, ¡muy pesada por parte del universo!: todas mis necesidades se habían juntado como un espejismo al que no tenía acceso, pero, pensándolo mejor, tal vez las cosas que se me presentaban como espejismos, el universo las había juntado y llevado hasta mí para saciarme, para compensar mi sufrimiento: “¿Acaso no es pura misericordia y bondad el Señor?”.

Un deseo incontrolable de ir por lo que supuse me pertenecía se apoderó de mí: “Si Dios es bondad, aquí está la prueba, me mandó todo lo que necesitaba: una hermosa mujer para contemplar y tal vez tocar, más bebida y comida”, pensé. Comenzó la música en un minicomponente de pilas con casetera; era música aeróbica. Las ancianas dejaron sus pertenencias a un palmo de donde me encontraba. Una de ellas me miró un tanto extrañada y, luego, sonriendo me pidió que, por favor, “le eche un ojito a las cosas”; le dije que no se preocupara, que yo no me movería de ahí.

A mi lado desfilaban botellas de jugo, agua y comida, mientras la mujer joven, que estaba parada frente a las ancianas, las motivaba enérgicamente, haciendo movimientos extremadamente sexis.

—Uno, dos, tres, arriba, ¡Vamos, vamos, arriba los brazos!

Las ancianas hacían lo mejor que podían...

—Bajamos... Subimos...

El calor se hacía cada vez más sofocante.

—¡No te rindas, no te rindas! Sigán levantando las rodillas. ¡Más arriba, más arriba!

Las ancianas empezaron a sudar copiosamente, lo que hizo que se sacaran algunas prendas, como chaquetas, gorras, relojes, etc. Yo mismo, sin hacer algún tipo de ejercicio, me saqué el buzo.

—¡Vamos, vamos! Dos pasos al frente... Uno hacia atrás y media vuelta...

Entre las prendas brillaba un hermoso reloj, que parecía ser de oro; su brillo, intensificado por los rayos solares, me penetró por el rabillo del ojo y llamó toda mi atención.

—¡Una vez más!, ¡pa!, ¡pa!, ¡pa! ¡Esooo!... Arriba las palmas, ¡pa!, ¡pa!, ¡pa!

Miré el reloj y miré mi necesidad; ambos concordaban, eran como la llave al cerrojo.

—Ahora un movimiento giratorio, las manos sobre la cintura... ¡No, no, no, por favor, dije sobre la cintura..., haciendo un giro de noventa grados a la izquierda!..., ¡eso!..., luego, a la derecha...

“Ya casi están cansadas, no me alcanzarían”, pensé.

—Intenten tocar las puntas de los pies, despacio..., despacio...

“Algo de beber y de comer no estaría mal”, pensé, a la vez que observaba lo más liviano.

“¡Cójanlo, cójanlo, se lleva la ropa!”, escuché que gritaban, mientras me debatía por no dejar caer todo lo que llevaba entre manos; eso sí, el reloj ya lo tenía asegurado. Las otras prendas y un par de botellas se me deslizaron en el camino; pronto me di cuenta que eso era positivo, en la medida en que retrasaba a mis perseguidoras, pues no podían dejar en el piso sus pertenencias. Al doblar la esquina del Mercado del Obrero, sentí unos pasos que se acercaban muy rápidamente. Terminé de botar lo que pensé no tenía sentido cargar y me quedé con el reloj de oro y una botella de agua. Para mi infortunio, sentí que la persona que venía tras de mí, me tomó de la tula y me haló hacia atrás de forma que caí sentado; luego, me tomó del cabello y me levantó furiosamente... Era la bella instructora. Mi cabeza le daba por los senos; los tenía tan cerca, que quise besarlos; podía sentir su agradable sudor, estuve a punto de excitarme, pero la debilidad y una gran bofetada me quitaron cada uno de mis malos pensamientos.

—¡Ahora sí te jodiste, ladronzuelo!;, ¡te vas, porque te vas a la cárcel! —dijo la bella mujer, mientras me zangoloteaba del cabello.

—Ya entregué to..., to..., todo, señorita —le repliqué, con los ojos aguados y tartamudeando por el susto—, ya no, no..., te..., te..., tengo nada de ustedes”.

—¡Zángano! ¡De aquí no te vas, hasta que verifique que todo está completo y llamen a la policía!

—Señorita —le dije suplicante y con más fluidez—, lo que pasa es que tenía mucha hambre y sed; no he comido nada desde el almuerzo del día de ayer.

Ella pareció conmovirse.

Me tomó del brazo y me condujo nuevamente hasta donde las ancianas, que ya venían a medio camino. Pude ver en sus rostros la indignación que traían. Por mi parte, me sentía más agotado y con la garganta seca.

—¿Qué les hace falta, señoritas? —preguntó la instructora, echando un vistazo a cada una de las ancianas y apretando con más fuerza mi brazo.

—Yo tengo todo —dijo una con cejas negras, bien pronunciadas, y tinturada el cabello de color marrón, tanto que, al verla, me pareció un espantapájaros —, pero allá arriba me había dejado tirando el chal, este degenerado.

—Yo todavía no encuentro mi botella de agua —dijo otra, mientras se hacía un ocho con las cosas que llevaba entre manos.

—¡Revisen bien! —dijo la joven mujer, con un acento un poco escéptico.

De una esquina aparecieron dos ancianas más, una le servía de soporte a la otra; se veían realmente furiosas. Estando muy cerca, noté en la más anciana un par de aretes brillantes, de oro. No cabía la menor duda, de que ella era la dueña del reloj que llevaba escondido en el escroto; se acercó a mi muy agitada y con su enclenque mano me tomó del cabello.

—¿Dónde está mi alhaja? —preguntó la anciana, tratando de tirar de mi cabello con fuerza.

—No sé de qué me habla, señora —le dije, intentando convencerla con una mirada inocente.

—Aquí no te vienes a hacer el loco —aseveró la otra anciana, en la que se apoyaba, a la vez que me soltaba tremenda bofetada. Sentí caliente mi mejilla.

—¿Cómo era su alhaja? —preguntó la joven mujer, mientras metía su otra mano en mi tula y hurgaba.

—Era un Omega de dieciocho quilates del setenta y ocho, que me regaló mi esposo la semana pasada —aseveró la ofendida—. ¡Me lo devuelves, porque me lo devuelves, rata inmundada! —y una bofetada más en el mismo lado, que no dolió tanto.

En esas, se acercó un tipo, de esos a los que los desvela la curiosidad y el mal ajeno, y se prestó muy comedidamente a requisarme, ya que negué con juramentos que yo no lo tenía. Rebuscó por todos lados y nada. Yo sentía el frío de las manillas del reloj en mis testículos y me incomodaba un poco, pero sabía que ahí estaba seguro, pues “nadie me metería las manos a los cojones”, pensé.

Sin embargo, todas las ancianas hacían un escáner de mi cuerpo, deteniéndose con cierto pudor en mis partes íntimas, puesto que ese era el único lugar que faltaba revisar, obviando el hecho de que el bulto era visible. El tipo lambón, o como se dice formalmente, comedido, fue hasta una tienda para llamar a la policía: “Ellos tienen el derecho a desnudarlo”, dijo, echando un vistazo rápido al bulto que se formaba en mi escroto. Una de las ancianas más activas recorría de un lado para otro el trayecto: “No sería que se le cayó por acá”, decía, pero se le prestaba muy poca atención, solo incomodaba un poco, al punto que la instructora le aseguró que ella había ido tras de mí y estaba segura de que entre las cosas que iba botando no se encontraba “ningún bendito reloj”.

“Mira —comentó la instructora—, si devuelves ahora mismo el reloj, dejo que te vayas, pero, eso sí, mañana voy hasta tu colegio e informo el hecho, porque no puedes ir haciendo estas cosas puesto el uniforme de la Institución, ¿eso es vergonzoso!”. Estas palabras me hicieron dar cuenta de algo fundamental: si llegaba la policía, que seguro tardarían “hasta que el herido muera”, me retendrían, me encontrarían la alhaja y seguramente ubicarían a mis padres para mi reclamo; posteriormente, tendría que vérmelas con los problemas en el colegio, el robo, la profe de inglés, el Coordinador... “Nooo, ni por el putas”, pensé. “Vea —

le dije a la joven dama, mirando sus senos más que a su rostro —, yo le entrego el reloj, pero a usted sola, en un lugar privado”. “Listo, trato hecho”, dijo, tratando de calmar a las ancianas, que querían seguirme pegando. El tipo lambón llegó de la tienda y dijo: “Ya vienen”.

La bella mujer me llevó una cuadra más abajo, no sin antes sugerir que nadie nos siguiera y me hizo ingresar a un antejardín enrejado, donde me pidió que, por favor, le entregara el reloj y, si lo hacía, no me entregaría a las autoridades. No rechisté, pero me apenaba meter mis manos a los testículos frente de ella. Le pedí que se volteara para poder sacar la alhaja de su escondite, dudó un poco, pero al final aceptó. Tenía un trasero demasiado sexi; se veía firme, redondo, carnosos, y me entró una obsesión terrible por tocarlo... Abrí mi bragueta para no acabarme de lastimar con el Omega y metí mi mano; sentí una leve erección, que se intensificó con el roce y con las piernas desnudas hasta más arriba de la rodilla de la esbelta mujer; hice una pausa... Ella, perdió la paciencia y volteó a ver, el Omega colgaba de mi glande... Ambos quedamos paralizados.

Le di el reloj, avergonzado, y me pidió que me fuera lo más pronto posible; de lo contrario, ella misma me entregaría a las autoridades.

Sólo tuve ánimo para correr unas dos cuerdas; luego, caminé; mi cuerpo estaba agotado. Renegué contra el Universo, contra Dios, le dije que solo quería un pan y un jugo, que eso hubiera sido suficiente, pero a cambio me maltrataba: “¿Dónde está tu infinita bondad, ¡ah!?”. Bajé por la carrera 24 y, en el camino, vi una cabina de teléfono público; un impulso mecánico me hizo meter la mano en la parte donde caen las monedas cuando la llamada es fallida. Para mi sorpresa, había dos monedas de doscientos pesos, “Un jugo y tres panes”, pensé, y así fue.

Entonces, llegué hasta el mercado de Los Dos Puentes. La gente iba y venía en sus afanes del día, solo yo parecía no tener un rumbo. El hambre y la sed nuevamente habían sido apaciguadas, pero el sofocante calor de la mañana y la mala noche hicieron que me debilitara considerablemente, de modo que busqué un lugar para recostarme. Anduve por más de media hora, hasta que la soledad y la aparente tranquilidad de la loma de El Centenario, se mostró frente a mí como un gran colchón verde. Me adentré lo más que pude, me recosté bajo un árbol y me quedé dormido.



Figura 7. Polideportivo Capusigra. Por: Fernando R. Luna.

CAPÍTULO VIII

POST MORTEM

Era un día caluroso, brillante en todos sus aspectos. Me rodeaba de mis dos hermanos; mi padre, mi madre y dos primos más me acompañaban, ambos de edades muy tempranas; si no me equivoco, el uno tenía tres años como mucho, y la menor de tan solo unos dos años. Jugaban muy alegres y sin prevenirse, en la azotea de nuestra casa. Yo cuidaba de ellos mientras mis hermanos pintaban algunas paredes curiosamente formadas; se trataba, más bien de unos muros, a los que no se les podía conceder ningún beneficio, pero que ahí estaban; uno era pintado, por mi hermano Johnny, de color azul cielo, y el otro por mi hermano Harold, que le ponía un tinte de rojo escarlata. Mi padre ahora cargaba a la niña en sus brazos, y la invitaba, desde esa altura, a ver el paisaje. De un momento a otro me dio por bajar a la primera planta y, para mi sorpresa, aparecí dentro de una iglesia de estilo barroco, con desesperadas ansias de defecar —ansias que no pongo como causa de mi descenso, porque fueron momentáneas. Una joven pasaba por entre las banquetas y un tanto apenado le pregunté si sabía dónde había un baño; ella, que se mostró muy amable, me mostró con su índice derecho el fin de un pasillo; no lo dudé y corrí hasta el lugar. Mis piernas parecían muy cansadas. Cuando al fin llegué, había una pequeña puerta de madera y la abrí...; ahí estaba el sanitario, en un cuarto muy reducido y estrecho, similar a un confesionario; entré y me senté, dispuesto.

Mientras hacía mis necesidades, miré por una pequeña ventanilla que estaba a mi lado izquierdo, y me llevé una gran sorpresa al ver que estaba precisamente sobre el altar de la iglesia, y la pequeña ventana por la cual miraba ahora se había convertido en una tan grande como para aparecerme de cuerpo entero. No siendo poco, una joven —creo que la misma que me había mostrado el baño—, pasó frente a mí y me dejó tirando unos pedazos de papel higiénico; otra joven más se acercaba a conversarme; estaba realmente apenado, pero no tuve más remedio que seguir en mis necesidades y entablar conversa. No sé por qué, pero se me vino a la cabeza comentarle que había tenido el presentimiento de que un demonio de sombrero de ala ancha y gabán hasta los tobillos me perseguía en mis sueños, y, mientras me aseaba el culo, me dijo que ella misma tenía la solución. En ese momento llegó un padre, con su sotana negra, calvo y de anteojos, que nos interrumpió e hizo un par de sugerencias. La que más recuerdo es aquella de que debía tener prendidas las dos luces que estaban en la parte superior y exterior del supuesto confesionario que, en el momento, hacía de baño; prendió la bombilla y luego se marchó.

Me invadió la curiosidad por saber cómo aquella muchacha curaría mi mal onírico, así que levanté mis pantalones y nuevamente le pregunté para que me dijera cómo sería posible obtener sus servicios. Bajamos del altar y me condujo por un lado de las bancas hasta llegar a otro fondo de la iglesia, mientras me contaba los casos que había exorcizado y los buenos resultados que había obtenido...; ella poseía ese don, pero me extrañó su reacción cuando le dije que, una vez que entré a aquel baño, supe definitivamente que estaba poseído...; al

instante, puso una cara de pavor y dijo que esperaba que no hubiese sido ahí, en la iglesia, porque ella se quedaba gran parte del tiempo sola, limpiando los santos y las bancas.

Estando ya en el fondo, hizo que me parara frente a una especie de cueva, donde comenzó a llegar mucha más gente para ser exorcizada. Ella les pedía muy seriamente que esperaran un momento. De cara al altar, me pidió que abriera los brazos a la altura de los hombros. Lo hice. Ella cerró los ojos y comenzó a decir palabras en un lenguaje ininteligible; entonces, sentí como mi cuerpo se estremecía por una corriente que lo inhibía de tal forma que estuve a punto de perder la conciencia y un gran soplo de la mujer hizo que cayera dentro de la cueva, que se cerró instantáneamente, dejándome sin salida. Estaba completamente preso y me estaba sofocando...

Desperté. Estaba bronco-aspirándome con mi propia saliva.

El sol de mediodía superaba la sombra del árbol y me había quemado gran parte de la cara y todo el lado del brazo izquierdo. Me ardían. Me levanté y sentí la urgente necesidad de defecar.

Al pie de la loma donde me encontraba, se extendía toda la Comuna Once; era un panorama abierto; fácilmente alguien podría estar observándome. Bordeé la montaña buscando total privacidad, hasta llegar al respaldo de la entonces Fábrica de Bavaria, donde había mucha más concentración de árboles. Me senté justo en la base del árbol más amplio y me sostuve de su enorme tallo mientras le dejaba un poco de abono; miré su tronco de gran circunferencia y medité sobre cuánto tiempo llevaría aquel árbol en ese lugar: “¿un siglo, quizá?”, supuse, pero no sabía en realidad cuántos años tenía un siglo. Me reí.

La sonrisa se me desdibujó del rostro cuando caí en cuenta de que por esos lares no había papel higiénico... A modo de panóptico revise a mi alrededor si había algo que me ayudara para finalizar el proceso. Nada. Solo una bolsa de leche plástica mugrienta. No me quedó más remedio que sacar de mi tula un cuaderno, “el de inglés”, pensé. Arranqué un par de hojas, en las que tenía una calificación insuficiente con rojo. Dolió... Dolió otra vez, dolió más que la calificación, y tal vez más que la citación del Coordinador, pero estaba ligeramente limpio: “De algo debe servir la materia”, dije, haciendo muecas.

Me levanté y lo primero que se me vino a la cabeza era cómo iba a conseguir la comida, ya que, viéndolo bien, aquella loma podría convertirse ahora en mi hogar. Hasta pensé en hacerme una pequeña choza. Bajé por un estrecho sendero que parecía poco transitado hasta donde ya se podía escuchar la corriente del río, cuando, por el rabillo del ojo, miré una silueta de colores encendidos...; regresé mi cabeza como tirada por un resorte y, efectivamente, detrás de un árbol se movía en un vaivén una mochila de color verde fosforescente, combinada con tomate y negro. Me acerqué un poco más y de detrás del árbol también sobresalía un par de zapatos, que parecían moverse al son de los leves vientos. Luego, una pierna, y otra más; me horroricé al ver a un joven de aproximadamente mi edad, que estaba colgando de una de las ramas del árbol de eucalipto, con una sogá ajustando su cuello.

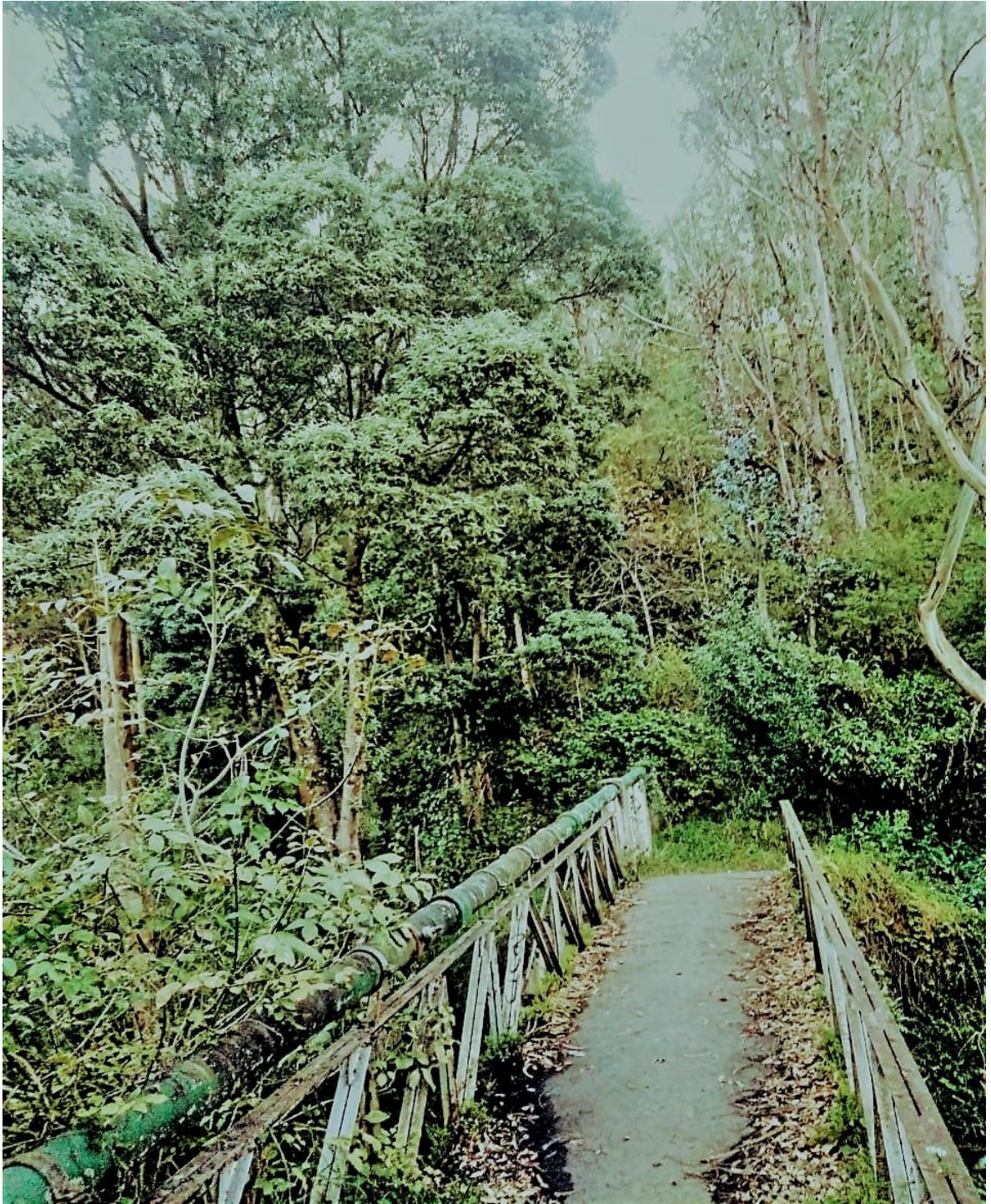


Figura 8. Entrada a la “Loma del Ahorcado. Por: Fernando R. Luna.

Me paralicé totalmente...

Cuando por fin pude reaccionar, quise salir corriendo, pero solo alcancé a dar unos cuantos pasos y se apoderó de mí un sentimiento de lástima por aquel muchacho. No podía, aunque quisiera, dejarlo ahí y hacer como si nada, puesto que había la posibilidad de que aún estuviera vivo. También, pensé ligeramente en sus pertenencias.

El cuerpo ya inerte iba, venía y giraba. También, como yo, llevaba su uniforme de colegio, con el buzo amarrado en la cintura, seguramente por el sofocante calor de aquella mañana... Su lengua pedía salir más de lo normal, como queriendo escapar de la represión a la que había sido sometida, y su piel blanca se tornaba entre colorada y morada. Un rastro blancuzco, que bajaba de la parte superior de su cabeza hasta más abajo de la sien, daba la impresión de ser el sudor seco de su última lucha. Sus ojos, dilatados, apuntaban insistentemente al cielo y, en una de sus manos, apretaba una hoja de papel, que me generó una enferma curiosidad.

Aterrorizado, apenado, desconcertado, pero con la curiosidad a flor de piel por aquella hoja estrujada en su mano derecha, decidí dar rienda suelta a mis impulsos de huroneo y tocar la mano del difunto. A pesar del calor, su mano se tornaba un tanto fría, pero no tan rígida como la de mi abuelo después de cinco horas de muerto: “¿Por qué mi abuelo está tan tieso y frío?”, le pregunté aquel día al tanatoestético, mientras él succionaba el agua y la sangre del cuerpo inerte... “*Rigor mortis*”, se limitó a decir. Viéndolo bien, aquel muchacho no tenía aquel rigor mortis; supuse que su muerte —si es que ya estaba muerto—, había ocurrido hacía una hora o dos como mucho. Abrí su mano, con la mirada puesta en sus ojos, que penetraban el cielo despejado y radiante, y tomé la nota; el cuerpo se ladeó levemente de un lado para otro... La abrí y comencé a leer:

Mamá yo sé que no fui el mejor hijo y que posiblemente mi papá se fue por mi culpa porque yo no pude ser un buen hijo pero los quiero mucho y no quisiera darles más problemas

En el colegio tengo problemas con los compañeros y los profesores siento que me hacen la guerra porque siempre estoy triste por que llego a casa y papá no está y por ello no puedo concentrarme en las clases ni en mis tareas además el profesor de ciencias y la profesora de matemáticas me dijeron que ya tenía perdido el año y para no causarles más penas me voy para no volver nunca

Espero que cuides mucho a mi hermanita Sofía dile que la quiero mucho que cuando este partiendo a otro mundo recordare su tierna sonrisa para guardarla en mi memoria para siempre y que si ya no puedo jugar con ella al escondite cada sábado en la noche no es porque no la quiera sino porque la muerte me impide volver a ver esa carita feliz cuando me encontraba

Yo te quiero mamá pero no pude demostrártelo espero tú y mi hermanita me perdonen por dejarlas pero ya no aguanto mas no quiero estudiar odio estudiar los profesores son

malvados indolentes sólo mandan y exigen nunca me entienden y tu mamá has colaborado con esas cosas porque tampoco me entiendes me siento ajeno en este mundo...

No quise seguir leyendo, pues mi condición no era muy ajena a la de aquel muchacho que se bamboleaba de la rama de eucalipto. Yo vivo y él muerto. Él sus razones y yo las mías, pero en una situación análoga: en esa montaña éramos dos efectos que se echaban las culpas de lo que la sociedad era culpable, era la causa.

Alcé la mirada y mis ojos se clavaron en su mochila; era similar a la de mi hermano Harold. La congoja, el pavor, la incertidumbre, el desconuelo, todo sentimiento negativo me invadía. Temía terminar de esa manera, pero, a la vez, sentí gran respeto y admiración por aquel muchacho que se había liberado de este mundo, de este sol, de este frío, de esta hambre, de esta necesidad, de todo lo efímero de la condición humana; ahí estaba, frente a mí, la última de las soluciones, la última vía de escape.

La ciudad era cada vez más indiferente y frenética, como suele suceder al mediodía; mi estómago era un festín de borborismos... Le eché el último vistazo al finado y acuclillándome le pedí perdón por haber tocado su cuerpo y por haber leído su carta, ya que me pareció algo profano, de muy mala educación; nadie tendría el derecho de curiosear de esa manera a un muerto: “uno debe respetar cada cosa que se identifique con él”; me sentía culpable también por ello; solo yo había sido capaz de tal cosa.

Sentí unos pasos justo detrás de mí.

—¿Qué, socio?, ¿cómo vamos? —preguntó un tipo poco aseado y de unos treinta y cinco años. Tenía una barba abundante y tatuajes garabateados en sus brazos, que estaban extremadamente bronceados y con algunas cicatrices.

—Bien —dije, en actitud de sospecha.

—Ya lo raqueteó, loquito, ¿o no? —preguntó, acercándose al muerto y metiendo sus manos a los cuatro bolsillos del pantalón.

—No —contesté, admirado por la tranquilidad de aquel tipo para con el muerto.

—Me extraña, socio; el muñeco tirado y usted no le hace ni cosquillas —dijo, mientras le sacaba la mochila y luego el pantalón—; vamos a medias lo que encuentre, pero por lo menos colabore con sacarle los zapatos.

No supe qué hacer.

—¡Hágale, paisano!, ¿o qué?, ¿quiere que le haga yo solo el trabajo?! —dijo, lanzándome una mirada seria.

—Yo busco en la mochila —dije.

—Dale, pero en la juega, donde me faltoneé, ¿no, pirobito?

Tomé la mochila y había tres cuadernos, un lápiz, dos lapiceros y un borrador; nada más. Alcé la mirada y el tipo ya tenía semidesnudo al finado.

—¡Esta gonorrea no tiene un culo! —dijo, tirando con furia la nota que apuñaba en la mano el muerto—. Nos tocará vender ese uniforme, los zapatos y la mochila; lo que nos den lo repartimos en partes iguales, ¿sí o no?

No contesté.

Metió todo en la mochila y se la cargó. El finado seguía en su vaivén, pero ahora en ropa interior.

—¿Pa' dónde vamos? —le pregunté.

—Acá por La Carolina hay una vieja que me compra todo; es baratera, pero no hay de otra..., estoy que me fumo.

No me quedó más que seguirlo, algo de dinero no vendría mal para calmar el hambre. Me sentí mal por el muerto y el tipo pareció notarlo.

—Tranquilo, loco, ¡relájese!; los gallinazos también viven del muerto y no por ello dejan de ser criaturas del Señor —dijo, en un tono pomposo.

—Y, usted, ¿de dónde es? —dije, tratando de generar un ambiente amistoso.

—Eso no se dice —contestó cortante.

Algo en su comportamiento me daba sospecha, pues, mientras caminábamos hacia el Acueducto antiguo, miraba para todos lados vigilante y luego me escaneaba con la mirada.

—¿Y usted qué socio?, ¿estará volado del rancho? —preguntó.

—Ssssí —contesté.

—¿Y qué lleva en la tula?

—Solo cuadernos.

—¡Sácatela!

—¿Qué?

—¡La tula..., y el buzo también! —dijo, soltando la mochila del finado y tomándome del buzo a la altura del pecho con una de sus manos y amenazándome con un puñal, que había sacado de uno de los bolsillos traseros de su pantalón con la otra.

“Es la venganza del muerto”, pensé.

No obstante, frente a la amenaza del puñal cerca de mi cuello, no tuve más remedio que entregarle lo que me pedía. También, me pidió los zapatos y la camisa. Sin embargo, no estaba dispuesto a quedarme sin nada, pues no viviría una noche más en esas condiciones. El hecho de quedar semidesnudo me daba más pavor que la venganza del muerto, el hombre de olor fétido y su puñal. Me agaché para simular sacarme los zapatos y mientras el tipo se ocupaba de meter mi buzo y la tula en la mochila del finado, comencé a correr con todas las fuerzas que me quedaban, en dirección al río. El tipo me siguió y, para mi mala fortuna, pisé mal y me fui de cara contra el pasto; el hombre me alcanzó y me golpeó con la mochila en la cabeza. Por poco y me desmayo, pero reaccioné rápido y en un movimiento ágil escapé de las manos del hombre, que me alcanzó con un manotazo en la nuca que casi me desestabiliza, pero afortunadamente se le rebotó todo lo que traía en el bolso del difunto. Al sujeto no le quedó más que lanzar todo tipo de insultos y amenazas mientras recogía el botín esparcido en el suelo.

Supe de inmediato que ya no podría volver por aquel lugar ni de día ni de noche. Tendría que buscar otro refugio más seguro para “vivir”.

CAPÍTULO IX

ÁNGEL CUSTODIO

Pasé la quebrada y desde el otro lado pude ver al tipo lavándose la cabeza en el Acueducto; acto seguido, se secaba con mi buzo; lo tiró al agua que corría por el canal y se hundió hasta perderse... Me sentí indignado, “¡Hijueputa, bobo de mierda!, ¡como te vea, te voy a mandar a matar!, le grité en medio de mi impotencia. Él, solo alzó la mirada, pero sin darle importancia, y volvió a lo suyo.

Los nervios que traía por esta situación se fueron convirtiendo en coraje, en rabia; quería matar, o matarme...

La libertad de la calle se me presentaba en un aspecto muy contrario al que había pensado; mi falta de pericia y los malos cálculos me habían llevado a cargar con una vida decrepita en menos de lo que canta un gallo; ya era medio día y ni siquiera tenía para comprar un miserable pan; por el contrario, cada vez tenía menos: “Si sigo así, me van a dejar desnudo, posiblemente seré violado y moriré de frío y hambre”, pensé.

Contra todo pronóstico, me bajé decidido por la calle de El Ancianato, hasta llegar al Barrio La Carolina. En la base de un poste había una botella de cerveza de vidrio; la tomé y la partí para sacar un cogote; estaba decidido a todo; esta era la inevitable consecuencia, si quería sobrevivir en la calle. Más abajo, en el Colegio Militar Colombia, se encontraba un conglomerado de estudiantes que terminaban su jornada de la mañana. Uno de ellos, muy joven, al verme con el cogote en la mano, se mostró temeroso: “A ver, sapo hijueputa: me das todo lo que llevas en los bolsillos o te mato”, le dije con decisión. El pobre muchacho, con los ojos aguados y temblando, no tuvo más remedio que entregarme todas las monedas que llevaba en los bolsillos. Ninguno de los que lo acompañaban abogó por él. Seguí bajando y quitando algunos relojes y monedas, al punto que, cuando llegué a la parte frontal de la Fábrica de Bavaria, tenía los bolsillos llenos de monedas y en las muñecas cuatro relojes: “Solo ha sido falta de decisión”, pensé, mientras contaba las monedas ante los ojos de la última víctima.

En el momento en que estaba acomodándome los relojes en el escroto, sentí unos pasos que venían corriendo. Eran dos estudiantes de unos dieciséis años de edad. Me pidieron que, por favor, les devolviera el botín obtenido en los asaltos: “¡Ni por el putas!”, les dije; “¡Váyanse! antes de que los robe a ustedes también y les meta de a cogotazo en la frente, ¡gonorreas!”, y seguí mi camino. Ellos, al ver mi decidido comportamiento, no tuvieron más remedio que irse. A media cuadra de llegar al Hospital Departamental, dos motorizados me alcanzaron, cerrándome el camino por detrás y por delante.

—¿Qué pasa mi agente? —dije, simulando estar confundido.

—¡Contra la pared, rata! —dijo uno de ellos, el más alto y moreno.

—Yo no hice nada...

—¡Me importa un reverendo culo!, ¡abre esas patas! —dijo el más enano y blanco como la leche, propinándome dos patadas en la parte interior de cada una de las pantorrillas.

—¿Y ese cogote? —preguntó el moreno.

—Es que por allá arriba venía un vicioso atracando a los jóvenes y yo partí una botella para defenderme.

—¡Ese vicioso *sos vos*, hijueputa!, no te hagas.

—Mi agente, yo soy estudiante.

—Y ese poco de monedas, ¿qué? ¿Y qué tienes en las güevas?, ¿estás excitado de verme o es que te encaletaste algo más ahí?

Me hicieron sacar los pantalones a punta de *bolillazos*, para sacar con cierta repulsión los cuatro relojes de mi escroto. Vaciaron mis bolsillos, sin siquiera dejar una mota de polvo. En menos de lo que pensaba, fue llegando una buena cantidad de estudiantes para reclamar sus pertenencias, algunos con justa razón, pero otros, o bien inventaban una cantidad de objetos que desconocía, o bien ni siquiera los había visto. Uno llegó a decir incluso que yo le había quitado la correa nueva de su pantalón y un saldo de doscientos mil pesos, que debía de su matrícula. Por supuesto, y tras lo encontrado, los policías dudaron de esas afirmaciones.

—Yo les pido que se calmen —dijo el policía de color, al ver que ahora todos querían atacarme, aprovechándose del momento—. Por ahora no podemos hacer nada, porque no tenemos el derecho de nuestras funciones; apenas veníamos bajando a cubrir turno.

—¿Qué hacemos? —preguntó su enano y lechoso compañero.

—Fácil, lo llevamos hasta ese colegio y que devuelva a cada uno lo suyo. Luego, lo tiramos en medio de todos, para que le den su paliza, y nosotros nos retiramos al Comando sin novedad.

—Sí, ¡que le den duro a esta rata! —dijo el enano policía que me tenía cogido y olía a perfume barato—. Es la mejor opción, porque sería una vergüenza hacer un reporte de estos; ¡te imaginas!, un enclenque como este le robó a más de una docena de estudiantes del Militar Colombia, en su mayoría de más edad que él mismo, ¡ja, ja, ja!

—Es que estaba armado —dijo un estudiante, que había sido de las primeras víctimas. Lo reconocí, porque cuando me le acerqué con el cogote comenzó a lloriquear por su vida, mientras me decía que me daría cualquier cosa: “Por ahora el reloj y lo que tengas en plata”, le había dicho, y así fue.

En un movimiento rápido, el agente enano de tez blanca introdujo algunas monedas del botín recuperado en su bolsillo y pidió a su compañero que me llevara en su motocicleta, para él ir en la escolta hasta la Institución. Su compañero asintió con la cabeza.

Me subí cómodamente en la parte de atrás de la motocicleta del agente mulato y, tras ver que puse los pies sobre los estribos, me los pateó con los talones de sus botas, diciéndome que debía llevar los pies en el aire, que ninguna bazofia pisaría los estribos de su motocicleta. Mientras avanzábamos, unos estudiantes me miraban con odio, otros con admiración y hasta podía intuir en otros su miedo. Supe inmediatamente de qué iba la cosa, solo que debía ser más astuto; mi inexperiencia en la calle me trataba como a rata en balde. Pero eso iba a cambiar. En el camino, recordé las palabras del tío Servio cuando había dicho que “Un bandido debe ser inteligente y tener en cuenta todas las posibilidades antes de un gran asalto y, en esa medida, estar preparado. Una vez se está en el acto, ya no hay nada qué pensar; mucho análisis causará parálisis y las cosas podrían salir mal”.

A pesar de las circunstancias, sonreí.

“Llegamos” dijo el agente que me llevaba. Por los alrededores de la entrada todavía había movimiento de algunos estudiantes que, con curiosidad, nos miraban. En la puerta grande estaba un tipo canoso, medio calvo y alto, con las manos puestas en los hombros de un estudiante, que parecía estar llorando: “Este chico dice que le quitaron el reloj y que, si no llega con él a casa, sus padres lo castigarán severamente”. No me acordaba de aquel muchacho, pero sentí lástima por él, aunque solo era cuestión de segundos para que recuperara su preciado reloj, pues ya había entregado todo a los agentes, y ellos, muy fieles a su ética, afirmaron que devolverían cada cosa a sus dueños.

—¿De qué color es tu reloj? —preguntó el agente blanco, ya que en él descansaba todo el botín.

—Era rojo con negro y tenía dibujada una telaraña en el fondo de la pantalla —dijo el muchacho, con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Lo lamento, chico —dijo el oficial, sin siquiera revisar el bolsillo donde los llevaba—, a mí esta rata solo me entregó unas pocas monedas; el resto lo ha deber encajetado en alguna parte.

Quedé atónito ante esa afirmación.

No sabía qué decir, ya que los pocos que tal vez habían alcanzado a ver a los agentes guardando las pertenencias, vendrían si acaso por el puente de La Carolina y, por lo tanto, carente de testigos, presentí que me metería en más problemas si objetaba esa absurda afirmación. Así que decidí callarme, hasta que los testigos llegaran.

—Es mejor que pongan la denuncia, para hacer el proceso correspondiente; por ahora nos lo llevaremos a la Policía de Infancia y Adolescencia; allá podrán hacer los trámites necesarios...; eso queda en la Calle 20 con Carrera 27, esquina. Ahí mismo queda el

Comando, y allá será llevado también este infame —afirmó el agente de color, golpeándome con la mano abierta en la nuca, como en advertencia de que me mantuviera en silencio.

—¿Y las cosas de los muchachos? —preguntó el hombre canoso, mientras apuntaba al joven, que volvía a derramar lágrimas de preocupación.

—Tranquilo, tranquilo, no se preocupe —contestó el enano oficial, que ya prendía rápidamente su motocicleta antes de que llegara el resto de testigos—, a esta rata le sacamos, porque le sacamos, lo que se ha robado; simplemente, no olviden poner la denuncia; el resto va por nuestra cuenta y lo poco que nos ha entregado lo vamos a dejar como evidencia en el Comando.

—Muchas gracias, oficiales; son ustedes de mucha ayuda, ¡que Dios les bendiga! —dijo el canoso.

—De nada, estamos para servir a la patria, señor Rector —dijo el oficial mulato, que ya arrancaba también su motocicleta y se apuraba a alcanzar a su compañero, que ya había atravesado la puerta principal.

Cuando salimos del establecimiento, a una media cuadra, iban llegando los demás ofendidos y testigos, pero ya era demasiado tarde.

El *walkie-talkie* del oficial que me llevaba en su motocicleta comenzó a sonar...

Paramos.

—Sí..., sí, ¿me copia, Comandante?... Lo que pasa es que tuvimos un contratiempo, mi Comandante; se nos presentó un 10-14 en el barrio La Carolina, y bajo presión de la comunidad tuvimos que atender el caso de urgencia, mi Comandante... Sí..., sí, mi Comandante; el detenido va con nosotros, con Morales y mi persona... Listo, mi Comandante... No, sin evidencia... Por el Hospital Departamental... Ah, listo, mi Comandante; aquí en el Hospital esperamos... Cambio.

—¿Qué pasó? —preguntó el oficial enano, al ver la cara de preocupación de su compañero.

—Que al hijueputa Comandante se le dio por pedir que esperemos en el lugar de los hechos y que ya mandaba una patrulla de menores para conducir al sospechoso, hacer un informe y la respectiva denuncia, tanto de las víctimas como de los oficiales.

—¡Coma mierda! ¿Y ahora qué?

—Primero, veamos cuánto hay...

—Tengo cuatro relojes; uno es chichipato; ese metámoselo al pelao, y en monedas tengo..., unos... treinta mil pesos —dijo el enano policía, mientras contaba a vuelo de pájaro.

—¡Hágale, partamos eso antes de que llegue la patrulla!

—¿Y éste qué? —me apuntó con su bolillo.

—A este lo matamos, si dice algo —dijo el agente mulato, sacando rápidamente su revólver y poniéndomelo en la cabeza.

—Donde digas algo, yo mismo te busco y te voy a matar, a dónde estés ¿no, hijueputica? —dijo el otro agente acercándose a mí con mirada intimidante.

—No diré nada —dije atemorizado.

Me pusieron uno de los relojes en el bolsillo, repartieron las monedas y los relojes, pero, como quedaban tres relojes, tomaron uno y uno, y no sabían qué hacer con el sobrante. En últimas, decidieron quitarme el que tenía en el bolsillo y darlo al que tenía el reloj de mejor calidad y estética, en este caso quedó en manos del Oficial mulato. Y respecto a las denuncias, en el informe quedaría el reporte de que “algunos estudiantes aprovecharon el momento para pedir cosas que realmente no se habían perdido, y las monedas hurtadas a un par de estudiantes, el delincuente las había lanzado del puente de La Carolina al Río Pasto, según las palabras de un transeúnte que había servido como testigo del hecho, que había ocurrido momentos antes de que los oficiales Morales y Preciado interceptaran al sospechoso, y si había otro bien hurtado, era cosa que queda en desconocimiento”.

Llegó la patrulla.

Me esposaron con las manos a la espalda y me subieron a la parte trasera. Me dieron un empujón tal, que caí de cara dentro de la cabina.

—Y esta ratica ¿qué? —dijo uno de los patrulleros, mientras trataba de cerrar la puerta trasera de la patrulla.

—Es solo un pedazo de mierda que, según dicen, asaltó a unos estudiantes del Militar Colombia con un cogote de botella de vidrio —contestó el Oficial mulato.

—¿Se le encontraron pertenencias?

—Nada... ni un peso. Según un testigo...

No pude escuchar más, porque la puerta la cerró el Oficial enano.

Me senté en el suelo frío de la patrulla a esperar con impaciencia; solo le pedía al cielo, a Dios o a quien carajos tocara, para que donde me llevaran hubiera comida y colchón. ¡Ya no aguantaba más!

Arrancó la patrulla...

Entre la parte del conductor y su copiloto y la parte trasera de la patrulla había una división en malla metálica, por donde se filtraba todo lo que los patrulleros decían; puse oído atento para saber qué era lo que me esperaba... El oficial que conducía comentaba que el sábado

último había salido con una muchacha muy joven, de unos quince o dieciséis años más o menos, pero que estaba “Buenísima”. Decía que se le había cumplido el “milagrito”: en un mismo día, las tres “erres”: restaurante, rumba y residencia.

—¿Y cómo le hiciste? —preguntó su compañero, que se estaba emocionando con el relato, lo mismo que yo también lo estaba.

—Fácil... La calenté con unas *politas*; luego, como a lasss... ¿doce?, sí, a las doce, le metí roncito, y usted sabe que una mujer borracha saca lo que en sana y buena se traga.

—¡Ja, ja, ja!, este marica sí es malo... —decía el otro, mientras frotaba maliciosamente sus manos, esperando a que el relato siguiera su marcha—. Ajá... ¿Y qué paso después?

—No, pues, esa hijueputa había sido una *demonia* en la cama.

La patrulla se detuvo de repente y, como yo estaba muy cerca de la malla para poder escuchar mejor el relato, me golpeé contra ella y reboté hacia atrás, para caer acostado de espaldas..., las esposas hicieron que me quejara. Me levanté con dificultad y miré por la ventana trasera; estábamos en un “Pare” del Parque Nariño.

—¿Cómo así que *demonia*?

—¡Siii!, esa vieja me pidió hasta lo que no te imaginas.

—¡Contá, hombre!, ¿qué te pidió?

—Pero espérate, hay otra cosa que vos no sabes.

—¿Qué?

—Esa pelada es la sobrina de mi mujer.

—Noooo, ¡¿en serio?!

—Es que esa peladita estaba de coqueta conmigo desde la otra vez que fuimos a un paseo familiar a las aguas termales.

—¡Ja, ja, ja!, vos si *sos* una gonorra; hola, pero *contá* qué te pidió en el Motel.

—Esa hijueputa me pidió... Llegamos, marica. Espérate, ahora te cuento; bajemos a la ratica de allá atrás.

Frente a la patrulla se abrieron dos compuertas grandes de hierro de color blanco. Dos Oficiales custodiaban la entrada con sus armas visibles. En el interior había un patio, donde parqueó la patrulla al lado de otras patrullas. El lugar se veía limpio; sin embargo, no había ningún civil; todas las personas, fueran mujeres u hombres, estaban vestidos de verde, todos uniformados. Me llevaron con las esposas puestas hasta a una de las oficinas que daba al

patio y había alrededor de cinco policías adentro, incluida una mujer, que estaba en su escritorio frente a una computadora.

—De qué alcantarilla sacaron esta rata —dijo la Oficial en un tono burlón, que dejaba ambiguo su comentario de si era pregunta o afirmación.

—Lo cogieron asaltando a los estudiantes del Militar Colombia; según el patrullero Preciado, quitó algunas monedas y tal vez algo más, pero antes de ser capturado lanzó todo al Río de La Carolina —dijo el patrullero que iba al volante, el mismo que se había *papiado* a la sobrina de su mujer y no había alcanzado a contar lo que le había pedido en la cama, dejándonos a mí y a su compañero con esa incógnita.

—A ver, hijueputica, *sentate* ahí y dame todos tus datos —me dijo la joven Oficial, que se veía poco atractiva con ese uniforme y esa gorra—, nombre completo y dirección.

—Luis.

—Luis ¿qué?

—Luis Alberto.

—¡Idiota, todo el nombre!

—Posada.

—¿Como el cantante? —preguntó uno de los Oficiales, que estaba sentado sobre un escritorio frente a mí.

—¡¿Me estas tomando el pelo, rata inmunda?! —preguntó la mujer, que se estaba poniendo colorada de coraje.

—Sí, como el cantante —dije esbozando una leve sonrisa al Oficial del escritorio.

—¡Ve, hijueputa escoria, te voy a dar un tiro por hacerte el bobo! —dijo la Oficial, poniéndome la boca de su revólver en la cabeza, a la altura de la sien— ¿Ese es tu nombre?

—Sí, señorita... Y mi dirección es la calle, porque no tengo casa.

—¡Ya! ¡Te creí, hijueputa! A mí no me coges de boba. Cárgame esta pistola, Gutiérrez; peguémosle par de tiros en la cabeza y para el basurero.

El Oficial del escritorio se levantó y sacó tres balas de una cajita negra con letras doradas y se las puso al tambor del revólver, lo hizo girar y me apuntó a la cabeza. Extrañamente, no sentí ningún tipo de temor; entendía que sus comportamientos provenían de la impotencia por no lograr hacer que sintiera miedo. El Oficial, al ver que ni me inmuté, me lanzó una patada en la pantorrilla; el dolor por el golpe fue considerable, pero hice como si nada; quería vengarme de alguna forma de esos canallas incompetentes.

—Por favor, Gutiérrez, llámame rápido a la Policía de Menores, y que se lleven a este muérgano al Ángel Custodio, y que le imputen los delitos de hurto agravado y lesiones personales, para que se quede un buen rato allá arriba —dijo la Oficial, exasperada.

—Listo, en un momento se los comunico Oficial. Pero, antes de que se lo lleven, me gustaría darle su muenda a esta bazofia, para que aprenda a respetar la autoridad —dijo el Oficial del escritorio, mirándome con cara de odio y sosteniendo el teléfono a la espera de una respuesta.

Pasaron alrededor de veinte minutos, hasta que se abrió nuevamente la compuerta resguardada por los dos policías armados, veinte minutos en los que recibí repelones, patadas y un par de chirrazos en la cara, justo en el mismo lado donde me habían pegado las ancianas.

De la patrulla bajó un Oficial escuálido y bien afeitado, con botas relucientes, y daba un aspecto de tener buen humor. Habló un momento con los demás oficiales, mirándome de vez en cuando, y luego se dirigió a mí con sus esposas, pidiéndome que pusiera las manos al frente. Me esposó y me llevó hasta la Aerovan, abrió la compuerta y de una patada me lanzó al fondo de la carroza del vehículo. Ese ir y venir ya me tenía hasta la coronilla; además, nadie, “ninguno de estos perros rabiosos ha sido capaz de preguntarme si tengo hambre o sueño o frío o calor”. Así fue como me enteré de cómo eran las cosas en el *ruedo*: la vida de uno no le importaba a nadie. Todo lo que se topaba conmigo o era víctima o era victimario; no había medias tintas.

En el camino medité sobre si dar mi nombre verdadero o no, pues si lo hacía era más que seguro que mis padres me encontrarían, cosa que no quería ni pensar. El nombre de Luis Alberto Posada me salió de la boca por la canción que venía sonando en la radio de la primera patrulla que me había trasladado al Comando y, bajo presión, no había de otra. Entonces, pensé que era necesario mantener ese nombre, “Cueste lo que cueste”, dije en voz baja.

Esta vez el patrullero iba solo. Llevaba su radio prendido y, a pesar de que estábamos a mediados de noviembre, en la emisora se generaba un ambiente decembrino. Un villancico de Raphael inundó el ambiente frívolo de la patrulla: “*Elll camiiinooo que lleva a Belén... Baja hasta el valle que la nieve cubrióóó* —recordé mi infancia— ... *Los pastorcillos quieren ver a su rey, le traen regalos en su humilde zurrón, ropo-pom-pón, ropo-pom-pón* —pensé en cómo estarían mis hermanos, pues los extrañaba más a cada momento— ... *Ha nacido en un portal de Belééén... El niño Diooos* —miré por la ventana y subíamos por la Avenida Colombia, “Seguramente me devuelven a ese colegio a que me linchen y, después, a la carcel”, pensé— ... *Yooo quisieera poner a tus pieees algún presente que te agrade, Señoor, más tú ya sabes que soy pobre tambiééén, y no poseo más que un viejo tambor, ropo-pom-pón, ropo-pom-pón, pón. En tu honor frente al portal tocarééé, con mi tambooor* —pero se desvió por la salida al Putumayo, pasando por la antigua Licorera de Nariño; el camino estaba sólido; eso me generó sospecha—. *Eeeel camiiino que lleva a Belééén, yo voy marcando con mi viejo tambooor, nada mejor hay que te pueda ofreceer, su ronco acento*

es un canto de amoor, ropo-pom-pón, ropo-pom-pón, pónnn. Cuando Dios me vio tocando ante ÉÉÉÉl, me sonrióóó”.

Llegamos.

Nuevamente se abría un par de portones grandes de metal, solo que ahora no nos esperaban dos policías armados, sino un tipo con aspecto amable; eso me olía mal; la amabilidad era un gesto traicionero en estas condiciones.

Detrás de cada gran puerta que se abría, sea de colegio, de un comando de policía, o una institución cualquiera, donde se regía por normas y leyes, se cocía la hostilidad, la violencia contra el cuerpo y la mente, la pérdida de autonomía, la falta de humanidad, la degradación del alma —si es que se posee una. Entonces, no podía esperar nada mejor en la cárcel: “Espero que por lo menos aquí den comida”, pensé. Me bajaron de la patrulla y me quitaron las esposas; sentí tal alivio en mis muñecas que valió como placebo de mi gran infortunio.

“Bienvenido a Ángel Custodio”, dijo el hombre con su cara sonriente. Y, después de un intercambio breve de palabras acerca de mi situación, se despidió del patrullero y me condujo tomándome del brazo hasta unas oficinas que quedaban a pocos metros de la entrada principal. Ya no había uniformes verdes; eso me tranquilizó un poco.

En una de las oficinas se encontraba una señorita muy delgada y de cabello castaño, liso, que le llegaba hasta la cintura. Me encantó ver su angelical rostro: “¿Usted será el Ángel Custodio?”, estuve a punto de preguntarle, pero callé. El tipo pidió que me sentara en una silla Rimax blanca, que estaba justo al frente del escritorio de la joven mujer, me senté y ella me sonrió. Por estar embelesado en su belleza, le solté mi nombre completo y dirección... Caí en cuenta de eso demasiado tarde.

Un joven de unos quince años pasó por el pasillo de las oficinas trapeando el piso; me miró y yo lo miré; en sus ojos podía vislumbrarse un profundo odio...; me agaché. Supuse que tal vez ese sería mi destino en aquel lugar, trapear oficinas, algo que no parecía tan malo después de todo, pues si eso implicaba tener comida, dormida y ver los ojos turquesa de la mujer que estaba en frente de mí, no le veía problema, sino más bien un cierto agrado.

El interrogatorio fue rápido: “El Educador lo llevará hasta el lugar donde se le ha asignado; espero un buen comportamiento”, dijo la bella mujer, ahora con un tono no tan amable. El educador me tomó firme del brazo y me sacó de las oficinas a jalones y, aunque ya me lo olía, desconocí esa actitud, ya que se trataba del mismo tipo que me había dado la bienvenida con una sonrisita idiota hacía apenas unos minutos. Eché un vistazo al lugar para saber si había una cocina o un restaurante, para llenarme por lo menos de esperanzas y, a mi lado izquierdo, entrando, había una especie de salones grandes similares al restaurante del Colegio MISTI; un leve olor a café me lo confirmó. Frente a esa edificación se encontraba una hilera de salones con puertas cafés de hierro y con ventanas de antepecho, similares a las de una escuela. Se ubicaban de tal manera que, entre el restaurante y los salones, se formaba un pasillo, quedando los salones a un nivel más bajo debido a la pendiente del terreno donde se

habían construido. Por ningún lado esto se parecía a una cárcel, tal y como yo me la había imaginado; sin embargo, se podía intuir un ambiente sombrío al interior de cada puerta. Detrás de mí, sentí cómo las grandes puertas de la entrada eran aseguradas con candados y pasadores, pues la patrulla apenas había salido; aún se podía escuchar el motor que se alejaba detrás de la muralla de metal y ladrillo.

A mi lado derecho había dos canchas de cemento, donde se recreaban con un balón algunos jóvenes que, al parecer, no habían reparado en mi llegada. El educador se detuvo en el salón de la mitad, a unos treinta metros de la cafetería; soltó mi brazo y sacó un juego nutrido de llaves de su bolsillo. La elegida tenía inscrito en palabras el número “Dos”, con un papel rosado pegado con cinta transparente. Abrió la puerta, me tomó del cabello y me lanzó para adentro. Lo primero que vi fue unas pequeñas piezas con camarotes de dos pisos, muy delgados. Entramos y cerró la puerta con llave y pasador.

Fue hasta uno de los cuartos, el más grande, donde se podía ver un televisor, una radio pequeña y un escritorio. De uno de los cajones de aquel escritorio sacó un par de chacos de madera y, antes de que le preguntara para qué eran, me lanzó el primer golpe con ellos, dándome justo en la espalda...; el dolor fue intenso: “¡Desnúdate, rata; aquí vas a saber lo que es bueno!”, me dijo, furioso. Lo quedé mirando por un momento, incrédulo; eso dio para que me lanzara unos tres golpes más, acertando en mis piernas y abdomen. Dejé conmigo solo mi ropa interior y eso me costó un par de *chacazos* más en mis brazos desnudos. Me empeloté totalmente... No tenía alternativa. Posteriormente, me sugirió que fuera con él hasta la ducha que quedaba al fondo, bajando unas tres gradas.

La ducha era un pequeño espacio abierto con cerámica blanca y que tenía una manguera que provenía de afuera, de la parte trasera del salón, entraba por un orificio en la pared y colgaba unos treinta centímetros; un chorro pesado salía de ahí. Al lado, había tres sanitarios divididos con Panel Yeso, muy estrechos, con puertas viejas, aunque tenían aspecto de estar limpios.

Abrió la llave de paso que estaba a medio metro del piso y me hizo señas con los ojos y la cabeza para que entrara bajo el chorro de agua. Tenía mucho frío, me sentía débil, “pero un poco de agua podría reconfortarme”, pensé. Lo primero que hice fue poner mi boca en el fuerte chorro para beberla... Estaba en ello y sentí otro gran golpe de los chacos en mi cabeza, trastabillé y por poco caigo al suelo. Me pidió que me bañara volteado hacia la pared y que no tenía derecho a beber ni un sorbo de agua. Cuando creí que ya estaba bien remojado, volteé para pedir un poco de jabón y, ¡sorpresa!, el tipo tenía los pantalones bajados hasta las rodillas y con su miembro erecto en la mano. Al ver que lo había descubierto, me llenó de *chacazos* por todo el cuerpo, diciéndome que el educador decide cuándo podría salir de la ducha o pedir jabón. Le pedí a gritos que, por favor, me disculpara.

Al fin, dejó que me enjabonara de espaldas y me enjuagara por casi veinte minutos, volteado contra la pared, hasta que golpearon la puerta insistentemente: “Cámbiate rápido, hijueputa, y donde digas algo, ¡te mato, maricón!”, dijo en voz poco audible y acomodándose

los pantalones: “Deberías agradecer que primero debo llevarte donde el Padre Fabricio; de lo contrario, ya estarías desflorado, *malparido*”. Entendí rápidamente lo que me quería decir: “Pero para la próxima no te me salvas...; ese culito es mío, ¡oístel!”, dijo, mientras buscaba la llave para abrir a quienes insistentemente seguían golpeando. Antes de que la puerta se abriera, miró la camisa de colegio, que me estaba poniendo, y rápidamente entró a uno de los cuartos y sacó otra camiseta que olía a limpio y me la pasó: “Ponte esta y, si no, ¿quién se aguanta a ese hijueputa Padre?” Me la puse. Abrió la puerta y afuera estaban los muchachos que, cuando llegué, jugaban microfútbol en las canchas de cemento. Venían muy sudados, sin camisa y ofuscados unos con otros.

—Y este ¿qué? —preguntó uno que tenía el corte de cabello zeta, con unas colas que le llegaban hasta más abajo de los hombros. Inmediatamente me gustó su corte de cabello.

—Carne fresca —comentó el Educador que ponía el *handset* del teléfono de pared en su oreja.

—Oiga, Educador, ¿esa no es mi camiseta? —dijo un prieto de contextura ancha, con una cicatriz que parecía un ciempiés en el pecho. Su porte explicaba lo grande que me quedaba su prenda.

—¿Sí?... Sí, vea, Catalina, dígamele al Padrecito que ya está listo el nuevo muchacho; que ya se lo mando —afirmó el Educador por el teléfono.

—Vea, Educador, si esa es mi camiseta le rompo todo lo que se llama cara a esta pichurria, ¿no?

—No, no, no, Catalina, porque ahorita se acaba la hora recreativa para el Hogar Dos y tengo que encerrarlos para que se alisten para el peto.

—Y a vos, ¿quién te dijo que cojas mis cosas, gonorrea?

—El Educador me la pasó —dije, tratando de mostrar dureza, pues era claro que ahora debía vivir bajo el mismo suelo de enemigos en potencia.

—Bueno, bueno, Catalina; ya voy, entonces —y colgó el teléfono.

—Vea, Educador, si esa es mi camiseta, le pego su puntazo a esta gonorrea; a mí no me va a venir a robar *frentiado*, ¡la chimba! —insistía el reo.

—Sí, sí, pero después; ahorita debo llevarlo con el Padre, a ver si se le antoja —le contestó el Educador con una sonrisita mórbida.

Me condujo nuevamente del brazo hasta las oficinas donde estaba la mujer bonita; sin embargo, esta vez ella ni siquiera me determinó: “Estos hijueputas cambian de genio a cada rato”, pensé. “¿Ya está el Padre Fabricio en su oficina?” preguntó el Educador un tanto ofuscado. “Sí, pase”, contestó la bella dama.



Figura 9. Malevolente. Por: Davinson R.

La oficina del Padre quedaba en frente, a un par de metros, y colindaba con lo que parecía ser una capilla: “Dios y el Diablo viven en la misma casa”, musité.

—Padre, buen día, aquí le traigo al nuevo muchacho...

—Avanti, avanti, por favore —dijo el padre, aventando la mano invitándonos a entrar con su acento extranjero y que, después de unos días, supe que era italiano—. Déjeme a gioven y pode retirarsi.

El Padre era un tipo alto, casi de dos metros, canoso, llevaba puesto lentes y vestía un abrigo negro que le daba hasta las rodillas. De una de las patas de su escritorio de madera de pino, estaba atado por una correa de cuero un Pastor alemán, que gruñía larga y ociosamente.

—Por favore, avanti... Siéntate, con confiazza. ¿Cóme ti llamas?

—Mario.

—Mario ¿qué?

—Mario Fabricio.

—Fabriichio. Ya veo..., eres mi... ¿Cóme si dichee?..., mi...

—¿Tocayo?

—Esattamente. Por eyo avrai un trattamento spechiale; dechnúdate, por favore.

Lo miré incrédulo.

Aunque su boca dibujaba una leve sonrisa, sus ojos eran firmes respecto a lo que pedía. No tuve de otra más que desnudarme, completamente, no fuera que le diera por maltratarme como hacía unos minutos el maldito Educador. Ya sabía eso de que la gente por estos lares mostraba de entrada una angélica sonrisa y luego un endemoniado comportamiento; ya no podía confiar “en ningún hijueputa”, me dije. Así que estuve atento a lo que venía; ese “tratamiento especial”, que me pareció entenderle a este gangoso Padre, no me lo tragaba entero; algo traía entre manos.

—*Girarsi* —dijo, haciendo un ademán con la mano.

—¿Qué?

—¡Girarse, volteare!

“Otro que va a pajiarse”, pensé. Me volteé trémulo, mirando con el rabillo del ojo cómo desataba la correa del Pastor alemán de su escritorio.

—¡*Auschecken!* —le dijo al canino, una vez suelto; éste corrió hasta mí y comenzó a olfatear cada parte de mi cuerpo. Sentí un gran escalofrío, mientras duraba el ritual—

¡*Herkommen!* — volvió a vociferar el Padre y el canino regresó agachando la trompa hasta su dueño.

Amarró al perro de la misma pata de la mesa y caminó hasta un sillón de color gris ratón, de aspecto cómodo, y se sentó a observarme. Me pidió que hiciera cuclillas volteado para la ventana, desde donde se podía ver un gran paisaje del otro lado. Detrás de esa montaña boscosa estaba mi barrio; sentí nostalgia y debilitamiento, estaba por desmayarme: “¡*Non fermarti, no parare!*”, gritó, pero mi visión ya estaba oscura y, en una bajada, me fui de espaldas: “¡*Cámbiati y vai al peto!*”, dijo, un tanto furioso. Mientras ponía mis ropas, el Padre Fabricio hizo una llamada y en un minuto ya estaba el Educador muy agitado, golpeando la puerta. Nuevamente era conducido y agarrado fuertemente por el brazo, pero esta vez no al “Hogar Dos”, donde sería mi nuevo lugar de residencia, sino a la cafetería, a recibir el peto de media tarde.

Fuera de la cafetería se había formado una fila de unos sesenta o más internos para recibir su peto; se me ubicó en los del medio, en los del Hogar al que pertenecía, y quedé a dos reos por delante del dueño de la camiseta que llevaba puesta. El Educador Pablo, como le llamaban en la fila, y que estaba a cargo de nuestro hogar, se puso en la entrada de la cafetería a hacer el orden. No pasaron más de dos minutos y sentí un pedrazo en la parte anterior de mi cabeza, cerca de la oreja. Regresé a ver rápidamente y el dueño de la camiseta reía con otros dos jóvenes; me dio tanto coraje que quise regresarme y darle su golpe, pero me retuve por dos razones: una, porque estaba débil y, dos, porque él era más grande y acuerpado.

Solo faltaban dos reos y ya podía oler el fresco pan que se repartía en el interior de la cafetería; sin embargo, un pedrazo más en la misma parte me sacó de mis cabales y me regresé con toda la furia y le propiné dos golpes en el rostro al dueño de la camiseta; él se lanzó contra mí y caímos al piso, rodando hasta la grada, cayendo frente a la puerta del Hogar Tres. Se encaramó encima de mí y empezó a golpearme la cara; yo me tapaba como podía; solo oía que el Educador le pedía que me dejara o que nos mandaría a los dos al Hogar Uno. El muchacho pareció pensarlo y de súbito se detuvo, “Pero, Educador Pablo, ¿no ve que esta gonorra se robó mi camiseta?”, alcanzó a decir, cuando sintió el ladrillazo que le propiné en la ceja; se tumbó al suelo adolorido y echando sangre; era mi oportunidad para patearle la cara, pero me detuvieron.

De castigo, no me darían peto, ni cena, y me asignaron al Hogar Uno, al que fui conducido por el Educador Pablo, ante la mirada burlona de los demás reos.

Después de aquel fuerte sol, el cielo se tornó de un gris intenso, la tarde era fría y con amenazas de lluvia; en el Oeste, un rayo encandilaba nuestro camino al Hogar Uno: “¿A ver si acá te haces el alebrestado, muérganos de mierda?”, comentó el Educador, a la vez que mis tripas gruñían análogas al Pastor alemán del Padre Fabricio.

Llegamos.

Golpeó con cierta vehemencia la puerta del Hogar Uno, esperando una respuesta rápida desde adentro y, tras dos insistentes intentos, salió un tipo de tez morena, alto y acuerpado, cabello al rape y, como un mal chiste, de mirada amigable.

—Y este ¿qué?

—Carne fresca... Se puso de alebrestado con los del Dos y ahora fue trasladado...

—Listo. Déjame y yo lo pongo en sintonía; acá el gallo canta de otra manera —dijo el moreno, clavando su mirada en mis cansados y tímidos ojos.

—Aquí vas a saber lo que es bueno, cabrón... ¡Adelante! —dijo el Educador Pablo, tirando de mi hombro.

—¿El pelado es el caspa? o ¿los del Hogar lo azararon? —preguntó el moreno.

—Te cuento que el hijueputica se le robó la camiseta a El Truki, esa que apenas se la había regalado el Padre Fabricio el domingo pasado. Tendrás cuidado con esta ratica; tienes que ponerlo firme desde ahorita —mintió.

Nada podía decir; estaba en desventaja a donde quiera que fuera; los adultos tenían la verdad y yo solo era una “vil rata de dos patas”; ellos podían calumniarme en miles de formas y esa era la verdad, nadie contra ella, porque todos participaban de la misma infamia; el sistema social y sobre todo la ley estaban llenos de podredumbre, unos lanzándose la mierda a otros y todo el que la tocaba se justificaba con la misma mierda, pues la culpa era de la mierda, no de quien la cagaba.

El Educador de tez morena cerró la puerta con llave y, aprovechando que los reos estaban en el peto, me condujo para mostrarme el lugar y las reglas que allí se tenían en cuenta. El Hogar Uno no distaba mucho del Hogar Dos, solo que acá el dormitorio era un gran salón con ocho camas de hierro, colchones de cabuya y tan solo una cobija de algodón muy delgada cubría cada una de las camas, excepto dos. Además, el dormitorio tenía el aspecto de una celda, pues se dividía por una reja con un gran candado que se cerraba después de las ocho de la noche. Los baños eran tres, igualmente aseados, y una ducha similar a la del Hogar Dos, solo que con una manguera un tanto más gruesa.

—¿Tienes frío? —preguntó el Educador.

—Sí —dije enfáticamente.

—Entonces, tendrás más, porque aquí no se permite andar con zapatos ni medias, tampoco pantalón ni buzo o camiseta que no sea la que los identifique como pertenecientes al Hogar Uno —fue hasta lo que parecía ser su cuarto y volvió con una bolsa plástica en la mano—. Aquí te entrego un par de chanclas, una camiseta y una pantaloneta; eso es todo lo que debes llevar puesto hasta que cumplas condena o seas cambiado al Hogar Dos o al Tres, según sea tu comportamiento. Desnúdate, mientras traigo otra bolsa para que metas tus pertenencias,

que te serán entregadas cuando salgas libre o, como te dije, seas dirigido a otro Hogar; no quiero que me jodas pidiéndome nada, porque ni mierda te voy a entregar.

Me desnudé completamente; el Educador soltó una carcajada al verme:

—¡Ja, ja, ja! Nadie te pidió que te desnudes por completo, a menos que te hubiera quedado gustando el recibimiento del Padre Fabricio. La ropa interior déjate —el tipo parecía ser una mejor persona. Me cambié y puse mi ropa en la bolsa que el Educador me había dejado, pero también quería devolver la camiseta a su dueño; no quería tener que lidiar con enemigos mientras estaba en ese lugar. Entonces, fui hasta la pieza donde el Educador había entrado y lo encontré recostado en su cama mirando las noticias en la televisión.

—Educador —le dije—, lo que pasa es que quiero entregar esta camiseta a su dueño.

Atención, atención, avance informativo: en el municipio de Chalán, en Sucre, las FARC-EP, arremetieron contra una estación de la Policía nacional...

—¿Qué es que quieres?

...Los insurgentes se han valido de un burro bomba...

—Que, por favor, me haga llegar esta camiseta a su dueño y, también, para saber adónde dejo esta bolsa de ropa.

Sí, así como lo oyen, de un burro bomba...

—Ahí, déjala ahí, encima de la mesa. Yo mañana se la llevo. La ropa la debes llevar al estante que está en la bodega-taller, aquí, al frente; la puerta está abierta ahora mismo. Y, ¿ya te bañaste?

El burro bomba venía subiendo por esta vía y fue detonado justo acá, donde siete policías murieron de inmediato...

—¿Dígame, Educador?

—Que si ya te bañaste, ¡vida hijueputa!

—Sssí, ya.

Los demás policías vivos intentaron repeler la arremetida guerrillera, pero cuando se acabaron las municiones fueron rematados y sus cuerpos incinerados, así que...

—Y ¿qué haces ahí parado?, ve a hacer lo que te digo; aquí nadie tiene el derecho a la televisión.

Los truenos afuera no paraban y en el techo de asbesto comenzaron a caer algunas gotas de lluvia, primero espaciadamente, luego se destapó el cielo en agua, dando la sensación de que caían piedras en el delgado techo.

Después de haber guardado mis cosas, el Educador me pidió que esperara en el dormitorio-calabozo, y que tomara una cobija del mismo estante donde había llevado mi ropa: “¡Solo una!”, me enfatizó, “y toma una de las camas que no tienen cobija, si no quieres ganarte otra culebra en un mismo día”. Estando en el dormitorio, noté que las dos únicas ventanas que había estaban selladas con láminas de metal, perforadas cada una con doce minúsculos huecos, en hileras de cuatro, para que fluyera el aire.

Me recosté. Minutos después, los reos llegaron.

CAPÍTULO X
IMPERIO DE DROGAS
(ABYECCIÓN HUMANA)

—Qué, pelado, ¿por qué cayó? —preguntó uno de los reos que se alojaba al lado de mi camarote. Su cara me era familiar; lo más seguro era que lo había visto en alguna parte.

—Por hurto y lesiones —dije.

—Vos te pareces a “El Levis”.

—Sí, es mi hermano mayor —dije, cayendo en cuenta de quién se trataba.

—Varias veces los vi en los videojuegos de Los Dos Puentes; a veces ni siquiera iban al colegio, ¡qué gonorreas!, ¡ja, ja, ja!

—Sí, pero ahora yo ya no estoy estudiando; me volé de la casa.

—¡Qué va! Y ahora, ¿vivirás en la calle?

—Sí.

—Qué, Lorenzo, ¿¿haciendo novia?! —dijo uno de los reos que se acercaba y que desde un principio me había dado mala espina.

—Nada, solo que el pelado es conocido, en la juega con él.

—El Matus ya le echó el ojo; tiene que andar abeja pelado o se lo comen.

—Déjalo sano, Popeye; mientras yo pise este suelo, lo que es con él es conmigo también.

A Lorenzo no solo lo había visto en los videojuegos, sino también en “El Castillo”, una casa vieja de cuatro pisos en la antigua Salida al Norte, justo por la parte trasera del Hospital Civil. En ese lugar vivían algunos compinches del tío Servio. El Castillo era reconocido por su alta peligrosidad; nadie podía pasar después de las cinco de la tarde, si no quería ser asaltado, apuñalado o, en el peor de los casos, muerto. En esa gran casa vieja, que carecía de ventanas y puertas, vivía una familia de marginados y adictos, que recibían por míseros arriendos a gente que llegaba de otras ciudades del norte y centro del país, en su mayoría bandidos que escapaban de la ley o de las “culebras”. Ahí se vendía alcohol puro, basuco, marihuana y perico. Uno de los mejores camaradas del tío Servio residía en las últimas piezas de la parte de arriba y era conocido como “El Fercho”. Éste, venía de la calle de El Cartucho en la ciudad de Bogotá. Había llegado con Blanca Sánchez, la segunda de las mujeres del tío Servio. Según el relato de doña Blanca Sánchez, habían descuartizado a una Jíbara de la *Taquilla Mosco* para no pagarle una considerable deuda: “Nos fumamos en tres días una libra de *merca* que nos entregó la Jíbara para vender fuera de la *ele* en Bogotá; la hembra se dio

cuenta y nos cayó al *cambuche* con la amenaza de desaparecernos del mapa; entonces, dijimos: ella o nosotros. Ese mismo día la descuartizamos y la hundimos”, le dijo al tío Servio, un veinticuatro de diciembre en el andén de la casa, mientras compartían unas cervezas con El Fercho.

La vez que fui con el tío Servio hasta El Castillo a buscar a su íntimo amigo, estaba Lorenzo en la parte más alta de la casa, en la última pieza de arriba (pues la casa tenía forma de pirámide). Sus ojos estaban enrojecidos, su cara prieta, casi negra en sus mejillas, y unos tatuajes garabateados en sus brazos me infundieron un cierto sentimiento ambivalente de pavor y admiración a la vez. Además, porque detrás suyo estaba un tipo encorvado por la borrachera, de bigote, alto, flaco, muy pálido y con los ojos hundidos bordeados por pronunciadas ojeras, que llevaba una gorra vieja volteada para un lado, una camisa de botones abierta, que dejaba al descubierto una amplia cicatriz en el abdomen, y sostenía en una mano un cuchillo grande, que clavaba de cuando en cuando contra un madero, y, en la otra, un cigarro de basuco que fumaba lanzando el espeso humo por los aires: “Qui hubo, Servio; va a pegarse un *plon* o me lo regañan, ¡ja, ja, ja!” dijo con su cuerpo inestable desde su *reino*. Esa escena fue una de las que también marco mi vida. Un atractivo vehemente me llamaba a ser como ellos, a hacer parte de ellos y de lo que hacían...

Rápidamente congeniamos con Loren.

En el Hogar Uno, contrario a los otros dos hogares, no se tenía permitido nada que no fuera el encierro. La única distracción estaba en una pequeña sala que quedaba a la izquierda entrando: era un juego de Rana, con tan solo tres argollas. Ese era el único pasatiempo, además de los talleres en madera por dos horas, que se daban tres días a la semana: lunes, miércoles y viernes, pero a los que no era obligatorio asistir. En el juego de Rana se apostaba la comida, el peto, marihuana o la Laca que se robaban de los talleres en madera y que era la más apetecida para pasar la fría noche. Así que, mientras llegaba la hora de la cena, entablamos una larga conversación con Loren. Me habló de los *dealers* de El Castillo y de los bandidos que ahora lo habitaban. Me comentó, además, cómo el basuco y la marihuana llegaba desde Llorente y Salahonda, en Tumaco, y también desde La Hormiga en el Putumayo, pues la que venía de Sinaí, en el sur del Cauca, no era muy recomendable ni por precio ni por calidad: o bien venía con exceso de *Cal* o demasiada *Soda Cáustica*, nunca en su punto. Cuando llegaba a la ciudad, la mejor parte para descargar era la Calle 19 con 19b, en el centro, donde “La Pitufa”; exactamente, en el Hotel Costa Azul. Aunque, por supuesto, no era el único lugar; también llegaba al barrio Marquetalia, donde “La Abuela”. Solo aquí —afirmaba Loren—, en estos dos lugares llegaba “pura” la mercancía, para luego ser distribuida a diferentes barrios, entre ellos los de mayor demanda: El Común, La Alameda, El Popular, Santa Clara, San Martín, Betania, Belén, Santa Fe, entre otros, por medio de micro-mulas. Por tanto, si uno quería la mejor *Merca* debía ir donde La Abuela, en Marquetalia, porque en los demás barrios, así como en el centro, era revuelta con más carbonato, polvo de ladrillo y hasta con hueso de muerto, como lo hacía la Jíbara Estela en La Cuesta.



Figura 10. Ruinas de “El Castillo”, antigua Salida al Norte. Por: Fernando R. Luna.

Y para seguir matando el tiempo —ya que el hambre y el frío me había sido imposible desde la noche anterior—, quise saber, además, cómo se preparaban las diferentes drogas, pues Loren parecía haber estado enterado de todo: “Cuando mi hermano Yin trabajó en Candelillas, por allá por Tumaco —comenzó a decir Loren, tirando sus chanclas y acomodándose en su camarote—, me contaba que los *raspachines* se encargaban de recoger la hoja de la coca y la llevaban a un gran *cambuche*, que llaman *laboratorio*. Allí la pesaban, le trituraban las hojas, las revolvían con cal, ácido y agua; después se las pisoteaba para luego meterlas en canecas y revolver con gasolinas nuevas y añejas, por cerca de diez minutos; posteriormente, se agregaba soda cáustica y, para blanquear, bicarbonato de sodio. También se le agregaba ácido sulfúrico, acetona y amoniaco, entre otros químicos; y, para el secado, la *fritaban* y la ponían a enfriar hasta el otro día. Cuando ya estaba lista la pasta de coca, escogían la mejor para llevarla a otros laboratorios y hacer cocaína para los *ricachos* o exportarla por los puertos de Tumaco y Buenaventura.

Mi hermano también decía que la *Merca* pasa para el Puerto de Esmeraldas, en el Ecuador, y de ahí directo a Guayaquil, desde donde era más fácil sacarla para varios países europeos, pues Guayaquil y Cartagena son los surtidores de Portugal y España, desde donde se extiende... Otro tanto se iba por los mares de Panamá, pasando por El Salvador, Guatemala, México y de ahí para *arriba, al otro lado*; cada país tenía su lugar estratégico para sacar la merca a Estados Unidos, donde se triplicaba y hasta cuadruplicaba el precio. Mi hermano Yin, que trabajó desde muy joven con nuestro primo Jaime en los laboratorios, se había prestado como mula para ir hasta el *otro lado*. Pero, como les informaron que para Acapulco y para Belice estaba *caliente*, se desviaron para Honduras, donde tenían que atravesar con la merca hasta Puerto Cortés, en la Costa Atlántica, para desde ahí avanzar a República Dominicana o Puerto Rico y, si todo iba bien, a las costas de La Florida. Pero al ser informados de presuntas persecuciones navales a las narco-lanchas, mi hermano se negó a seguir adelante, porque cargaban con más de una tonelada; entonces, decidió regresarse de San Lorenzo, en Honduras. Le dijeron que no había problema, que su pago no se lo descontarían, que sus treinta millones de pesos estaban guardados, pero, eso sí, que regrese al trabajo. Cuando llegó al *laboratorio* de Candelillas, esas gonorreas tenían a su mujer amarrada a un palo; luego, los llevaron hasta el Río Mira. A ella le dispararon en la cabeza y la lanzaron al río; a él lo tuvieron amarrado toda la noche de una palma de aceite. Al otro día, en horas de la madrugada, lo pusieron a cavar su propia tumba. Una vez hecho el hueco, le pegaron un tiro en el pecho y, aún con vida, lo sepultaron. Eso lo supimos una semana después de su muerte gracias a nuestro primo Jaime, cuando se escapó de allá, porque supo que también iban a matarlo; sabían que los dos eran familia y no se darían el lujo de dejar cabos sueltos —hubo un instante de silencio y prosiguió volviendo al origen del tema—. Y la merca que queda pegada en las *pailas* o está *sucia*, se distribuye a la ciudad para ser convertida en basuco, que en definitiva quiere decir *basura de la coca*. Acá ya se le echa otros agregados, pero La Abuela de *Marque* la vende como llega, frita; por ello más cara, a *luca* la papeleta, y trae la mitad de la que venden en El Castillo y otras partes. Pero le cuento, pelado, que esa hijueputa lo pone a ver a uno el diablo, y es adictiva como ninguna; dese una vuelta por Marque y verá

la cantidad de *chirretes* que parchan por esos lares; yo conozco abogados, arquitectos, médicos, que en una semana vendían su alma y la de su madre, si les hubiera sido posible — hice un rostro de admiración, no tenía ánimos de hablar, pero sí de seguir escuchando lo que tanto me interesaba. Loren también lo interpretó así y siguió con su relato, metiéndole más intensidad al asunto—. Verá, loco, le voy a contar una cosa que me pasó a mí, pero en la juega con ponerse de sapo ¿no? —No contesté, y, aun así, continuó con su relato:

...Un día que pasaba por Marque a comprar marihuanita Punto rojo, me encontré con ‘El Negro Pichingo’ y me regaló un par de *plones* de Mango biche. Luego, cuando iba saliendo de Marque, vi a un pelado de mi edad más o menos, pero con aspecto de ser de buena familia, que se encontraba sin zapatos y en camisilla cerca de la estatua de la Virgen que está en la entrada, en pleno callejón, tan fumado que estuvo a poco de arrodillarse pidiéndome una moneda para completar lo de una papeleta. Entonces, le dije que la única forma para que yo le dé, no solo para una, sino para dos papeletas, era que me entregue el culo; lo decía en broma, claro, entienda loco que ya me encontraba en la segunda etapa de la Mango biche. El malparido lo dudó no por más de diez segundos y dijo que *sí*. ¡Yo no le creía!, pero, para seguir con el juego, le pedí que se baje el pantalón y me dijo que lo haría, pero en un lugar más privado; así que lo llevé hasta más arriba, a El Cementerio Central, donde siempre me *trababa*. No podía siquiera imaginarme hasta dónde estaba dispuesto a llegar ese *pirobo* por una papeleta de basuco de La Abuela... Estaba supremamente *embalado*. Igual, yo no tenía nada más qué hacer y a medida que caminábamos en ese fuerte solazo sentí que la traba ya me tenía cogido y lo arrastré hasta las últimas bóvedas. Estando allá, saqué mi pene y le ordené a que me lo chupe, primero. Se negó. Saqué tres mil pesos, que le había *bataneado* a una señora en una tienda en La Floresta, y se los mostré. Le dije que se los daba, pero que debía hacer lo que yo le pida. Entre sollozos se arrodilló y, sin que pueda negarme o reaccionar, el pelado ya lo tenía en su boca... Créame, loco, quise patearlo, matarlo, pero la sensación que recorrió todo mi cuerpo me debilitó totalmente, así que me dejé llevar...; el hijueputa me dejó prendido. Entonces, le dije que complete el trabajo o no le daba ni mierda; otra vez entre lloriqueos se bajó el pantalón y de sus testículos cayó la *pipa*; estaba tan quemada y raspada que pude darme cuenta que había pasado toda la noche fumando. Me imploraba para que no lo desflore, pero entre más me rogaba más me calentaba ese *maricón*; bien dicen por ahí, *pichingo parado no respeta culo cagado*. Al tenerlo listo para mandárselo, lo pensé dos veces, porque en el fondo sentía asco, pero me acordé cuando la cogía a ‘La María’ por el culo... Al final..., se lo mandé. Gritó el hijueputa y se quiso zafar más de una vez, pero ya no había nada qué hacer, ya lo tenía prensado y puesto la navaja en la garganta —mientras Loren lo decía, noté que se frotaba la entre pierna y una leve erección se hacía visible—. Cuando acabé, no le di ni mierda y lo pateé para que se vaya; sentía asco del hijueputa, pero tampoco lo culpo; esa merca de La Abuela es muy poderosa”, comentó, pero quise cambiar de tema y, con mi voz cansada, le pregunté por la marihuana.

Notando mi repudio por lo que me contaba, cambió su conversa diciendo que la marihuana era una planta que no necesitaba mucho tratamiento; hasta uno mismo podía sembrar una

planta con las semillas que venían en las papeletas de *bareta* prensada que se vendían en cualquier parte, y que, con la ayuda de orines, la planta crecería muy rápido; eso sí, había que “esperar a que sus hojas comiencen a secarse y a *hacer moño*”; de lo contrario, estando muy fresca, no prendería. Habló, también, de la marihuana *Mango biche* y de la *Punto rojo*. Cada una tenía sus efectos, pero la más potente era la *Punto rojo*, que venía de los lados de Antioquia, La Guajira y los Llanos, y que solo era posible adquirirla en Marquetalia. Se la conocía con ese nombre, porque sus hojas eran de color rojizo y dorado; sus efectos duraban entre seis y siete horas sin bajar intensidad en las primeras trabas, “claro que, en los adictos crónicos, los efectos ya no pasan de dos horas... La *bareta Mango biche* tiene un efecto menos prolongado, pero intenso. Lo feo de esa hijueputa es que es difícil de prender; a cada rato pide *curita*. Pero, una vez prende, es *pateadora*; ni yo soy capaz de soportarle dos *plones* de seguido. Lo que más me gusta es que da la impresión de que a uno no le hace nada al principio, no se ven venir los efectos, pero cuando ya se quiere tomar conciencia, *pailas*, ya lo tiene a uno bien llevado, ¡ja, ja, ja!”, dijo Loren, soltando carcajadas, que me parecieron un tanto fingidas.

—¿Y por qué caíste? —le pregunté, para variar un poco el tema.

—Por La María. ¿Conoces a La María?

—No.

—Esa *perra* hijueputa me denunció, porque le metí dos puntazos: uno en la espalda y el otro en el brazo. Pero créame, loquito, ella fue la que comenzó...; fuimos a una fiesta y la hijueputa se puso de coqueta con una gonorrea del barrio Cantarana y, cuando llegamos a la casa, la iba a matar, pero sólo le agarré dos... ¿Qué le pasa, loquito, está enfermo?

—No, o no sé; es que no he comido bien desde ayer y siento mareos y dolor de estómago.

—La cena es a las seis treinta; ya no más nos llaman; relájese, loquito.

—Es que me castigaron con peto y cena.

—¡Qué gonorreas! Pero eso es solucionable..., le tengo algo, al menos para que pase la noche, mi socio.

Supuse que me regalaría un pan o algo de comida que hubiera podido tener guardada, pero se levantó y me pidió que lo acompañara “hasta donde el Educador Ernesto”, que seguía recostado en su cómoda cama viendo la televisión.

—Educador, perdone que le interrumpa, pero es que se me quedó en el taller una manilla que me regaló mi mujer.

—La misma que te metió aquí —dijo el Educador, burlonamente.

—Sí.

—Tome, le entrego las llaves; usted ya sabe cuál es, pero donde se pierda algo, ya sabes lo que te toca. Y no me vas a hacer meter a ningún marica allá adentro; todo lo que pase, te haces responsable.

—Tranquilo, usted ya sabe cómo es conmigo —le aseguró Loren.

Abrió la bodega y caminó hacia el fondo, en donde se podía ver una especie de pupitres, similar a un salón de escuela, en el que yo no había reparado cuando fui por la cobija ni cuando guardé mi ropa. En ese momento, recordé que el día siguiente era sábado y cada quince mi madre nos hacía unas humildes, pero deliciosas arepas de harina en el desayuno y, para el almuerzo, sancocho con huesos de res, que mi padre traía del Mercado, y ya habían pasado quince días de ello...; sentí retorcijones en el estómago.

Cuando Loren salió, traía algo bajo la parte trasera de su pantaloneta, justo en el cóccix, que era levemente visible. Dejó las llaves en la mesa del Educador Ernesto, que seguía embelesado en el artefacto, y me condujo nuevamente a la Celda-dormitorio. Los demás reos jugaban *Rana* en la pequeña sala que colindaba con la Bodega-taller.

Estando acomodados en nuestros camarotes, sacó una bolsa plástica pequeña, con un líquido de color rojizo-transparente: “Es Laca”, dijo. Buscó debajo de su colchón y sacó otra bolsa plástica, sin contenido. Acto seguido, repartió el líquido de olor fuerte entre las dos bolsas: “Para más tarde”, comentó, mirando para todos lados. Puso entre las tablas de su camarote una de ellas y la otra me la entregó. Al ver que dudaba sobre qué hacer con ella, me la pidió y me mostró la forma en que podía liberarme del hambre, el frío y el encierro: “Tomas la bolsa, similar a una bomba de cumpleaños que necesita ser inflada, solo que la abrazas con los dedos índice y pulgar, haciendo una especie de boquete que se ajuste a tus labios; luego soplas..., se infla, luego absorbes... Todo el aire que llenó la bolsa deberá volver a tus pulmones. Es posible que las primeras veces te *pateé*, pero es cuestión de acostumbrarse, como todo”.

El olor parecía haber atraído a dos reos, a “El Negro Mama” y a Popeye.

—Loren, despéguenos una esquirlita, que hoy no pude sacar nada para la noche —dijo Popeye.

—No podría, socio; solo logré sacar para el pelado y mi dosis; para la próxima es todo —contestó Loren, muy seriamente.

—Usted, pelado, regáleme una esquirla, para llevarlo en la buena —se dirigió a mí en un tono que me pareció amenazante.

—Déjelo al pelado sano Popeye, no ve que está castigado y no va pa’ la cena —abogó Loren por mi pellejo.

—¿Ya tiene marido que lo defienda o qué? —me preguntó Popeye, oscilando entre la furia y la burla.

No dije nada.

Desde su habitación, el Educador Ernesto llamó a todos para que formaran la fila, pues era hora de la cena. Popeye se acercó a mí rápidamente y me quiso batanear la bolsa; Loren se regresó de la puerta de la celda y le propinó severo puñetazo en la boca, de tal forma que le reventó el labio inferior, y le dio una patada en las costillas, que hizo que su chancla volara por los aires y me diera en la cara. Un olor desagradable pude sentir en la chancla y me dio náuseas. Popeye, sin decir palabra, salió de la Celda-dormitorio, no sin antes lanzarme una mirada cargada de repudio. Loren buscaba su chancla por mi camarote. La encontró: “Nos vemos, loquito; cerrará la celda, no vaya a ser que le coja la traba y se meta donde no debe; el castigo es severo con el Educador Ernesto, ya se lo advierto”, me recomendó antes de marcharse.

Escuché cómo el Educador formaba a los reos y los dirigía hacia el restaurante.

Tomé la bolsa en mis manos y soplé con fuerza e inhalé; tosí, lo intenté con más calma, con más tino...

La lluvia seguía cayendo en el techo de asbesto, cada vez con más fuerza. Los truenos se hacían sentir espaciadamente. A cada soplo, a cada inhalación, el olor de la Laca me era más agradable y el mundo hostil armonizaba poco a poco conmigo; mi interior se pausaba, se tranquilizaba, fijando mi mirada en el color verde de la cobija tendida en la cama de Loren, que mágicamente se convertía en una gran llanura sin límites; era libre... El hambre y el frío todavía estaban presentes, pero en un inhóspito rincón en el que su poder se debilitaba por las ensoñaciones que se agitaban con más fuerza; ya no eran reconocibles, se mezclaban hasta formarse una sola sustancia oscura y azarosa en los confines de mi ser; el tiempo se redujo a una gran rueda inquisidora, donde mi padre y mis hermanos flotaban y giraban alrededor de ella; cada vuelta representaba un año, un diciembre, un estar atado al infinito circular de la historia, que demacraba a sus participantes, produciendo una nostalgia gravitante en el éter de un yo irreconocible; las cosas y los sentimientos me circundaban independientes; ese yo centrífugo tenía el poder de dejar entrar o salir cualquiera de estas cosas, así lo sentía, así lo vivía. *Yo* era el dueño de la ruleta, yo la manejaba, pero yo mismo no me podía reconocer; era puro pensamiento disperso, una aurora de conciencia sin forma, un semidiós atrapado en el ciclo perpetuo del tiempo y el espacio.

A lo lejos, se escuchó una canción; pude reconocerla, era de La Billo's Caracas Boys, un recuerdo del fin de cada ciclo, de cada fin de año: *Eeennn lllaaasss NNNaaavvviiddaaadddeesss cccaaannttttoo cccooonnn mmmuuuccchhhoos cccaaarriiññooo...* Mi espíritu afligido seguía la lenta canción, apreciando una manada de huéspedes, sentimientos y cosas que iban y venían tratando de hacer morada en mí; unos desaparecían apenas llegaban, pero otros insistían en perpetuarse cada vez con más rigor, entre ellos el frío y el hambre que, sin poder controlarlos, tomaron más fuerza, regresándome a la llanura que poco a poco era el verde de una cobija de calabozo.

Efectivamente, la canción de La Billo's Caracas Boys provenía de la televisión del educador, que ya había llegado y estaba a la espera de los reos. Afortunadamente no había ingresado hasta donde yo me encontraba con la bolsa de Laca soplando e inhalando cerca de veinte minutos, aunque para mí hubiera sido una pequeña eternidad, “el tiempo fuera del tiempo se cuadriplica”, pensé.

Los reos llegaron.

Me levanté y tomé mucha agua del lavamanos, pues mis labios estaban resecos y con manchas de Laca por los alrededores. Fui hasta el camarote, me recosté, me tapé hasta la cabeza con la delgada cobija y seguí soplando la bolsa con Laca. Entre alucinaciones, me quedé dormido.

Cuando el alba anunciaba la llegada de un nuevo día, un fuerte golpe en mi pie izquierdo me despertó bruscamente. Era el Educador Ernesto con un par de chicos de color negro, similares a los del Educador Pablo. Sospeché que la causa era la Laca, pero me equivocaba.

—¡A levantarse, perros hijueputas; ya mismo me dicen quién se robó el candado de la puerta de enfrente! —decía en un ir y venir por los camarotes, repartiendo golpes a diestra y siniestra.

—Educador, vea..., escuche..., ayer se quedó ese pelado solo a la hora de la cena —dijo Popeye apuntándome.

—A ver, dilo, hijueputa, ¿vos te lo robaste? —preguntó el Educador Ernesto, acercándose a mí con sus chicos levantados, listos para desenfundarlos.

—No, Educador. Yo me quedé dormido y, además, no he comido desde anteayer; ¿usted cree que tengo ganas de robar, para que me sigan castigando? —traté de defenderme con lógica.

—Bueno, malparidos, si no van a decir quién fue, se me desnudan todos; en un minuto los espero en la ducha, ¡en fila india! —dijo el Educador, con su cara enrojecida de coraje, y se dirigió hasta su dormitorio.

No se tomó el trabajo de buscar en ninguno de los camarotes, porque sabía que no eran tan tontos como para encaletar lo robado debajo de su mismo culo. Luego, se paró al lado de la ducha con su gruesa correa de caucho y a todo aquel que ingresaba lo iba fustigando, de tal manera que todos quedamos marcados con hematomas por todo el cuerpo; nadie dijo nada; temí que nos quitaran el derecho a la comida, pues eso ya hubiese sido insostenible para mi débil y hambriento cuerpo. Pero, por fortuna, no fue así.

En este y en otros casos debía imperar la *ley del silencio* entre los reos; una persona que no supiera refrenar su lengua en prisión queda sumido en un valle de culebras venenosas. Aun así, Popeye quiso tirarme el agua sucia: “Le toca pararse socio o se lo culean; dele un pelo al diablo y se le lleva la cabeza”, dijo Loren, cuando hacíamos la fila para el peto.

A mi edad, suponía que los violadores eran tipos mayores de los treinta, cuarenta o más años. No podía siquiera imaginarme que jóvenes menores de dieciocho tuvieran tal desviación. Pero, mientras tomábamos el peto, Loren me comentó cómo muchos de los muchachos de doce y trece años eran los más vulnerables a ser violados en ese sitio: primero, por el Padre; luego, por el Educador Pablo, y de ahí por el que se le dé la gana...; claro, solo si se la dejaba montar. “La mayoría de presos son *cacorros* o terminan siéndolo. Aquí los más cacorros son El Matus, Popeye y El Carro Loco, son los que a más de uno lo han apuñalado por violarlo”, comentó Loren.

También me aconsejó que anduviera armado todo el tiempo, y la única forma de hacerlo —al menos los de los Hogares Uno y Dos—, era sacándole punta al cepillo de dientes: “Eso no es más que raspar el cabo del cepillo en la pared, hasta que salga punta, pues el cepillo de dientes es lo único que a uno no le pueden embargar”, decía.

El día era espléndidamente soleado, con un azul cielo totalmente descubierto.

Yo tomaba con la mayor de las calmas mi avena y los dos panes integrales hechos por los reos. No tenían un sabor del otro mundo, pero relajaban mi estómago vacío.

Me inquietó ver que el Educador Pablo tomó del hombro a un joven, en apariencia menor que yo, que estaba en la mesa de enfrente. Le dijo algo al oído y el muchacho se levantó entristecido; luego, salieron juntos sin haber comido siquiera la mitad de su peto.

—¿Por qué se lo llevan? —le pregunté a Loren.

—Ese pelado es “El Chinga”, del barrio Praga; llegó porque lo encontraron metiendo merca a su papá en la cárcel. Dicen que un poco la encontraron taqueada en dos jabones y el resto en una bolsa, que la tenía metida en el culo. La mamá también está encanada, porque ella les hacía un doble fondo a las viandas de comida para pasar el basuco.

—Y eso, ¿qué tiene que ver? —pregunté nuevamente, al ver que la respuesta no concordaba con la pregunta.

—Pues, que desde que llegó, el pelado ha sido mujer del Padre, del Educador Pablo y de El Matus. Popeye dice que no se apunta, porque esa vasija ya tiene mucha leche, ¡ja, ja, ja!

—¿Y nadie es capaz de ayudarlo..., ni siquiera la familia?

—No tiene a nadie, o no sé, pero el hecho es que nadie lo viene a ver los domingos.

—¿Y la policía?

—¡Ja, ja, ja!, esos hijueputas son más peligrosos que los mismos bandidos; ¡prefiero ser bandido!, esos malparidos ya no tienen perdón.

—Entonces, ¿adónde se lo llevaron?

—Hoy es sábado y el Padre no trabaja; entonces, ese culito queda para el Educador Pablo; ahora mismo ya lo ha de tener gritando en el Dos... La otra vez que llegué tarde al peto, pasé por ahí y se lo escuchaba lanzando gritos de dolor al pobre pelado. Le tengo pena, porque los papás están encanados y está solo; si no, yo también le pegaba su culeada, ¡ja, ja, ja!; aquí toca parase duro o le dan por la retaguardia, ¡ja, ja, ja!

—Pero, por ejemplo, ¿cómo va a poder parársele uno al Educador Pablo?

—Toca, es una necesidad. Aunque se gane castigos severos, hay que hacerlo. Más de uno hemos tenido que pagar condena en el Hogar Uno porque no se dejó de esos cacorros. Lo bueno es que el Padre es más selectivo; a ese le gustan los más jóvenes, niños si es posible, ya que si pasan de trece o catorce no los alza ni a ver. Le encanta desflorar... El Hogar Uno siempre lo ha manejado el Educador Ernesto; ese tipo es más buena gente, pero estricto; ya pudo ver cómo nos ajetreó por ese candado. Solo hay que llevarlo por la buena y listo.

—Quién cogería ese puta candado, ¿no?

—El Popeye. Ese *sapo hijueputa* lo encaletó ayer en el techo, cuando salíamos a la cena. Aprovechando que estaba lloviendo y que el Educador se fue a traer una capa para no mojarse, Popeye tomó el candado, se encaramó en la ventana y metió el candado entre la viga y el techo.

—¡Y me quería culpar con el Educador, ese malnacido! —dije, pareciendo rudo.

—Es mejor que se le pare antes de que lo cojan con El Matus y lo violen, pelado. Hoy mismo hágale punta al cepillo que le va a entregar el Educador Ernesto y, si es de romperlo, rómpalo, porque yo ya tengo salida el miércoles. La María me quitó la demanda y ese día tengo audiencia en el edificio Talita Cumi; lo más seguro es que usted se quede solo. Aquí es la ley del más violento, no del más fuerte. El Educador Pablo ya se la tiene sentenciada; no deje que lo pasen al Dos, porque el hijueputa no te la perdona; El Negro Mama ya lo tildó a usted de “La nueva mujer de Pablo”. Eso dijo ayer en la cena, lo que quiere decir que ya le echaron el ojo al ojo, ¡ja, ja, ja!

—¿Cuánto tiempo me darán?

—Un mes, tal vez tres. Usted es primera vez, loco; entonces, no se preocupe; su salida será pronto. Tiene hasta el miércoles para pensar y reaccionar, pero entienda una cosa, *parcero*, si usted se *para* unas dos veces con cualquiera de estos cacorros, ya lo dejan sano.

El día domingo era uno de los mejores, pues los reos parecían más alegres y sensibles, debido a que era el día de las visitas y, a quienes no les llegaba, se les permitía estar en el patio de recreo hasta las dos de la tarde, hora en que tocaba alistarse para luego ir a la misa de las cinco, donde se reunían los reclusos y las reclusas que estaban del otro lado. El primer domingo, como me lo esperaba, no tuve visita, pero podía respirar el aire puro, cálido, y tenía mi estómago lleno.

El miércoles en la mañana, Lorenzo salió a su última audiencia y, al medio día, regresó para recoger sus pertenencias. Envidiaba su libertad. Cuando se iba, fue hasta donde me encontraba y me regaló un anillo de acero, con la inscripción *Nike*, y me dijo que si había elegido esa vida tenía que afrontarla con coraje; cualquier debilidad solo me traería problemas, y que siguiera trabajando en el taller, acabando los *piolines* que él había dejado inconclusos. Le agradecí, le deseé buena suerte y, antes de atravesar la reja del dormitorio, dijo: “No te vas a acabar la Laca, que posiblemente vuelvo” —nos reímos.

En la tarde, Popeye y El Matus me lanzaban miradas maliciosamente. Por mi parte, cargaba mi cepillo de dientes sacado punta a donde quiera que fuera.

Después de la cena, los reos jugaban su acostumbrada Rana, pero yo me recosté en mi camarote, a la expectativa de cualquier reacción. Un reo, “El Pato”, pasó para el baño y tras de él El Matus. En menos de un minuto, escuché algunos ajeteos; supuse que estaban peleando, pero no le di mucha importancia. Sin embargo, la comida me había sentado mal y se me presentó la urgencia de ir al baño. Esperé por diez minutos más o menos, pero nada que salían...; ya no me aguantaba: “Bueno —dije—, hay tres baños y, si están peleando, no es mi problema; yo voy a hacer lo mío”. Me dirigí rápidamente a los baños y la puerta del baño donde se encontraban los dos reos estaba semi-abierta..., se podían escuchar algunos gemidos y forcejeos. A pesar de las ganas que traía de defecar, fue inevitable detenerme y, por entre el espacio abierto de la puerta, vi a El Matus que tenía agarrado por detrás a El Pato, asentando su cepillo de dientes afilado sobre sus costillas, ejerciendo cierta presión. Los dos tenían las pantalonetas hasta por las rodillas. Lo estaba violando.

El Pato no tenía más de quince años de edad y El Matus, según se comentaba, estaba a punto de cumplir los dieciocho, ya que en dos meses sería trasladado a la Cárcel Municipal por violar a su mismo sobrino, de tan solo ocho años.

Entré al baño e hice lo que tenía que hacer. Los quejidos me incomodaban un poco, pero mi presencia era mucho más incómoda para El Matus, que se quejaba del olor: “Vida hijueputa, ahora se les da por venir a cagar, en lo más rico... ¿sí o no, perra?!” dijo El Matus, “Sí, sí”, contestó El Pato, reflejando el dolor en su voz. Traté de acabar lo más pronto posible para no ganarme más problemas, pero todavía sentía un dolor estomacal que no me calmaba con nada, hasta que... desfogué con todo. Un vacío aliciente me generó gran placer: “¡Aaah!”, dije internamente, en simultaneidad con las palabras de El Matus: “¡Aaah, qué riiicooo, hijueputaaa!... Como que se comieron toda la frijolada ¿no hijueputas?”, terminó diciendo de manera burlona. Solo cuando escuché que se abrió la llave de la ducha, salí del baño. En la ducha, se encontraba solo El Pato, lavándose, entre lloriqueos silenciosos. Sentí lástima por él... También por mí, porque podría ser el próximo.

Trabajé cuanto pude y se me permitía en la Bodega-taller. Era el único lugar más seguro, porque el Educador Ernesto nos mantenía vigilados para que no se perdieran tanto las herramientas como los botes de Laca. Igual, cada uno se daba sus mañas para sacar su porción de Laca; lo realmente difícil era encontrar bolsas plásticas con qué sacarla. Hice un par de

piolines hasta las dos de la tarde del viernes, momento en que empecé a buscar el anillo *Nike* que Loren me había regalado antes de marcharse. Estaba seguro que lo había dejado en mi mesa, como siempre lo hacía para trabajar; solo fue levantarme a traer un poco más de Laca para pasar la noche y desapareció. Muy cerca de ahí estaba Popeye y El Negro Mama. Les pregunté. Ninguno me dio razón.

El sábado por la tarde, salimos a recrearnos por una hora en la cancha de cemento y, para mi sorpresa, Popeye lucía descaradamente el anillo en su mano derecha. Se lo pedí no muy amablemente, a lo que Popeye reaccionó poniéndome un severo cabezazo en la nariz, capaz de lanzarme al piso. La sangre se alborotó al instante de mis fosas nasales. Afirmó, además, que ese anillo era de él y que Loren se lo había robado unas semanas antes. Me quité la camisa, me limpié la sangre y lleno de coraje, por el golpe y por las risas de los demás reos, saqué el cepillo afilado que llevaba enfundado en mi ropa interior y, sin pensarlo, le metí dos puntazos, uno en el pecho y otro en la cabeza, iba a seguir, pero, debido a El Negro Mama, que me tomó por la cintura para que no siguiera apuñalándolo, se libró de recibir lo que se merecía.

El tipo se desplomó en el piso tratando de retener la sangre que le salía del pecho o tal vez por el dolor, no lo sé, pero en cuestión de segundos dejó de retorcerse y se desmayó: “¡Lo mató, lo mató!”, dijo uno de los reos, el que apodaban “El Molleja”. Eso me volvió a la realidad; sentí pánico, no podía siquiera imaginarme que hubiera matado a otra persona y ni qué decir de los problemas que con ese hecho me pudiera traer. El Educador Pablo, que regresaba de la cafetería con un vaso de poliestireno lleno de café bien cargado —como le gustaba—, al ver la situación soltó el vaso en el piso y corrió hasta el herido, pidiéndole a El Negro Mama que fuera rápidamente hasta donde la secretaria para que pidiera una ambulancia: “Ahora sí la hiciste, hijueputa... Si no llega vivo, te vas a podrir aquí y luego en la cárcel, malparido”, me dijo el Educador, a la vez que trataba de revisar los signos vitales de la víctima, cosa que parecía no tener ni idea: “¡Mi café..., pásame mi café!”, le ordenó a El Molleja.

Fui llevado por el Educador Ernesto al calabozo, que quedaba a un costado del Hogar Uno. Desde ahí pude escuchar la sirena de la ambulancia, en la que se llevaron al ofendido. A pesar de que no me caía bien, deseé que no muriera; solo tenía la edad de mi hermano mayor, por lo que era aún muy joven para morir.

Ansiaba mi libertad como nunca, tal vez porque era consciente de que estaba a punto de perderla por mucho tiempo. Me arrepentía, luego me justificaba, pues actuaba según las circunstancias; luego, me confundía, mi ser era un mar de incertidumbres, no sabía identificar entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, todo era fastidioso e insufrible en mi corta existencia; pensé seriamente en suicidarme.

La noche, como siempre, fue fría y larga.

En el calabozo, se me vedó la comida hasta el otro día. Como era domingo y las visitas llegarían de nueve de la mañana a cuatro de la tarde, el Educador Ernesto me hizo salir por un momento del calabozo para que me bañara: “¡Qué tal algún *judío* se acuerda de que existes y te vienen a visitar!”, dijo, como profetizando. Después de asearme y tomar el peto, me condujo nuevamente al calabozo. Le pregunté por El Popeye y dijo que estaba aún en el hospital, que se había salvado “por un pelo”, pero que, si se le dio por poner la denuncia, me tendrían por lo menos de tres a cuatro años más, por intento de homicidio: “Lo único que ganaste fue el respeto de los demás reos y Educadores; eso hace más llevadera la cosa, ya que el pasado mes un pelado se suicidó, se cortó la yugular con un pedazo de vidrio de aquella ventana que está rota, y dejó escrito en un papel que el Padre y el Educador Pablo lo violaban constantemente...; yo encontré la nota, pero cometí el error de mostrársela al Padre y nunca más se supo de ese papel, que hubiese sido una gran prueba”, comentó, asegurando el candado del calabozo.

Cerca del mediodía, regresó el Educador Ernesto y me preguntó el nombre completo: “Si es así como dices, tienes visita”, dijo, mientras quitaba el candado de la reja.

Me pareció un mal chiste: ¿quién demonios iba a visitarme? Y, si era así, por supuesto que no quería que fueran mis padres: ¿qué reacción podrían tener al verme en ese lugar? No quería que conocieran la desgracia en la que había caído.

El día pintaba bien, pero aún se veían algunos charquitos de agua debido al aguacero de la noche anterior. Un escarabajo se esforzaba por llegar a no sé dónde y el viento leve rozaba mis frías piernas, queriendo opacar la calidez del sol, haciéndome temblar o tal vez los temblores de todo mi cuerpo eran efecto de los nervios.

Algunas familias reían y otras lloraban en las mesas del gran restaurante. Y, más allá, en el fondo... No lo podía creer, ¡eran ellos!

Mis padres y mis dos hermanos mostraron una sonrisa cuando me vieron. Me acerqué temeroso y pedí la bendición a mis padres. Mi madre se soltó en llanto: “Te buscamos por todos lados, en los CAI, en Fundaciones, hasta en los hospitales, pero nadie daba razón; pensamos que...”, y el llanto apagó las palabras de mi madre. Mis hermanos me preguntaron cómo estaba y dije que “bien”, pues no quería generarles más preocupaciones. Mi padre sacó de una bolsa unas galletas saladas con mermelada y comimos todos, hablando de la familia y Juguete, el perro de la casa que había muerto de rabia. En ningún momento me preguntaron por qué estaba allí y por qué había huido de casa. Ninguno se hubiera sentido cómodo con el tema. Mi padre me comentó, además, que en el colegio yo tenía una sanción por haber insultado a la maestra de inglés en uno de los exámenes y que ya no podrían recibirme nuevamente. Lo extraño es que me lo dijo en un tono jovial; era evidente que su corazón se había ablandado.

Cuando se llegó la hora de partir, les dije que no se preocuparan por mí, que iba a estar bien y que nunca más les daría problemas. Parecían comprender mis palabras: “Cuídese

mucho, hijo mío, y no deje que el diablo lo guíe por un mal camino; tal vez no hemos sido los mejores padres, pero lo queremos mucho”, dijo mi madre, tomándome del hombro. La calidez de su mano me brindó una sensación de confianza inexplicable, pero, a la vez, me hacía sentir culpable; le pedí de corazón que ya no me visitaran mientras estuviera en ese lugar, que cuando saliera los buscaría para arreglar todas las cosas. Por supuesto, era un placebo, una mentira que trataba de mitigar el sufrimiento, pues ya había jurado no volver a casa y también ellos así lo comprendieron. Desde la salida, me lanzaron el último adiós con sus manos; me partió el corazón ver a mi madre secando su llanto. Los demás, aunque mostraban la rudeza y el orgullo de mi padre, no podían ocultar la aflicción en sus miradas; su sonrisa era un esfuerzo exterior por ocultar la tempestad interna.

Fui conducido nuevamente al calabozo.

El día miércoles de la siguiente semana, fui llamado a audiencia. Popeye ya se encontraba mucho mejor; sin embargo, solo llegó su abogado de oficio. A mí se me había designado una defensora de oficio, que no habló ni para ella misma; en consecuencia, fui condenado a cuatro años, sin rebaja, por intento de homicidio.

—¿Qué es eso? —le pregunté a mi defensora.

—Que quisiste quitarle la vida.

—¡Nooo!, yo solo me estaba defendiendo.

—No importa, por poco y lo matas.

—Hay posibilidad de que me rebajen.

—Realmente te dieron muy poco, pero, como no tienes antecedentes y estabas activo en el estudio, seguramente te rebajen unos seis meses y, por buen comportamiento, otros seis; ¿quién sabe? La ley aquí en Colombia se aplica a unos de una forma y a otros de otra; he visto casos graves que no pasan de un año; por ejemplo, lo de este chico que violó y mató a una jovencita de un pueblo, el alias “Pitufo”, en año y medio ya estuvo afuera. Eso sí, la familia era de platica. Vos ¿tienes *platica*?

—No.

—Te jodiste. El dinero suple a Dios y sus valores morales en nuestro tiempo y, sobre todo, en nuestro país.

No entendí.

Nuevamente fui conducido a Ángel Custodio.

Cuando llegamos, se celebraba una misa de no sé qué, pero el Padre Fabricio presentaba a dos hermosas jovencitas que harían parte del coro a lo largo de la misa. Sus voces eran definitivamente angelicales: “*Perdoona a tu pueblo, Señoor; perdona a tu pueblo,*

perdónale, Señoor. —Entonces, comencé a pensar en el dolor que les había causado a mis padres, y me sentía el único culpable. Quizá fui muy cobarde para afrontar la vida que llevaba—. *No estés eternameeente enojaaado. No estés eternameeente enojaaado, perdónale, Señoor* —hubiese querido encontrar el verdadero culpable, saber por qué actué de esa forma, ¿fueron mis padres, quizás? No lo sé; pudieron haber sido el colegio o la sociedad en general; lo que sí es que yo estaba pagando por ello y, por supuesto, también mi familia—. *Perdoona a tu pueblo, Señoor; perdona a tu pueblo, perdónale, Señoor.* —Recordé las lágrimas de mi madre, la expresión en los ojos de mi padre y mis hermanos; no quería repetir ese momento nunca más en mi vida—. *Por tus profundas llaagas tan crueeles. Por tus salivas yyy por tus hieees, perdónale, Señoor.* —La muerte se me presentaba como la única opción, la más sensata. Una vida que se desgracia tan rápidamente no visualiza un mejor futuro, pero, entonces, ¿cómo lo haría? ¿Tal vez con una soga, como lo había hecho aquel muchacho del árbol de eucalipto? —. *Perdoona a tu pueblo, Señoor; perdona a tu pueblo, perdónale, Señoor.* —Solo era cuestión de buscar la soga y acabar con mi precaria existencia. Pensé que ya había probado de todo para encontrar la vida que suponía merecía. Nada funcionaba. Nada me había dado la paz que buscaba, la comprensión, la libertad; todo era caótico, donde quiera que fuera; el único aliciente era perderme en los efectos de la Laca; sí, eso es: o me mato o me pierdo en los efectos de la Laca para siempre; no hay de otra—. *Por tus heridas de pieees y de maaanos. Por los azotes taaan inhumaaanos, perdónale, Señoor. Perdoona a tu pueblo, Señoor; perdona a tu pueblo, perdónale, Señoor*”.

“Ahora recibiremos el cuerpo y la sangre de Cristo. Abra la boca, por favor... El cuerpo de Cristo...”

CAPÍTULO XI

ENTRE PUTAS Y LADRONES

Pasto, jueves 22 de noviembre de 2001.

El fastidioso sonido de las últimas gotas del aguacero nocturno que caían sobre el techo de zinc terminó por despertarme.

Nuestro pequeño hijo aún dormía sereno a mi lado izquierdo. De la puerta que daba al patiecito entró Nesly, envuelta con una toalla que le tapaba desde los pezones hasta un poco más arriba de las rodillas.

—No hay café ni pan, ¿qué le vamos a dar al niño? —preguntó, con cierto mal genio.

—No sé. Ahora veo qué hago —contesté, mirando la luz que se colaba por las hendiduras de las paredes de tabla y siguiendo las goteras, que se destilaban por las amarras del techo y unos orificios forjados por la herrumbre de la lata, formando charquitos en el piso de tierra.

—Arroz tampoco hay, ni sal; solo queda un poco de aceite que me regaló mi mamá el otro día que fui a visitarla —dijo, secándose sus jóvenes y tersos muslos.

—Hoy quedé a verme con “El Galvis”...; tenemos una *vuelta* pendiente. Si todo va bien, compramos comida y nos vamos de paseo a alguna piscina... Lo prometo —le dije, pero mentí cuando dije que mi cita era con “El Galvis”, un bandido reconocido, que residía en El Castillo. Realmente, me había quedado a encontrar con mi prima Magaly, que vivía en el Hotel Real, en plena zona de tolerancia.

—Si no llegas hasta las diez, no me encontrarás en casa —dijo, pero no parecía tan convencida de lo que acababa de decir. Esas palabras, ya se las había escuchado antes, por ello lo tomé como una especie de broma.

Mi pequeño hijo se despertó. Alzó la cabeza con algunos cabellos pegados en la sien por el sudor. Miró a su alrededor un poco confundido y lloró.

—Es seguro que se levanta con hambre —dijo Nesly, tomándolo en sus brazos y tratando de consolarlo. Su seno quedó al descubierto y sentí una leve erección.

—Venga, acuéstese un rato más —le dije, frotándome los testículos por debajo de las sábanas.

—Deberías más bien ir a buscar quién te fíe una libra de arroz..., al menos para pasar el día de hoy —dijo, frunciendo el entrecejo.

Me levanté enojado, tanto por la respuesta a mis deseos como por la situación en la que nos encontrábamos. Bajé mi pie de la cama y pisé un charco; las medias se me empaparon. Maldije mi suerte.

Desde que conocí a Nesly, había tratado de cambiar de vida, de dejar el alcohol, el basuco y el pegante, así como ella lo había hecho, pero no tenía su misma fuerza de voluntad para hacerlo; eso me encolerizaba, porque, en el fondo, quería otra vida para mi hijo y para Nesly, y las condiciones se nos fueron presentando favorables, pues habíamos pasado de vivir en la calle a levantar un ranchito de madera en un lote de tres por cuatro metros, que le heredó su abuelo materno. Esto lo veía como una gran oportunidad...; hasta había pensado en buscar un trabajo. Sin embargo, ya era bueno para escapar coches, *sopletear* bolsillos y batanear carteras, pero, además, mi ansiedad por consumir Sacol y basuco era mucho más grande.

Ofendido, lavé mi cuerpo en una poceta provisional, que se compartía con otros invasores del terreno, y me arreglé rápidamente con la mejor de las ropas. Cuando me iba, Nesly seguía amamantando a nuestro hijo sentada en la cama y con los ojos llorosos. Me le acerqué y le aseguré que ese día comeríamos como nunca. Toqué la cabeza del infante de escasos dos años y le dije que más tarde lo llevaría de paseo: “Me espera”. Al salir, escuché un sordo quejido; era el niño, que venía tras de mí con sus pequeños y torpes pasos; sus brazos se extendieron pidiéndome que lo llevara. Le dije a su madre que, por favor, me lo apartara, porque estaba de afán; ella lo cargó en su regazo y salí rápidamente. Había dado algunos pasos apresurados y regresé la mirada... Estaban parados en la vieja puerta de madera, mirando cómo me alejaba. Me pareció extraño ver las lágrimas que corrían por las mejillas del pequeño sin ser acompañadas por gemidos o griteríos; nunca lo había visto llorar en silencio. Un dolor en el pecho o quizá una corazonada me invitaba a quedarme. No hice caso: “la necesidad tiene cara de perro y corazón de piedra”, pensé. Fue la última vez que tuve la oportunidad de verlos.

Bajé por la loma que se conocía como *El Segundo piso*, y que se ubicaba al lado derecho del barrio El Común, justo por encima de El Castillo, para ver si encontraba algo de Sacol. No cabía duda de que ese era el lugar ideal para el consumo de las distintas drogas. Si uno andaba varado, lo más seguro es que allá encontraba, aunque fueran migajas de su adicción. Aquella loma se dividía en dos por un sendero que tenía la forma de una banda cruzada. Era un sendero propicio, en el sentido en que, desde abajo, desde la carretera, daba la impresión de no haber nadie, ni un alma, pero, una vez adentrado en el sendero, se encontraba uno con drogadictos de todo tipo y de toda clase social y económica de lado y lado. Los que estaban en la parte superior eran los *basuqueros*, que preferían el basuco que se vendía en El Común, donde “El Negro Fredy” —ya que, para entonces, su merca ganaba en calidad respecto a la que se vendía en El Castillo—; y los de abajo eran los que preferían comprar *cripy* o marihuana en El Castillo. Entre estos últimos se revolvían los *sacoleros*, también conocidos como *funderos*, que compraban el pegante en los almacenes de zapatería de La Veintitrés.

Buscaba unas cuantas inhalaciones de Sacol, porque eran para mí la vitamina que me ayudaba a combatir los nervios cuando de robar se trataba. Sin embargo, ese día se pintaba extraño, pues no solo tenía el estómago vacío y estaba sin dinero, sino que también a los *sacoleros* se los había “tragado la loma...”

Solo allá, al otro extremo, por el lado de los *basuqueros*, vi a un tipo acompañado de un niño y su mascota. Me acerqué sigilosamente, para que no se espantara —pues tenía serias intenciones de sacarle dinero... o droga. Guardé mi navaja bajo la manga de mi saco y, cuando llegué, pude ver en su mirada cierta malicia o, como se dice comúnmente, “El diablo reconoce a sus demonios”. No obstante, era la primera vez que lo veía en ese lugar.

—¿Tiene un poco de Sacol? —le pregunté, mostrando cierto respeto, para saber en qué terreno estaba pisando: así lo hace todo bandido, ya que en la primera respuesta uno se daba cuenta si eran tipos temerosos y manipulables o si, por el contrario, eran pólvora en potencia, que había que respetar y vigilar, no fuera que los papeles se invirtieran y pasara uno de victimario a víctima.

—Nada, ni siquiera me gusta esa mierda. Eso es para desechables. Mejor, si se quiere trabar, péguese un *plon* de esta; esto es lo mejor que me han vendido acá en Pasto —dijo, poniendo en la palma de su mano una considerable cantidad de marihuana tipo Mango biche.

Dudé...

—¿No me diga que mete pegante y le da miedo meter marihuanita?! —preguntó, con cierta admiración.

—No, para nada. Solo que no meto marihuana para escapear —dije, ocultando mi pavor a la marihuana.

Un pavor justificado, pues, cuando estuve en Ángel Custodio vi el caso de un joven, que lo apodaban “El Tano”, que, después de fumar Punto rojo, se quedó en el viaje, perdió el juicio totalmente... Aún sigue recluido en San Rafael, en el pabellón de los locos. También estaban los casos de “El Chispas” y el del ya finado “Tiritingo”, que desde muy jóvenes quedaron presos en “otro mundo”. Al primero se le conocía como “El Chispas”, porque, un día, después de fumar Punto rojo, cargaba un machete con el cual iba por todo lugar golpeando el piso, tratando de sacar chispas y, si la policía o su familia le quitaban su machete, de una u otra forma se buscaba para comprarse otro. Así quedó de por vida. En el caso del famoso “Tiritingo”, tenía otra peculiaridad. Se cuenta que desde el primer día que fumó marihuana, el tipo reía de repente y sin ningún motivo; además, todo su cuerpo temblaba sin parar, defecto que también lo acompañó por el resto de sus días. Lo extraordinario de “El Tiritingo” era que, a pesar de su exagerada tembladera en las manos, tenía una habilidad impresionante para llenar papeletas de basuco en los cigarros y, mientras los llenaba, se daba el lujo de hablar y reír a carcajadas. Cuando uno pasaba por la loma en horas de la noche, se podía escuchar la sobrenatural risa que salía de la zanja, donde era su

guarida: “Esa risa es porque está *pegándolo*”, decíamos. Después de su fallecimiento, sus risas se seguían escuchando, especialmente después de la medianoche; por ello nadie había ocupado su *cambucho*. De ahí mi horror a la marihuana. Lo que no sabía era que el Sacol y el basuco eran, con mucho, más dañinos, pero a esa edad es más común andar generalizando experiencias particulares.

—Hágale, socio...; con esta bareta va a tener más lucidez para hacer los *business* —dijo, con un inglés que no le quedaba.

Mi orgullo de bandido superó mis temores y me impidió negarme; igual, ¿qué más daba?, el día no pintaba para ponerse de caprichoso...; todo lo que llegara ya era ganancia.

Me senté en el llano a contemplar la habilidad de aquel hombre, de unos cuarenta y pico de años, para armar su cigarro de marihuana. Con las uñas de los dedos pulgar e índice de su mano izquierda, trillaba la marihuana, que estaba en la palma de su otra mano, reduciéndola a ripio muy fino, botando de cuando en cuando las semillas —o “los piojos”, como se les conoce en el bajo mundo—; posteriormente, y de manera sutil, sacó una pequeña Biblia de la pechera interior de su chaqueta, arrancó una hoja al azar y le daba forma rectangular, doblando, salivando y cortando. Echó el ripio sobre el papel y lo envolvió, apretándolo con una peineta de bolsillo...; luego, lo selló con saliva utilizando su labio superior y su lengua. No demoró más de cinco minutos.

Le prendió fuego...

El niño y la mascota se acercaron rápidamente al hombre y lo velaban con cierta ansiedad.

—¿Él es su hijo? —pregunté, apuntando al infante que terminaba de acomodarse con su cachorro.

—No, de mi esposa. Ella es del Putumayo (usssh, usssh) —dijo, aspirando con exageración el humo frenético y espeso.

—Y, ¿usted?

—Yo soy de acá, de Pasto, (ssshuff) —contestó, votando el humo y esparciendo un olor característico.

El perro y el niño se acercaron tanto al hombre que por poco y estaban encima de él. “Bueno —pensé—, así es la curiosidad”. El hombre seguía fumando y poniendo saliva al varillo en la parte que se quemaba de más, nivelando así la candela consumidora: “La curita no debe faltar”, dijo. El perro levantaba las orejas muy atento, moviendo su delgada cola y con los ojos puestos fijamente en la boca de su dueño y en el humo que botaba. El niño repetía, a su forma, el comportamiento del perro.

—¿Y la madre del pequeño sabe que usted fuma marihuana? —pregunté.

—Sí... Creo. Igual, ya está acostumbrada... Verá, camarada, le voy a contar... Ella era la mujer de mi tío que vive en las afueras de Orito; él tiene allá un cultivo de marihuana..., y otro de coca —aspiró de manera exagerada, retuvo el humo lo más que pudo y continuó—: cuando me quedé sin trabajo acá en Pasto, mi tío me ofreció trabajar con él en uno de sus terrenos. Me fui —en ese momento me pasó el varillo para que fumara—. Desde que llegué allá, su mujer estaba toda coqueta y cuando mi tío se iba al pueblo, yo me la *papiaba*. Usted sabe..., la carne es débil. ¡Pero fume, fume, pelado, que se acaba y somos cuatro!

Supuse que trataba de bromear con lo de “somos cuatro” y reí forzosamente. Luego, fumé temerariamente..., tosí.

—Esa hijueputa es buena —dijo.

—¿Quién?

—La marimba. Por eso lo pateo. Esa que cultivaba mi tío era una porquería; no sabía a qué hora acabarme eso, que parecía más mierda de vaca que marihuana...; me arrepentía de haber cargado con esos cinco kilos. No ve usted que me le traje a la mujer, al hijo, a la mascota, a sus ahorros y los cinco kilos de marihuana prensada que se acabaron la semana pasada —dijo, levantando al pequeño y acomodándolo en sus piernas.

No podía dar crédito a lo que siguió después: el hombre aspiraba el humo y luego lo vaciaba de a pocos en la boca del infante. Lo mismo hacía con su mascota. Después de repetir por tres veces el ritual, el niño y el animal salieron corriendo a jugar... Me sentí avergonzado por haberme mostrado dubitativo a la hora de fumar, pero, también, sentí una especie de lástima por el pequeño, que me recordó a mi hijo y a Nesly, la promesa que les había hecho y, sobre todo, el hambre que seguramente estarían padeciendo.

—¿La mamá no se da cuenta de que el pequeño llega trabado? —pregunté.

—No, o no sé; igual, ella piensa que cuando lo saco a jugar, el niño llega más feliz y hambriento que nunca, ya que antes ni siquiera hablaba; ahora es una lora y come todito. Ella es feliz con eso y, si ella y su hijo son felices, también yo lo soy.

—Esa *bareta* parece que no hace nada —dije, escupiendo un poco de ripio, que había tragado al aspirar con fuerza.

—Péguese otro par de *plones* y espere con paciencia; esta marimba es traicionera.

Fumé nuevamente y no veía algún cambio en mi percepción, tan solo un leve relajamiento de mis músculos, pero nada de qué preocuparse.

Me siguió hablando de su tío..., creo. Solo escuchaba su voz como un complemento de la naturaleza, ya que yo me había fijado en el juego extraño del niño y su mascota.

—¿No cree? —preguntó.

—¡Ah!... Sí, sí —contesté, sin haber reparado en la oración anterior a la pregunta.

Quise concentrarme en lo que él decía, pero ahora me detenía en su gorra: era vieja y con un aspecto sórdido; de ella se escapaban algunos cabellos que ya se teñían de blanco; me horroricé de la vejez y la muerte y, viéndolo con más calma, el tipo era más viejo de lo que me suponía; su rostro me era muy ajeno, estaba frente a una novedad: “¡Eso era el tiempo, novedad!”, pensé.

—¿Sí o no?

—¡Claro! —contesté, con la suposición de que me había leído los pensamientos. Sonreí.

El niño regresó y pidió con gestos un poco más de humo. No se le negó. De la nariz del pequeño salía una cascada de humo; imaginé a la marihuana como un espíritu que se interna por la cueva bucal y deja una parte de su esencia —la parte maligna de su esencia— y sale por la nariz ya purificado. El tipo me alcanzó nuevamente el varillo y lo recibí; deseaba más, mis músculos y mente estaban completamente relajados. La existencia era benévola, todo aquello que nos circundaba era armonioso: “Todo esto se ha hecho para que lo contemplemos y gocemos, ¿por qué somos tan hostiles con la naturaleza?”, me pregunté. Levanté el varillo hacia mi boca para que la esencia maligna siguiera actuando en mí y, cuando estaba por aspirar, miré la candela que iba consumiendo el papel bíblico... Estaba a punto de quemar el nombre de “Jesús”. Sentí pánico..., pero el quejido de la mascota por la caída de su pequeño dueño encima, me sacó una carcajada, que no pude contener; el tipo me miró sorprendido; su rostro era en extremo caricaturesco; me tomaba el estómago de la risa: “¿Qué?”, dijo aún, con esa expresión de idiota..., no pude aguantarme el ataque de risa...

Para minimizar el sorpresivo ataque, me volteé para otro lado, con vistas a la ciudad, y la gran montaña se había convertido en un enorme barco que navegaba en medio de un mar urbano, un océano quedo y tranquilo. “Toooma, hijeputaaa” dijo el niño, dando una patada en la panza a su mascota, lanzándola por unas ramas. ¡Era imposible!: el chillido del perro, la actitud del pequeño, sus palabras y la gorra del tipo que se caía cuando lo reprendía por el acto, me soltaron otra vez en carcajadas; temí quedar loco..., y aun así reía y reía...

Le pedí la última fumada y el hombre, un tanto enojado, dijo: “Me queda solo la pata, pero yo tengo un *mata-patas*”, completó, tras un corto e incómodo silencio, y del bolsillo de su pantalón sacó un pequeño tubo de bambú, donde insertó la colilla del *bareto*; era una forma muy práctica de consumir todo el varillo sin quemarse los dedos. Fumé. Le di la espalda y bajé por la loma sin despedirme. A medida que iba bajando la loma, el piso parecía correrse; temía caerme. Caminé y caminé, pero la loma se hacía interminable; los gritos de juego del niño y los ladridos del perro que jugueteaba los seguía escuchando claramente; eso me desconcertaba, porque ya había caminado un buen rato; creí que las voces se habían anidado en mi cabeza, así que, para cerciorarme, regresé la mirada para ver lo lejos que ya estaban...; me sorprendió ver que no estaba a más de veinte pasos y, a pesar de mi corta vista, pude ver al hombre, que todavía aspiraba humo del pequeño tubo de bambú. Decidí correr. Me agité

pronto. Tenía los labios demasiado reseco; podía sentir cómo mi lengua se pegaba contra el paladar de una forma lenta, muy lenta; tanto afuera como adentro de mí, todo se ralentizaba en proporciones exorbitantes, estaba atrapado en un mundo incontrolable y, aunque no se ponía de manifiesto ningún malestar corporal, excepto las ganas de algo líquido, mi mente entró en pánico, más cuando alcé la mirada hacia las montañas que rodeaban la ciudad: unas montañas que impedían ver más allá, que limitaban y quedamente sofocaban. El azul celeste, capa indiferente y mortuoria, invitaba a un vacío insondable, inalcanzable, que se fardaba mordaz en su infinitud: “Somos tan limitados”, pensé. Cuando, por fin, llegué abajo, a la carretera, no podía gobernar mis movimientos. Algunos carros eternizaban su pito informándome que saliera de la mitad de la calle, pero, por más que quería, no podía hacerlo. Para mi suerte, me encontré a la joven esposa de un amigo de mi padre, Kelly. Le pregunté si podría ir con ella hasta el centro; me miró un tanto extrañada, pero no se negó.

—¿Adónde vas? —preguntó, tomándose del brazo para que caminara por el andén. Vi su rostro y estaba más hermosa que nunca, más cuando vi que llevaba puesta una falda que dejaba al descubierto sus hermosas piernas.

—A “La Mocha” —contesté.

—¿Y eso?

—A ver a mi prima Magaly; con ella *despegamos* lo del día —eso me recordó que debía llevar algo de dinero para la comida de mi mujer y mi hijo, que posiblemente estarían ansiosos esperándome.

—¡Ah!..., ya. Yo bajo hasta El Parque de los Periodistas; hasta ahí lo puedo acompañar, ¿le parece?

Su voz me pareció muy sensual...; el sonido de sus tacones, sus piernas, su perfume, su presencia, toda ella era irresistiblemente deseable; mi pantalón, en la entrepierna, se comenzó a inflar; no pude controlar una fuerte erección. Esperaba que ella no lo notara y traté de pensar en otra cosa, pero era inútil; cada vez me sentía más excitado con su presencia; ella pareció notarlo y soltó una sonrisa angelical.

—Le da gusto verme.

—Sí, claro; usted es una mujer muy hermosa. Envidio a don Pacho.

—No creo las cosas que usted dice.

—Y ¿por qué no?, no me ve lo emocionado que me encuentro.

—Lo único que veo es que está muy trabado; debería comer algo para que le baje esa traba.

El camino se me hizo largo; también la erección.

Cuando estaba por despedirme de Kelly, le dije que si no fuera mujer de un conocido, ya le estuviera pidiendo un besito; se lo dije esperando a que me correspondiera; no obstante, se limitó a sonreír y se despidió con la mano.

Llegué con toda y erección a La Mocha, calle en la que se encontraba casi de todo lo que los bajos instintos de un mortal reclaman. En aquella calle quedaba el Hotel Real, donde vivía mi prima Magaly con algunas de sus amigas, que trabajaban en el oficio de la prostitución, la venta de drogas y asaltando a los borrachos que salían de las cantinas. Le pregunté a una de ellas si había visto a “La Negra Diana”, como en la zona se la conocía. Negó con la cabeza. La mujer, que bordeaba los cuarenta años, llevaba puesta una minifalda roja, mostrando sus blancos y carnosos muslos.

—¿Cuánto? —le pregunté.

—Quince la hora.

—¿Los tres platos?

—No, no sea atrevido; solo el gallo.

—Diez mil tengo —le dije, fingiendo buscar en mis bolsillos.

Se negó.

Con la erección intacta, me fui hasta donde otra de las mujeres, que tenía un trasero excepcional.

—¿Ha visto usted a La Negra Diana?

Negó con la cabeza.

—¿Cuánto? —pregunté, queriendo tocarle el trasero. Levantó las palmas de las manos, cinco de una mano, cinco de la otra, y, luego, otros cinco más...

—Diez tengo.

Me tomó de la mano y me condujo por el zaguán del Hotel Real, le hizo una señal al encargado y subimos por unas gradas al segundo piso. Sus piernas eran fenomenales, ¡estaba a punto de explotar!, pero me causaba cierta sospecha su forma de comunicarse por señas: “¿Estará enferma?”, supuse, pero ¡qué carajos, estaba muy buena y tenía un bello rostro!, con eso era suficiente; además, yo no tenía para pagarle: “Cuando acabe, me inventaré alguna excusa”, pensé. En esa mujer, “todo era perfecto”. Me llevó hasta el último de los cuartos del segundo piso, el 211; entramos. Me pasó un condón y no sabía cómo ponerlo, pues, ya estando en el acto, me estaba preocupando el hecho de que no tenía plata; sin embargo, era una preocupación que obedecía a una reacción normal del hecho y que sobresalía de entre los laureles neuróticos de mi consciencia, mostrándose, como se muestra una foto, donde no hay viento, ni lluvia, ni acción, pero ahí estaba. Lo que sí era latente era mi erección, un deseo

incontrolable, que se acrecentaba con la desnudez de la emperatriz que tenía enfrente. ¡No lo podía creer!, era un monumento de mujer; estaba viviendo un momento idílico y peligroso a la vez; mis sentidos navegaban en un mar de relajamiento, en un éxtasis, del que no quería escapar nunca.

Antes de la acción, fui hasta el baño y tomé un poco de agua del lavamanos...; el agua parecía demorarse eternidades para atravesar mi garganta. Cuando fui a la cama, la mujer estaba completamente desnuda y me hizo un llamado muy sensual con su lengua... ¡Era un demonio! Un delicioso demonio, que me invitaba a *the dark delights of pleasure*. Pero hubo algo que me desconcertó y era su mano bien puesta en su parte íntima, como si quisiera esconder un tesoro: “¿Qué tesoro escondes?”, le pregunté, bajándome el pantalón, junto con la ropa interior, hasta las rodillas. “Nada, o sí, algo, pero algo muy rico”, dijo, con una voz ronca y tomándome del brazo para que me acueste. No había de otra, me recosté y ella se encaramó sobre mí dándome la espalda, haciendo caer su enorme y redondo trasero en mi entrepierna, que empezó a subir y bajar bombeándome placer hasta el tuétano. Su cabello — negro azabache, largo, liso y muy brillante—, caía por su espalda como una catarata de deleites oscuros, nunca explorados... La tomé de la cintura y la halé con fuerza; su piel era firme y suave; sin duda, era una diosa y, a pesar de que no había desayunado nada en lo que iba del día, me sentía con una carga de energía indescriptible, tanto que la tomé de las costillas y la tiré a la cama; ella rápidamente se tapó su parte íntima; le pedí que se destapara, que yo le estaba “pagando” un servicio y que tenía que obedecer. Una sonrisa se dibujó en sus gruesos labios rojos...; luego, se destapó. Tenía una especie de cinta o esparadrapo, que cubría gran parte de su “vagina”; pedí que, por favor, se quitara eso también y lo hizo de manera más que natural; pensaba que se excitaba mucho más haciéndolo y... ¡sorpresa!

Sí, era un macho, o lo había sido; por lo menos, eso decía su pene.

—Venga, papito, no se asuste por un pedazo de carne de más —dijo, ahora con voz masculina.

Lo pensé... Pensé en lo de “Pichingo parado no respeta culo cagado”, como decía Loren. Pero mi erección disminuyó al ver el paquete incluido; eso sí, no podía entender lo bella que era la mujer transexual y la perfección de su cuerpo, excepto por el “pedazo de carne de más”. Me levanté y subí mis pantalones.

—¡Yo no sabía que usted era...!

—Ese no es problema, papito; por el contrario, si viera que aquí quien gana más dinero somos los travestis...; a los hombres les encanta, pero tienen tanto orgullo que nunca lo admiten.

—¡Pero a mí no!

—Venga, pruebe, verá que le queda gustando; el chiquito es más rico que cualquier vagina paridora. Venga... toque, toque de rico que está, papito.

Me solté y quise salir del cuarto, pero la puerta estaba con seguro.

—Yo tengo la llave cariño y, si quiere que le abra, primero me paga...; es problema suyo si quiere comer o dejar la comida servida; yo cobro por el menú.

—¡Nooo, yo no le voy a pagar nada, porque no hice nada y tampoco me dijo usted que era marica!

—¡Marica, tu abuela!; ¡yo no soy ningún marica, soy *trans*...! Y de aquí te vas solo si me pagas, o te hago un escándalo.

Vi la seriedad con la que lo decía. No me quedó más remedio que sacar mi navaja y lanzar amenazas. Ella (o él), por su parte, sacó de un nochero que estaba en un costado de la cama un enorme cuchillo y, sin ponerse la ropa, se levantó con la intención de apuñalarme. Halé una sábana y me la envolví en el brazo para comenzar la faena; mi erección se había ido al carajo, ahora era hora de guerrear. Me lanzó un viajazo y por poco y me lo pega en la cabeza; me incliné con velocidad y logré rayar parte de su rodilla. Al ver que no me dejaría asustar, golpeó fuertemente la puerta y gritó que lo estaban apuñalando. Corrí a la ventana, pero estaba muy alto y, en menos de un minuto, el encargado llegó y abrió la puerta, el travesti lo asaltó y le dijo que yo lo había utilizado y que no quería pagarle; además, que lo “quería apuñalar”. El tipo, al verme con la navaja en la mano, salió corriendo en busca de “El Rolo”.

“El Rolo” era uno de los que cuidaban y explotaban a las trabajadoras sexuales, ya fueran mujeres, niñas, niños o travestis. Su apodo hacía referencia a que era de procedencia capitalina, donde también coordinaba negocios con trata de personas, pero fue amenazado de muerte, según él, por la violación y muerte de una Agente de policía: “Esa perra me quería sacar más de la cuenta...; ya le había pagado lo de la *vacuna* y la hijueputa quería más, y hasta se atrevió a amenazarme. Como ese día fue sola, me las pillé que estaba cobrando por propio capricho: “¡La chimba!”, le dije, aquí no me vienes a *faltoniar*, y me la parché, pero la hijueputa siguió con sus amenazas de mandarme a matar y le pegué su puñalada en el pecho, sin mente y sin corazón. Al ver que todavía seguía viva, me encarnicé y le mandé otro viajazo en el ojo y otro más en el cuello y en la cabeza, pero la malparida seguía moviéndose y quejándose; entonces, le apuñalé la boca y tres más en el pecho, hasta que quedó privada. Ese mismo día me tocó volarme para acá, a Pasto, pues esas gonorreas de los *tombos* dizque me andan buscando”, nos había comentado a “El Galviz” y a mí una noche de sábado en plena Calle Mocha, mientras consumíamos alcohol y basuco. Ahí era ahora su hogar, en el Hotel Costa Verde y en La Casa Roja, donde había comenzado con el micro tráfico de drogas, y, luego, se había consolidado como amo y señor del trabajo sexual en las calles de esta zona. “Así como cuido a mis putas, mis putas deben cuidarme a mí”, decía cuando estaba borracho y drogado, cobrándoles el impuesto. Su porte de casi dos metros de alto, su mirada que se perdía en los infiernos y su frío actuar le causaban pavor a cualquiera. Tenía, además, una locura impredecible. Cuando uno se lo encontraba, ya fuera de buen genio o no, había que saludarlo corriendo muchos riegos..., y, si uno no llevaba nada para darle, sacaba de su espalda un hacha recortada, pero muy filuda, y le daba a cualquiera, donde le agarrara... Si

lo encerraban por cualquiera de las situaciones, salía a las dos horas, como mucho, pues los policías de ese cuadrante tenían en él su marrano: le cobraban impuesto. Algunas veces debía pagar con dinero, otras con droga y otras con mujeres o niñas. En cierta ocasión, llegó una joven de trece años, que se había fugado de su casa y, para su mala suerte, había caído en la conocida Casa Roja, donde en aquel entonces se hospedaba “El Rolo”. Ese día llegábamos con Loren a comprar unas *bichas* para “llevar en la buena” al susodicho, pues a sus clientes fieles también los cuidaba. Entramos y la joven estaba en un rincón llorando; le pregunté ¿qué le pasaba?, y no contestó. Insistí y me pidió ayuda, pues “El Rolo” ya la había canjeado con unos policías y en unos minutos llegarían para usarla. Y, “¿por qué estás aquí?”, le pregunté; entonces fue cuando me comentó que su padrastro y un amigo de él la violaban desde los nueve años y su madre, por supuesto, no le creía: “Entonces, le cogí los ahorros de mi mamá y me vine a vivir al centro, pero ese hombre que está allá adentro me amenazó, me pegó y dijo que ya me había vendido a dos policías, que vinieron hace un rato, y que volverían en media hora por mí”.

No me quedé a verlo.

Total, “El Rolo” llegó al lugar de los hechos y el travesti me acusaba mientras se ponía el vestido.

—Pero ¿qué pasa, loquito?, ¿no me diga que vino a azarar el ambiente? —me dijo “El Rolo”, mirándome fijamente y con su hacha recortada en la mano.

—Nooo, “Rolo”, usted sabe que conmigo no pasa nada, sino que este marica me *sopletió* las *lucas* y ahora dice que no le he pagado.

—¡Mentira!, ¡eres un estúpido baboso, gaaas!

—Sabe qué, pelado; si sabe lo que le conviene, le doy una hora para que me traiga lo del hotel y la perra, ¡ni un minuto más, oyó loquito! —dijo “El Rolo” levantando su hacha en dirección a mí. Dio media vuelta y se fue.

Mis labios seguían secos y una leve resaca se hacía presente. El efecto de la marihuana seguía patente, pero ya podía controlar mucho mejor cada situación, aunque, al salir del hotel, todo parecía un sueño.

Cerca de la Droguería Santa Isabel, me encontré con “El Ivo”, que venía del otro lado de la calle.

—¡Qué, *parcero*, ¿pa’ dónde?! —lo invoqué.

—Pa’ donde van todos los mortales —contestó con alevosía desde el otro lado.

—¿Ya tiene “paciente”?

—Notas, pero por la avenida vi un campeche; ese muñeco tenía el bolsillo grueso, mínimo llevaba un palo —contestó, cuando ya se había pasado de mi lado.

—¿Y qué pasó?

—No, pues, que el *pirobo* pagó puta en la esquina del Agrario.

—Si el fajo era responsable, vamos a esperarlo —opiné entusiasmado.

—Breve, de una.

Bajamos hasta el hotel, donde estaría el supuesto *paciente*.

Pasados veinte minutos, salió el campesino acomodándose la ruana y el sombrero. En su bolsillo derecho del pantalón se alcanzaba a notar el fajo de billetes que traía. “El Ivo” propuso la estrategia:

—Cuando llegue a la esquina, yo lo bataneo y usted, *parcero*, me *para el muro*. Después, si la vuelta es fructífera, nos vemos en una hora en El Parque de los Periodistas.

—Listo, pero vamos a medias, ¿no, socio?

—Usted sabe Fabricio que yo no soy ningún faltón.

Así fue. “El Ivo” se acercó sigilosamente al hombre por la parte de atrás y apuntó, de manera perspicaz, al bolsillo con sus dedos índice y corazón y... ¡zas!, el bolsillo quedó desinflado; “El Ivo” pasó como saeta por mi lado. El campesino empezó a gritar: “¡Ladrón, ladrón...!” y un tipo corpulento que pasaba por ahí quiso perseguir al victimario; mi trabajo era “parar el muro”, detenerlo. Cuando vi la acción, me escondí en la esquina para salir de improvisado y no generar sospechas; entonces, sentí los pasos agigantados y fuertes del tipo y salí... me golpeó con su pecho la cara, lanzándome a la mitad de la calle, y un anciano que iba en su bicicleta Luis quince no alcanzó a frenar y me arrolló; el pobre vejistorio fue a dar lejos, rompiéndose la ceja. El tipo corpulento que había chocado conmigo ni se inmutó, como si hubiera chocado con una pluma. Solo en su camisa, a la altura del pecho, se dibujaba la saliva de mi boca estrellada; sin embargo, había logrado mi objetivo: la gente se preocupó más por el accidente que por el robo. Me senté como pude, para no ser aplastado por los demás carros, y el anciano estaba acostado con la cabeza apoyada en el andén. Por su parte, el campesino hablaba con un par de policías motorizados, que “milagrosamente” pasaban por la zona. La aglomeración de gente fue inmediata..., todos querían auxiliar al anciano.

Por mi mejilla corrió una gota caliente. Mi frente sangraba. El campesino se acercó, junto con los policías, y comenzó a acusarme.

—Vea, señorr, ese, ese vergajo, ese es el ladrrón.

—No, señor, si yo a usted no lo conozco; yo iba saliendo de la esquina y tropecé con el joven que está por allá..., el que está levantando al anciano —contesté, con los nervios de punta, pues sabía que por cada captura los policías recibían una recompensa, especialmente en días de descanso, y, por lo tanto, se dedicaban a encerrar a quien se atravesara, aunque, después, por falta de pruebas, saliera libre. Pero el peligro de esto era que incentivaban a las

víctimas a que inculparan a cualquier bandido o gamín que estuviera cerca del lugar de los hechos y que se sostuvieran para que, de alguna forma, recuperaran algo de lo perdido. Ese había sido el caso del primo “Lucho”. Para su mala fortuna, había estado cerca de un homicidio y, cuando llegó la policía, se lo había llevado como testigo; posteriormente, como nadie sabía nada, le aconsejaron a un familiar del muerto que atestiguara contra la persona que había presenciado el hecho y, claro, él no pudo hacer nada y aún paga quince años de cárcel.

—Vos *sos* la rata, ¿no, malparido? —dijo el policía (apodado “El Correcaminos”), asentándome el bolillo en la herida.

—Ya le dije, mi agente; el hombre que está allá es testigo de que yo solo pasaba y...

—Sí, sí, oficial; el chico se estrelló conmigo, cuando intentaba perseguir al verdadero ladrón; yo doy fe de ello.

El policía me miró, dudoso; me levantó del brazo y me puso las esposas. Preguntó al campesino cuánto era el monto de lo que le habían hurtado y él dijo que seiscientos mil pesos. El Agente le pidió que se tranquilizara y que fuera hasta La Permanente a poner “la respectiva denuncia”, que ellos buscarían oficiosamente al ladrón. El campesino tomó un taxi y se fue a buscar la dirección que le habían entregado los agentes de policía, mientras “El Correcaminos” me llevaba hasta el zaguán del Hotel Costa Verde y me increpaba sobre el dinero. Él no era tonto; sabía con claridad cómo se robaba en la zona y, por tanto, sabía en manos de “quién” estaba el dinero.

—Ve, gran hijueputa; si no me traes la mitad de lo que ganaron hasta las cuatro de la tarde, que acabo turno, te busco, te doy una pela y te hago encerrar unos cinco años, por lo menos; ¡no me falles, rata inmundada! —me dijo, tomándome del cuello.

—Sí; póngase fresco, oficial...; en una hora, más o menos..., ya le tengo lo suyo —le dije, casi sin poder respirar.

Había que cumplirle; esa era otra de las leyes en la zona, cuando se trataba de dinero: los bandidos daban el cincuenta por ciento a los policías para quedar libres; por ello, meterse entre El Churo y La Mocha era un error; allí bandidos y ley eran un *yin y yang*, el mismo revuelto de corrupción con la máscara de la ley; más aún, habían policías, como “El Costeño”, que ya no conocían de escrúpulos: mucha gente inocente fue mandada a guardar por él, también extorsionada; no se salvaban ni siquiera los pequeños mercaderes de frutas y verduras del lugar; a todo el mundo quería cobrar impuesto o incriminarlo; hasta quiso extorsionar a choferes de la empresa Transipiales, pero su intento fue fallido: “¡La ley es la ley, hijueputas!”, pasaba gritándoles.

Salí de casa para buscarme “el pan” y, por el contrario, ya me había ganado dos deudas, con nada más ni nada menos que “El Rolo” y “El Correcaminos”.

La traba me disminuía en la medida en que la resaca aumentaba. El hambre que ahora sentía era insoportable...

Salí a vagar por ahí, mientras pasaba el tiempo para encontrarme con “El Ivo” y sobre todo con el botín hurtado. Después de vagar por un buen rato, fui hasta el Parque de los Periodistas, para recibir mis “trescientos mil pesos” —al menos eso era lo que me tocaba, según la cantidad dicha por boca del campesino—, de los cuales habría que soltar de a ciento cincuenta mil cada uno, para pagar al corrupto policía y, en mi caso, unos veinte mil más para el travesti y el hotel, esperando que no tocara algo más para “El Rolo”; aun así, me sobraría suficiente como para alimentar a mi familia y cumplir lo prometido. Llegué y esperé, esperé..., esperé..., y esperé, y nada. Nadie llegó.

Ya era pasado el meridiano y no soporté más. Me fui a buscar un restaurante, para pedir algo de comida; bajé hasta la Iglesia de La Panadería, donde se encontraba un Asadero de pollos. Me acerqué, para pedir por lo menos las sobras, y, sentado en una mesa, con medio pollo y gaseosa, limpiándose con servilleta fina la boca, estaba “El Ivo”.

Le reclamé.

—¡Qué gonorrea usted, *parcero!* ¿Cómo me va a dejar morir? —le dije, mientras me sentaba en su mesa y apetecía su pollo.

—Socio, yo fui a buscarlo ahí donde quedamos, pero usted no estaba. Pero, bueno, no se ponga mal, que estamos ganados; ¿adivine cuánto tenía el *campeche*?

—¿Cuánto? —pregunté, haciéndome el desentendido.

—¡Cien *lucas!*

—¡¿Qué?!

—Sí, loquito, cien mil pesos. ¿Qué le parece? —dijo, metiéndose una bocanada de pollo.

—¡Cómase su misma mierda, loco!; si el paciente les dijo a los *tombos* que eran seiscientos...; a mí usted no me viene a dar en la cabeza —le dije, sacando mi navaja, listo para utilizarla.

—Esa gonorrea es un mentiroso de mierda; no le crea, mi loquito; los campesinos son así, son agarrados, por eso andan sucios, pero con plata. Más bien, venga, yo le gasto el pollo... Pida, pida, sin miseria, yo lo gasto. Tome, tome, tome sus cincuenta y yo gasto la farra de hoy. ¿Qué quiere, putas y alcohol?... ¿también basuca?, eso es lo que nos merecemos, loquito; pero hágale, pida, pida... —dijo, con una serenidad impresionante.

Me limité a pedir.

Sabía que cuando estuviera drogado, le iba a sacar el resto de plata, eso era inevitable; entonces, le caería...



Figura 11. Dealers. Por: Fernando Luna.

Cuando terminamos el pollo, fuimos hasta el barrio La Alameda y compramos, donde “El Candis”, dos botellas de Ron San Jorge, bebida barata y ecuatoriana, que era con poco alcohol puro. Luego, subimos hasta El Castillo y compré dos bombas de basuco (diez bichas), y un moño de marihuana prensada. Nos sentamos en la loma y comenzamos a consumir de todo un poco. En el fondo, sentía culpa por los míos, pero me daba ánimos pensando en que mi mujer ya estaría en la casa de su madre alimentando a nuestro hijo...; no obstante, no recordaba que su madre había viajado a trabajar a Bogotá hacía apenas unos días. Total, “El Ivo” sacó su pipa hechiza y, tras vaciar la ceniza del cigarrillo y sobre ella el basuco, le prendió fuego...

Repetí el acto...

Los labios y lengua se me amortiguaron y se apoderó de mí un pánico indescriptible. Sentía voces por todos lados y el corazón se me quería salir. Miré a “El Ivo” y estaba pálido, sin palabras, y muy sigiloso se arrastraba y miraba por entre unas ramas, a modo de soldado en pleno combate: “Yo creo que ya vienen, yo creo que ya vienen”, comenzó a murmurar entre dientes. Servíamos más y más San Jorge, pero los nervios y la ansiedad por seguir fumando no se disipaban; por el contrario, cada *pipazo* de basuco era un subir de sensaciones extremadamente placenteras y un bajar a los infiernos de la desesperación, la ansiedad y el pánico. Cada espiración era semejante a botar el alma: la seguridad, el placer, la tranquilidad, todo se lo llevaba el humo, para dar paso a lo infernal.

—Esa basuca está extraña —dije, después de haber tomado otro gran bocado de San Jorge.

—Está muy buena —dijo “El Ivo”, con un aspecto de muerto, mirando para todos lados y su cuchillo bien cogido en la mano.

—¿Qué extraño?, si se supone que es merca de El Castillo. —Hubo un minuto de silencio...

—No, según El Rey, se la trajo La Estela, la de La Cuesta... A él se le había terminado.

—Ahora entiendo... Esa vieja le echa polvo de hueso de muerto.

Seguimos tomando y fumando hasta que estaba por oscurecer. Las botellas de San Jorge se habían acabado y “El Ivo”, lleno de pánico aún, armó un cigarro de marihuana: “Para los nervios”, aseveró. Pero en ese cigarro le echó el último basuco y un poco de perico, que tenía reservado para la resaca del día siguiente: “Este es un príncipe”, dijo, con el fósforo encendido alumbrando su cadavérico rostro.

Divagábamos en un sentimiento ambivalente, sobre el cual no podría dar explicación. ¿Cómo se podría explicar uno que el horror y la ansiedad se confunden con el relajamiento y el placer hasta formar uno solo?

Fuimos por una botella más de San Jorge.

Olvidado de todos los problemas en que me había metido, bajamos a “buscar putas”. Llegados a la Avenida Colombia, nos detuvimos antes de cruzar la calle, hasta que el semáforo se pintó de rojo. Estaba por cruzar y vi que desde un taxi un pasajero me hacía señas con su mano. Me acerqué y era un tipo bien vestido, robusto; por su aspecto parecía de buena familia. Se puso un poco de polvo blanco en la horqueta que se forma entre el radio y los huesos carpianos de la muñeca e inhaló por sus fosas nasales; luego, vació otro poco y, con un gesto amistoso, me pidió que repitiera el acto. No lo dudé... Aspiré con fuerza y sentí cómo bajaba por mi garganta un sabor amargo y empecé a moquear. El semáforo se pintó verde y el taxi arrancó.

Del otro lado de la calle estaba “El Ivo”; quise pasarme para alcanzarlo y...

Uno, dos, tres golpes leves en la cabeza... Abrí mis ojos y un pequeño rayo de luz me encandilaba; provenía de la parte superior de los barrotes de una puerta. Pestañee un par de veces y quise levantarme, pero sentí un hondo dolor en la espalda; luego, en las piernas. Alcé la cabeza y un tipo moreno, gordo, con una cicatriz circular en la frente, me volvió a golpear la cabeza con su calzado de olor pestilente, tratando de advertirme que debía encogerme, pues estaba ocupando más espacio del que se me permitía: “¡Levántese, pichurria, o me lo culeo ahí como está, sacando culo!”, dijo, y me levanté, haciendo muecas de dolor.

A mi alrededor, otros seis tipos me miraban extrañados.

Rápido comprendí dónde estaba: “Seguramente fui ingresado completamente inconsciente la noche anterior”, pensé. Tomé mi lugar en la estrecha celda, con un desconcierto total, puesto que no podía, por más que quisiera, recordar nada. En la celda solo podía reconocer a dos, por ser bandidos de renombre: “El Negro Yunta” (aquel que me había despertado), y “El Rey orejas”. Ellos, al parecer, también me reconocieron y no tuve mayor dilema, como comúnmente sucede cuando uno llega a cualquier calabozo.

Como tenía náuseas, pensé en llamar al Ordenanza para utilizar el baño, pero no pasó mucho y la puerta de la celda se abrió. Del otro lado, dos policías, uno de ellos “El Correcaminos”, y otro que no conocía, pero que pronunció mi nombre, con la mirada puesta en una lista que llevaba en la mano, y que, sin apartar la mirada del papel, leyó los cargos que se me imputaban y los supuestos derechos a los que tenía acceso: “*Al señor Mario Fabricio Lunares se le ha impuesto una demanda por hurto agravado, concierto para delinquir e intento de homicidio. La demanda fue hecha tanto por los agentes de policía como por los familiares del ofendido en el lugar de los hechos, y por ahora solo tiene derecho a una llamada*”. Nada de eso me sonaba. Lo único que sabía es que estaba en La Permanente, pues allí ya era un reincidente, solo que, esta vez, con un supuesto delito mayor, y eso mataba mis esperanzas de salir pronto.

Como eran las primeras horas de la mañana, fueron abriendo cada una de las celdas, para hacer uso del sanitario y ducharse. Salí caminando, endeble por el dolor de todos mis huesos

y, en el pasillo, aprovechando la escasa luz que se colaba por el techo, revisé mi cuerpo. Tenía hematomas por todos lados.

Ni desayuno, ni almuerzo, ni cena, nada llegó aquel día...

Cuando ya habían pasado quince días de mi arresto, fui llamado para la última audiencia con la fiscal de turno. Mi mujer e hijo se habían marchado para la capital y “no habría familiares acompañantes del demandado”. Hubo todo un ritual de defensa y acusaciones, de forma tal que el abogado de oficio temblaba, tartamudeaba, y su rostro estaba sudoroso. Me extrañó ver a “El Correcaminos” vestido con ropa informal, sentado en la última banca... “Sí..., ya veo, yo soy una de tus capturas; ¡a vacacionar, *tombo* de mierda!”, quise gritarle. En la audiencia, traté de defenderme diciendo que no recordaba nada y que no podía aceptar cargos “de ninguna putería, si no estaba consciente de ello”. El abogado acusador pedía un resarcimiento para la víctima, pues alegaba que su defendido aún seguía hospitalizado de gravedad con una puñalada que le había afectado las vértebras cervicales, mostrando a la fiscal la documentación clínica.

El doce de diciembre, el caso fue llevado hasta un juez del juzgado segundo, que dictaminó una sentencia de veintisiete años de prisión por los cargos imputados y por no cooperar con la captura de los demás implicados en una serie de robos y lesiones personales menores, que de alguna forma se relacionaban.

No acepté cargos.

En la tarde del veintidós de diciembre, día en que iba a ser trasladado de La Permanente a “Casa Blanca”, los guardias llamaron al Ordenanza para que recibiera las viandas de comida para los reos —el Ordenanza seguía siendo aquel muchacho al que días atrás los policías le habían abierto la ceja, por no querer ingresar a la celda ocho. Seguía ahí porque su caso aún no era resuelto y los juzgados entrarían a vacaciones hasta mediados del mes de enero. El tipo, que cuando ingresó era corpulento, ahora tenía un aspecto demacrado. Ese día, en horas de la mañana, cuando abrió las celdas para la utilización del baño, se le veía ansioso y desesperado.

No contestó al llamado.

Los guardias fueron a buscarlo al baño, exasperados, y lo único que se escuchó fue la exclamación del guardia, cuando dijo: “¡Se mató, se mató; *vení*, Meneses...; el pelado se ahorcó con la manguera...!”.

En horas de la tarde, fui trasladado en una patrulla del IMPIC a la Cárcel Municipal, sin contratiempos.

Apenas estuve dentro del penal, me desnudaron y requisaron cada rincón de mi cuerpo.

Mientras se definía el patio al que sería asignado, me condujeron hasta una celda grande, casi subterránea, a la que le llamaban “La Perrera”. Al ingresar, el salón estaba nublado por

la cantidad de humo de marihuana; adentro, había unos camarotes de cemento provisionales y varios reos, entre ellos “El Truki”. Me saludó con un gesto y, apenas los guardias del IMPIC cerraron la puerta, me pasó un varillo de marihuana, “Punto rojo”. Mientras fumábamos, recordamos nuestro paso por Ángel Custodio. Me recosté. Cerré los ojos y, en menos de lo que pensaba, me quedé dormido...

CAPÍTULO XII

SUEÑO APOTEÓSICO

La calle estaba repleta de universitarios y universitarias que iban y venían. Miré mi vestimenta y estaba limpia, olía bien y cargaba con un maletín de cuero nuevo, que colgaba de una correa que cruzaba desde mi hombro izquierdo hasta la cintura. El aire era puro. El día espectacular. Mientras daba pasos apresurados, pensaba en cuáles serían las dificultades por las que había tenido que pasar para cambiar de vida, dejar mis adicciones y haber tenido la valentía de afrontarlas trabajando y estudiando... Lo más seguro era que mi esposa, Nesly, estaría esperándome en casa con nuestros hijos, un niño y una niña, como siempre lo había soñado.

Era mi primer día en la Universidad. Todo pintaba perfecto.

Llegué hasta la universidad y, algo temeroso, pasé saludando con un gesto unívoco entre los ojos, la cabeza y el medroso movimiento de mis labios, que trataron de pronunciar algo al vigilante. Él me saludo cortésmente. Avancé por el gusanillo que se repletaba de jóvenes estudiantes. A los costados, unas cuantas plantas y, al fondo, casi al final del sendero, un bellissimo *Cersis siliquastrum*.

En algunos edificios se pintaba el rostro del Che Guevara y la figura de Camilo Torres.

Me encontré de pronto frente al Bloque de Humanidades, lugar donde, al parecer, recibiría mis clases.

Fuera del salón asignado estaba parado un hombre de barba prominente y con un semblante refulgente...; no cabía duda de que se trataba del profesor. No sé cómo ni de dónde, pero sabía su nombre: era el profesor Jairo Rodríguez. Reía y conversaba con los estudiantes de una manera cómoda, amistosa, jovial. Lo sentí como algo muy novedoso en lo que podría considerarse comúnmente como una autoridad. Rompiendo con todo esquema, nos hizo seguir al salón de clase y propuso una mesa redonda, en la cual se perdía la imponencia del profesor que manda y daba lugar al profesor que se incluye. Con la naturalidad que le caracterizaba, comenzó su discurso dejándonos en claro que en la Filosofía no había verdades absolutas; que la incertidumbre era fiel compañera del filósofo y que la única forma de ejercer nuestra profesión era leer y escribir, escribir y leer..., de por vida: “Ya que quien no es amigo de los libros, queda estancado intelectualmente”. Y, como si fuera poco, nos invitó a terminar la clase afuera, en un campo de juego, a la luz del brillante y cálido sol, donde se habló de diversos temas, entre ellos lo referente a las drogas y plantas *enteógenas* —tema por el cual sentía una inmensa curiosidad, puesto que quería entender aquel pasado oscuro que llevaba a cuestras—, y con la participación de cada uno de los estudiantes. Nadie se sintió excluido, nadie se sintió ajeno... Fue una charla agradable.

Con cierta extrañeza, observaba al profesor Jairo Rodríguez como una persona a la que conocía desde hacía algún tiempo. Su espíritu me era tan familiar que al final recordé que, por medio de él y sus consejos, había conocido a autores como Alan Watts, Gaston Bachelard, Joseph Campbell, Mircea Eliade, Hermann Hesse, Claudio Naranjo, entre otros, que eran acordes a mis intereses literarios y filosóficos. Y siempre había apoyado incondicionalmente mi inclinación por la literatura oriental; eso había hecho que entabláramos una excelente amistad. Pero, ¿cómo era eso posible?, no lo sabía. Lo que sí es que cada vez todo se me representaba como algo conocido, extremadamente familiar.

En el receso, entablé amistad con algunos alumnos y alumnas que provenían de diferentes lugares del Departamento. Cada uno tenía sus inclinaciones e intereses; eso le daba un poder enriquecedor al momento. Cuando ingresamos al salón de clase, me senté cerca de un tipo llamado Carlos, proveniente de Las Mesas, con el cual habíamos entablado conversación y habíamos convenido en nuestra perspectiva acerca del profesor Jairo Rodríguez... Ambos deseamos que el siguiente profesor fuera de ese mismo o similar talante.

No habían pasado más de cinco minutos cuando llegó el nuevo profesor. Su vestimenta era elegante, delgado, de un metro setenta y cinco de estatura, bien afeitado, y con una aparente seriedad en su rostro. Al verlo, inmediatamente supuse que hasta ahí había llegado el ensueño universitario y que estaría en problemas —como siempre había sucedido en mis años de estudio. Todos miraban en silencio sus movimientos, pues no decía palabra. Entre sus papeles, llevaba un libro de portada color café con algunas letras doradas impresas: “Es el libro de las sentencias”, pensé. Dejó las carpetas en un asiento del rincón y llevó el libro a sus manos, abriéndolo al azar. Se paró al frente y lanzó una mirada panóptica a sus dirigidos... Luego, se presentó, “Soy el profesor Gonzalo J. Mahecha.... De modo que me gustaría comenzar con una breve lectura... Es un poema de Walt Whitman y se titula: “*Canto a mí mismo*”.

Me celebro y me canto a mí mismo.
Y lo que yo diga ahora de mí, lo digo de ti,
porque lo que yo tengo lo tienes tú
y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también.

Vago..... e invito a vagar a mi alma.
Vago y me tumbo a mi antojo sobre la tierra
para ver cómo crece la hierba del estío.
Mi lengua y cada molécula de mi sangre nacieron aquí,
de esta tierra y de estos vientos.
Me engendraron padres que nacieron aquí,
de padres que engendraron otros padres que nacieron aquí,
de padres hijos de esta tierra y de estos vientos también.

Tengo treinta y siete años. Mi salud es perfecta.
Y con mi aliento puro
comienzo a cantar hoy
y no terminaré mi canto hasta que me muera.

Que se callen ahora las escuelas y los credos.
Atrás. A su sitio.
Sé cuál es mi misión y no lo olvidaré;
que nadie lo olvide.
Pero ahora yo ofrezco mi pecho lo mismo al bien que al mal,
dejo hablar a todos sin restricción,
y abro de par en par las puertas a la energía original de la naturaleza desenfrenada...

La reciedumbre con que pronunció esas últimas líneas hizo eco en mí; se convirtieron en saeta que atravesó mi alma de tal forma que despertó en ella una fuerza insondable, una voluntad de vida insaciable: “Atrás. A su sitio. Sé cuál es mi misión y no lo olvidaré; que nadie lo olvide. Pero ahora yo ofrezco mi pecho lo mismo al bien que al mal...” Extrañamente había sufrido una especie de epifanía, una transformación de espíritu que me elevó hacia altos pedestales de conciencia. El profesor Gonzalo J. Mahecha cerró el libro, lo puso sobre las carpetas y se cruzó de brazos, lanzando una mirada serena hacia la ventana... Sus ojos eran fuego. Del otro lado del vidrio, un árbol mecía alegremente sus ramas, que brillaban con la luz del cálido sol de media mañana: “El día es hermoso para desperdiciarlo dentro de un aula. Vayan, tomen aire, ya les estaré enviando documentos para que lean, se enteren y apliquen. No voy a hacer gala de mis conocimientos por tres horas..., soy más bien un incitador que trata de llevarlos a los distintos temas de la materia..., y la vida. Entiéndase que estamos en una sociedad de quejas y búsqueda de culpables... De modo que espero ustedes cambien esa precaria forma de pensar de estas sociedades. No se saca nada con buscar un culpable y descargando la queja en otro..., haciendo catarsis. Recuerden, el fracaso es parte de la vida; somos seres humanos, ¡erramos!; y la gracia no está en destruir, sino en construir, pero, claro, esto último es más difícil y no requiere de quejas... Pues bien, solo me queda decirles que se alimenten bien, hagan ejercicio y duerman lo necesario; el descanso es fundamental para la salud”, fueron sus palabras, y recogió sus papeles, junto con el libro de portada café con letras doradas y, con un chasquido, desapareció del salón de clase... Quedé estupefacto.

Los estudiantes decidimos salir a caminar por el campus universitario y, como si fuese un juego siniestro, el color rosa del *Cersis siliquastrum* ya no estaba, sus hojas se tornaban verde amárelas y algunas de sus ramas estaban secas; también, algunos edificios nuevos se habían levantado en el ala suroccidental. La familiaridad con los compañeros de clase se intensificó sobremanera, pero, entre ellos, había uno que particularmente me llamaba la atención. Su nombre era Davinson: un tipo delgado, de estatura promedio y proveniente de Madrigales, en Policarpa. No sé cómo, pero sabía que su capacidad intuitiva e intelectual en cada una de las materias era fenomenal, y ni qué decir de sus pinturas; las había visto todas y misteriosamente recordaba cada una de ellas. Mi empatía por él era tal que no existían rivalidades; por el contrario, había una admiración mutua, ya que, al parecer, estábamos entre los mejores —algo por lo demás increíble. Hablábamos de una manera fluida, intelectual. Era como si hubiésemos pasado por toda una biblioteca revisando libros y con la sed de saber más, mucho más.



Figura 12. Sendero de la Universidad de Nariño. Por: Fernando R. Luna.

Como una cantinela o un juego cíclico que burla el tiempo, reaparecimos en el salón de clases. Abrí el cuaderno que tenía a la mano y en la parte superior de la primera hoja había una inscripción que titulaba: “Sexto semestre”, y, más abajo, casi por la mitad de la hoja, “Profesor: Dumer M. Guzmán”. Lo insólito de todo esto es que todo manaba de forma abnegadamente natural. Me paré del asiento un tanto desconcertado y fui hasta la ventana del pasillo: me encontraba en el segundo piso del Bloque de Humanidades. Del otro lado de la ventana, a unos cinco metros, se levantaba un *Populus alba*, frondoso y con la clorofila en su máxima expresión. Lo recorrí con la mirada hasta llegar a la base. Al lado del gran árbol, un hombre lo contemplaba, parecía fundirse con él. Al hombre y al árbol los envolvía un aura estremecedora, espiritual, ¡sacra! Regresé al aula de clase, me senté, medité en quién podría ser aquel individuo que se hacía uno con el árbol. Mientras lo hacía, una joven me miraba desde el otro extremo del salón..., sonrió.

Al instante, uno de aquellos que no soportan el asiento en ausencia de profesor y que se paran en la puerta a decir chistes burdos, interrumpió con un: “¡Ya viene, ya viene el profe!”, y con una actitud de escuelero corrió a su silla y se sentó, quietecito. Otros más repitieron esa actitud, que me pareció odiosa. Otros simplemente siguieron platicando con sus vecinos más cercanos, lanzando risotadas y gestos exagerados.

Cuando ingresó el profesor, quedé atónito. Era el mismo hombre que estaba junto al *Populus alba*. Era realmente alto, acuerpado, y su cabello resplandecía con un blanco brillante. Su semblante era desconcertante, imponente, pero, a la vez, suave. Caminó lentamente hasta su silla, hizo un gesto de saludo, acompañado de una sonrisa, y se sentó. Miraba atentamente a los estudiantes, que seguían embelesados con sus charlas, sin que ello le molestara...; por el contrario, parecía disfrutarlo. Sin embargo, su presencia poco a poco fue tomando poder y las voces y risas fueron menguando, hasta que se apoderó un silencio expectativo en toda el aula. Meditó por un momento, se levantó de su silla y escribió la palabra “Ser” en el tablero. Acto seguido, llevó a cabo un tipo de método *mayéutico*, sacando ideas de los alumnos y escribiéndolas alrededor de la palabra, de tal suerte que gravitaban aledañas, sin ninguna aparente relación. Al parecer, nadie había atinado al significado hegeliano de la palabra “Ser”. No obstante, y en un acto por lo demás astuto, relacionó cada una de las palabras expresadas de las mentes confusas y armó, como buen mago, el concepto: “Todos tenían razón de alguna forma, pero en diferentes perspectivas”, concluyó. De manera análoga sucedía con las preguntas al azar. No importaba lo absurda que pareciera una respuesta, el profesor Dumer M. Guzmán tocaba su mentón suavemente, fijaba su mirada en el techo, como queriendo encontrar la iluminación en su cerebro y encauzaba cada una de las respuestas a la fuente; era un maestro en ello. Eso generaba confianza en los estudiantes, pues no los ridiculizaba, sino tenía el don de encantar, exaltar y, lo más importante, no era nada ufano.

Al finalizar la clase, me levanté y le di la mano: “Espero algún día ser como usted”, le dije, mientras él sonreía afable.

Salimos, junto con Davinson, a la Plaza Fuchi, ahora más concurrida y con algunos negocios de comida rápida, que alborotaron mi hambre. Busqué en mis bolsillos y no tenía ni siquiera un centavo.

—¿Usted tiene algo de dinero que me preste? —le pregunté tímidamente a Davinson.

—No, joven Lunares, estamos en las mismas —contestó, buscando con cierta torpeza en sus bolsillos—. Lo único que tengo son unos dulces, ¿quiere?

—Esas son las preguntas que sobran, mi querido amigo —le contesté sonriente.

—¡Ah! Ya recuerdo, hoy no solo tengo dulces..., sino, también..., unas fresas que me trajeron del pueblo, ¿quiere? —dijo, rebuscando en su bolso.

—¿Eso fue pregunta o respuesta?

—Bueno, no está de más preguntar. Que tal y no sea muy amante de los frutos que se pintan rojos —dijo, con indulgente ironía.

En ese momento llegó el profesor Alfredo Ortiz; le reconocí sin más.

—¿Qué tal, chicos?, ¿cómo están? —preguntó, con su acostumbrado buen humor.

—Bien, muy bien, profe —contestó Davinson, quitándole las pequeñas hojas a la fresa.

Con la misma extrañeza de todo lo que se venía dando, se me vino a la cabeza preguntarle por la literatura, la colombiana exactamente, puesto que en mi mente también estaba el hecho que yo me encontraba escribiendo una novela autobiográfica, para mi trabajo final, y “¿quién mejor que el profesor Alfredo Ortiz, para hablar sobre el tema?”, pensé, sin saber por qué lo pensaba.

—Profe, ¿puedo hacerle una pregunta académica? —le dije, mientras mordía la fresa que Davinson le había pasado.

—Sí..., dale..., no hay problema —contestó, masticando y saboreando el sabor ácido y dulce a la vez del fruto que había robado toda su atención.

Antes de preguntar, pegué un mordisco a mi fruta y... ¡sencillamente excepcional, nunca en mi vida había probado una fresa tan dulce! Quedé sin palabras...

—¿Qué era lo que deseaba preguntar, joven Lunares? —preguntó Davinson, sacando otra fresa más grande y roja de su bolso.

—¡Ah! Sí, sí... —dije, saboreando el último bocado, y proseguí con la boca llena—, que... si me podría hablar un poco de la novela urbana..., aquí..., en Colombia. Es para mi trabajo de grado —concluí, después de tragar casi entero por el hambre que traía.

—Bueno, primero hay que recordar que la novela colombiana, cualquiera que sea, carece del aspecto psicológico —contestó el profesor Alfredo Ortiz, sin mutar su rostro por la satisfacción que le selló la fruta—. Creo que los europeos nos superan con mucho en eso; por ejemplo, Dostoiévski, Tolstoi, Camus, Stendhal... ¡Stendhal!, imagínense, chicos, entre muchos otros... Son autores que caracterizan el perfil psicológico de sus personajes de una manera excepcional; eso es algo complejo, ¡casi imposible en la novela colombiana! —Me encantaba ver cómo el profesor se enfervorizaba con la literatura; había pasión en sus palabras, en todo su cuerpo, y esa pasión se transmitía a sus oyentes, al punto que, por él, muchos habíamos quedado atrapados por el mundo literario—. Ahora bien, si logras ese pequeño detalle en tu novela, habrás aportado algo importante a la literatura colombiana —se detuvo un momento, para quitarle el tallito a la fresa, y prosiguió—, y, sobre todo, a la urbana, donde la ciudad se convierte, más que en un escenario, en una proveedora de estructuras ideológicas para crear mundos imaginados, sin que ello suponga apartarse de la realidad... Vean, por ejemplo, el caso de Andrés Caicedo, de Mario Mendoza, de Fernando Vallejo..., en fin... Vea, Lunares, la novela colombiana, que se centra en muchos casos en la ciudad, está más inclinada a ser crónica o documentalista, pero con mucho menos rigor, psicológica —me aseveró, metiéndose el último resto de la fresa que le quedaba.

—¿Qué quiere decir con psicológica? —le pregunté, antes de que pudiera dispersarse en otros asuntos, ya que su popularidad hizo que algunos estudiantes se fueran acercando a saludarlo.

—¿Les gusta el dulce? —interrumpió Davinson.

—¡Yo soy todo terreno! —afirmó el profesor Alfredo Ortiz, frotando animosamente las palmas de sus manos.

—Entonces, ¿qué, profe? —comenté, tratando de hilar la conversa.

—Entonces, verás... —alcanzó a decir, y llegó uno de esos estudiantes neuróticos a preguntar si ya era hora de entrar a clase.

—¡No! —le dije enfático y mirándole fijamente. El tipo regresó por donde había venido.

—Tengo dulces de tamarindo, de mandarina, de cereza, ¿de qué le apetece, joven Lunares? —volvió a decir Davinson.

—¡Del que sea! —le dije un tanto molesto por tanta *interrumpidera*.

—Están deliciosos esos de tamarindo; yo me acuerdo que... —comenzó a decir el profesor, pero lo corté con la pregunta: “¿Qué era lo psicológico en los personajes?”.

—Es muy sencillo, Lunares —contestó—; tiene que ver con las emociones humanas, con las voluntades, con la vida interior de los personajes, en su gran mayoría los principales...;

allí se encuentran las inquietudes, los sentimientos, los temores, los conflictos, las pasiones, etc., y... para lograrlo...

—Hola, profe Alfredo, ¿cómo vamos?... —le dijo otro de los profesores, que tenía su cabello largo y su semblante relajado.

—¡Bien!, bien, ¿y usted qué tal, profe Rodrizales.

—Muy bien..., muchas gracias. En este momento tengo clase con estos muchachos. Me parece que era de ir ingresando.

—Bueno, entonces los dejo... Que esté muy bien, profe... Chao, chicos; queda una charla pendiente —se despidió el profesor Alfredo Ortiz, no sin antes arrebatarse un dulce de tamarindo a Davinson.

—Igualmente —contestó el profesor Javier Rodrizales, haciendo una especie de venia. En ese momento pensé que era un aguafiestas.

En fidelidad a ese juego burlón espacio-temporal, volvimos al salón de clases. Pero ahora éramos transportados al cuarto piso de uno de los edificios de la Sede Vipri: “Como ya son estudiantes de noveno semestre, deben hacer trabajos de noveno semestre. Para ello, es necesario leer, leer mucho, y, por supuesto, escribir —recomendaba—. No le teman a la escritura; hagan informes, revísenlos una y otra vez antes de enviar; de esa forma se irán perfeccionando”, dijo el profesor Javier Rodrizales, con una llaneza fenomenal. Luego, hizo un recorrido brutal y preciso de la Historia de la Filosofía, desde los presocráticos hasta los postmodernos: “Desde sus inicios, la filosofía ha intentado encontrar una respuesta o una explicación a la existencia, con el fin de racionalizar la realidad, apartándose así de lo mítico, lo mágico, lo esotérico. Dicho en otras palabras, se buscaba un método racional de conocimiento que reuniera las diversas ramas del saber” —mientras seguía hablando con su discurso ininterrumpido y encantador, me preguntaba cómo es que un hombre puede albergar tanto conocimiento e hilarlo en un solo discurso, si yo no podía siquiera recordar lo que había leído la noche anterior —. “Los presocráticos desarrollaron su actividad en la ciudad jonia de Mileto, una de las más importantes en Asia Menor, donde nació la primera escuela científico-filosófica interesada en dar una explicación lógica del mundo”. —Ahí estaba, parado a unos metros de mí, con una misteriosa plática que espantaba el tedio. En su tono, humildad, carisma, profundidad—. “Entre los referentes más importantes se encuentra a Tales de Mileto, que consideraba al agua como *arjé*, como sustancia común y subyacente a todos los fenómenos y elementos de la realidad; es decir, como principio fundamental. Anaximandro con su sustancia infinita e indeterminada, *apeirón*. Y, en cuanto a Anaxímenes, suponía que el principio de la realidad era el *pneuma* o, como se lo conoce comúnmente, el aire...” —Así, pasó por Grecia, Roma, la Escolástica, El Renacimiento, El Iluminismo y las tendencias filosóficas modernas y contemporáneas, de tal manera que, al final, me sentí en demasía enriquecido y picado por el bicho de la filosofía. El profesor Javier Rodrizales era un maestro del encantamiento filosófico.

Al terminar la clase, y siguiendo mi mala costumbre cuando alguien me produce admiración, quise estrecharle la mano. Él me la estrechó firmemente y, cuando me la soltó, aparecí como por arte de magia en el mismo gusanillo por el cual había entrado a la Universidad. Pero esta vez llevaba un traje estilo Mao, de color gris ratón, una camisa color lila, una corbata azul petróleo a rayas y zapatos Luzantiny, tan brillantes como el charol. A mi lado derecho, se encontraba Nesly, con un vestido negro de encajes sobre los hombros, apegado a su hermosa silueta. Del otro lado, estaban mi hijo Johan y mi hija Yuliana, dos adolescentes vigorosos, sonrientes, llenos de vida, con una vestimenta particular, pero de aspecto galano, ¿Acaso el tiempo había pasado tan rápido?!

No cabía duda.

Caminaba de gala, porque estaba a punto de sustentar mi trabajo final.

Tenía los nervios de punta, pero el entusiasmo era mayor, pues mi vida había tomado un nuevo rumbo: olía bien, llevaba ropa limpia, estaba a punto de culminar mi carrera universitaria y, lo mejor de todo, es que había recuperado a mi familia. Esto era un giro de trescientos sesenta grados... ¡Una hazaña!

Mi corazón latía más rápido a cada paso...

A punto de llegar al salón donde haría mi sustentación, un presentimiento negativo me asaltó como un viento que golpea la cara. Algo no iba bien. Tanta dicha era sospechosa. Aun así, seguí adelante... El salón tenía una plataforma con una pantalla grande, propicia para el sustentador. Los asientos eran de color rojo carmesí muy confortables, y el piso formaba una rampa hasta la entrada. Pude reconocer algunos familiares y amigos. En los puestos adyacentes a la plataforma, se encontraban algunos de los profesores del programa: el profesor Héctor Rodríguez, que era un eminente transformador del pensamiento. A su lado estaba la profesora Adriana Pabón, muy dinámica, divertida y de un gran corazón; se encontraba conversando con la profesora Verónica Arias, persona con un espíritu emprendedor y dadivoso, siempre atenta. Al final del sendero por donde desfiló el Agamenón de Esquilo, estaba sentado el profesor Rodrigo C., hombre serio en su trabajo, un buen amigo e igualmente muy generoso. Detrás de él, el profesor Ferney M., por quien llegué a conocer a Erich Fromm y con el cual hicimos un saludo al estilo *namasté* indio. Toda la eminencia reunida para ver mi sustentación.

Subí al escenario y... “¿El jurado?”, musité. ¿Dónde estaba el jurado?, pues no se veía por ningún lado; bueno, sí, estaba la mesa al extremo de la plataforma, pero vacía. De repente, miré entre los invitados a un niño con los ojos saltones y de cabello al rape, que me miraba fijamente y con su índice derecho apuntaba hacia la mesa... Miré..., y el jurado había llegado. Al verlo, el pánico me dejó inmóvil, ¿no podía ser posible que aquel sujeto estuviera acá, como juez de mi sustentación...! Llevaba puesto su gabán negro hasta los talones, el sombrero negro de ala ancha que hacía sombra a su rostro, quedando visible solamente ese brillo intenso en la oscuridad abarcadora de sus ojos. Todo su aspecto era mortuorio, demoniaco.

En un movimiento lento, pero preciso, sacó de su gabán una gran espada, la apuntó hacia mí y ella se alargó hasta tocar mi sien. Regresé la mirada al público y ya no había nadie, ¡nadie!

Su espada comenzó a golpearme insistente, pero levemente, en la sien; quise salir corriendo, pero tropecé y caí de espaldas. Intenté levantarme y la espada seguía golpeando insistente mi sien, como algo de lo que no podía escapar por más que quisiera. Comencé a lanzar puñetazos y a patalear, para que me dejara en paz y... ¡desperté!

Las sacudidas hipnóticas me trajeron a la realidad.

Abrí mis ojos y un guardia del IMPIC golpeaba levemente mi sien con su bolillo, intentando sacarme del estado onírico en el que me había encontrado por más de doce horas. Todavía me encontraba en La Perrera.

El guardia me pidió que estuviera listo en cinco minutos, pues ya estaba preparado mi traslado a uno de los patios: “Te vas para el patio seis”, dijo con cierta indiferencia; eso me molestó sobremanera, no sé por qué, pero sentí ganas de lanzarme contra el tipo y degollarlo, tal vez porque me había despertado como a un perro o quizá porque su bolillo se asemejaba a la espada de mi verdugo onírico o, mejor aún, porque mi vida había sido una desgracia y en sueños había probado las mieles de una nueva vida, rodeado de gente académica, sabia y, lo que es más, mi familia, ¿qué sé yo?

Fui esposado y conducido a través de la Cárcel Vieja hasta la Nueva por un gusanillo que no se asemejaba en nada al de la Universidad de mi sueño; por el contrario, estaba desierto, frío, espantoso. Desde las celdas de la parte superior de la Cárcel Vieja, los reos vociferaban palabras sicalípticas: “¡Mamacita, venga le parto la naranja!”, “¡Eh, pelado, ¿ya encontró marido para que se lo hunda?!”. El odio y la repugnancia se intensificaron en mí ser, pero, a la vez, y gracias a lo que había soñado, se encontraba en un lugar clandestino de mi alma un sentimiento de esperanza, de un mundo nuevo, y eso me invitaba a soportar y luchar; sabía, por un convencimiento ignoto, que las cosas iban a cambiar, ¡tenían que cambiar! ¡Me prometí —internamente— cambiar!

Llegamos al patio número seis y se abrió la reja que daba tanto al patio como a las celdas. Subimos al segundo piso y desde allá pude divisar la ropa colgada en las ventanas, en las puertas y en las rejas que hacían de muro en el segundo piso. Algunos reos caminaban de un lado para otro en el patio y otros se limitaban a dormir en los andenes de su alrededor. En ese momento, el *walkie-talkie* del guardia sonó: “El reo está designado para la celda 204... Cambio”, “Entendido... Cambio”, contestó el guarda. Mientras el carcelero buscaba la llave de la celda, me acerqué a las rejas para tener un mejor panorama del patio y pude ver a uno de los reos que estaba parado frente a una pared, casi inmóvil, hablándole, y de vez en cuando levantaba la mano para acariciarla. Al otro lado, cerca de los baños, un reo corría totalmente desnudo; al parecer buscaba algo. Regresé la mirada al pasillo y un hombre, de unos treinta años, alto y muy delgado, con una cicatriz amplia y visible en el cuello, me miraba de pies a cabeza, con ánimo intimidante; era evidente, me encontraba en medio de la locura, mi locura.

Se me pidió ingresar a la celda y mi cama era una plancha de cemento. En el fondo, un sanitario, sin puerta y sin paredes. “Por hoy, y por seguridad, te quedas encerrado hasta la hora de la última comida, que es a las tres de la tarde”, dijo el guardia, a la vez que aseguraba el candado de la puerta, ritual iterativo del que ya me sentía cansado.

Una ventanita con barrotes de hierro se levantaba por encima del vil y sucio sanitario. Por ahí se colaba tanto la luz del día como el viento. Eso hacía que la celda se tornara más fría y deprimente. Caminé hasta ella, puse mis pies en el sanitario para lograr un mejor panorama y, del otro lado, la ciudad..., sí, solo eso, la ciudad, fría e indiferente...

GLOSARIO

Basuco: en la RAE aparece como “**bazuco**”; también conocido como PBC, que significa “**Pasta Base de Coca**”. Es una mezcla de la basura de la cocaína con otras sustancias, descritas en el capítulo X.

Batanear: quitar bruscamente bolsos, carteras o cualquier pertenencia que permita ser robada en el acto.

Bazofia: que es alguien despreciable o repugnante.

Cacorro: persona que tiene una preferencia sexual con hombres, con una actitud más activa que pasiva.

Caliente: en este caso, la palabra se remite a que es un lugar o una situación peligrosa.

Cambuche: lugar improvisado para vivir o consumir drogas.

Cantar el gacho: avisar sobre posibles peligros, en especial la policía.

Cogote: parte superior de una botella de vidrio.

Cojones: los testículos.

Culebra (s): enemigo (s).

Curita: saliva que se le aplica al cigarro de marihuana o basuco para que nivele la candela.

Embalado: que está bajo los efectos del basuco. El corazón se acelera y se entra en pánico, para desembocar en una serie de novedades mentales, como la paranoia, la neurosis, el delirio de persecución, etc.

Escapear: en este contexto, la palabra significa robar lo que hay dentro de los coches; por ejemplo, los radios pasacintas que traían en otro tiempo los automóviles.

Estar en la juega: quiere decir estar atento.

Fundero: persona que inhala pegante (hidrocarburo volátil) por la boca, en una bolsa plástica. La palabra viene de “**funda**”, sinónimo de talega o bolsa plástica.

Gomelo: persona proveniente de padres pudientes o con mejores oportunidades, también conocidos como “**hijos de papi y mami**”, en el bajo mundo.

Hacer goles: significa haber tenido éxito al robar algo.

Lucas: significa plata; mil pesos colombianos equivalen a “una *luca*”.

Marimba: marihuana, también conocida como **bareta, maría, yerba**, etc.

Marque: abreviatura de “**Marquetalia**” (barrio de la Comuna diez).

Papear: tener relaciones sexuales.

Parar el muro: detener a como diera lugar a las personas que pretendían seguir al ladrón.

Pararse: no dejarse amedrentar por nadie.

Parcero: viene del portugués “parceiro”, y quiere decir amigo, compinche o compañero.

Pateadora: significa que la calidad de la marihuana hace toser.

Pegarlo: armar un cigarro de marihuana o basuco.

Peto: alimento sólido y líquido (pan y colada) que se da en el desayuno y en el entredía.

Pirobo: es una palabra excesivamente utilizada en el bajo mundo; su significado más aproximado es “**maricón**”, o persona que ha tenido relaciones sexuales con otro hombre de forma pasiva.

Popu: abreviatura de “**Popular**” (barrio).

Plon: inhalar humo, fumar.

Sacol: hidrocarburo volátil, que produce alucinaciones. También conocido como “funda”.

Sapo: persona que delata a alguien o da información acerca de algo que debe quedar en secreto.

Ser del ruedo: pertenecer al bajo mundo.

Sopletear: robar en el acto a una persona, especialmente dinero de alguno de sus bolsillos.

Trabarse: consumir marihuana, hachís o cripy, produciendo efectos contrarios al basuco.